

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DEPARTAMENTO DE CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS

***Arreglarse: Una etnografía acerca de la estética corporal entre mujeres de
villa 21-24 (CABA)***

Claudia Gabriela Reta

DNI/LU: 32618000

Directora: Dra. Patricia Aschieri

Año: 2016

AGRADECIMIENTOS

A Patricia Aschieri, por su generosidad al guiarme en el proceso de este “rito de pasaje”.

A todas las mujeres de la villa 21-24 con quienes compartí aprendizajes y risas.

A Lau y mama, por estar siempre.

Amigas, amigos y compañerxs de vida, de estudio y de militancia que le dan cuerpo a la vida.

INDICE

PRESENTACIÓN	5
Organización del trabajo.....	8
Aclaraciones para su lectura.....	9
<u>PARTE I</u>	
CAPITULO 1: Presentación etnográfica del problema	12
I. La etnografía como metodología: “Documentar lo no documentado”.....	12
II. La construcción del problema.....	15
Hipótesis, objetivos y estrategias metodológicas.....	18
III. La villa como espacio social	22
Las villas en la CABA.....	23
“El barrio”.....	33
CAPITULO 2: Sobre como pensar la estética	37
I. Estudios sociales sobre la belleza y apariencia corporal de la mujer.....	38
II. Hacia una conceptualización de los usos, modos de ser y estar corporales de las mujeres e relación a su estética.....	46
<u>PARTE II</u>	
CAPITULO 3: Sobre usos y sentidos del <i>arreglarse</i>	53
I. <i>Arreglarse</i> para estar “linda”.....	53
“Femenina”	54
“Prolija” y “limpita”.....	56
<i>Blanquita</i>	59
II. <i>Arreglarse</i> ...¿Gasto o inversión?.....	63
“Jóvenes” y “lindas”.....	66

La maternidad.....	69
A las que “ya se les pasó el tren”.....	72
CAPITULO 4: La estética en acción.....	79
I. La doble dimensión de la mirada	80
La seducción y el “sentirse linda” como bienestar.....	80
La seducción como peligro.....	85
II. Bellas hacia “adentro”, bellas hacia “afuera”	90
La belleza que circula: El “afuera” de los medios.....	91
La belleza que circula: El “afuera” como un medio.....	94
III. Autovaloración y belleza	102
El plano transversal: la reciprocidad entre mujeres	103
El plano vertical: Procesos de enseñanza-aprendizaje y transmisión de saberes.....	106
CAPITULO 5: Resituando al objeto: Los usos de la estética en la villa.	111
I. Segregación espacial.....	112
II. Redes de sociabilidad.....	121
III. Los usos de la estética como capital social y cultural.....	123
a. Las que “hacen unos pesos”.....	126
b. Las revendedoras de productos de marca.....	127
c. Las profesionales.....	129
CONSIDERACIONES FINALES.....	134
BIBLIOGRAFÍA.....	138

PRESENTACIÓN

“Optamos por abordar las grandes preguntas sociales mediante estudios realizados en pequeños mundos en los que sea posible observar y acercarse personalmente a las vicisitudes de la vida cotidiana y a los significados que los hechos tienen para los habitantes del lugar. La experiencia de campo nos obliga a construir las categorías de análisis en diálogo con los significados locales y a modificar en el camino los parámetros del discurso oficial. Nos unimos así a un arduo proceso de de descolonizar el conocimiento en diálogo con los otros.” (Rockwell, 2011: 186)

El presente trabajo trata acerca de los usos y sentidos de un grupo de mujeres de villa 21-24¹ de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) en torno a sus modos de ser y estar estéticamente. Los tratamientos y prácticas de modificación corporal guiados por fines estéticos y de embellecimiento han existido a lo largo diferentes épocas y culturas, asociados a valores y significados particulares (Citro y Aschieri, 2015). A su vez, son parte de los mecanismos de enclasmiento y desigualdad social que caracterizan las actuales sociedades capitalistas, dado que los esquemas de clasificación social median en cómo el cuerpo es percibido y apreciado (Bourdieu, 1986). Es a partir de estos esquemas dinámicos y de las acciones de las mujeres que se estructuran una serie de significados, valoraciones e interacciones sociales que a lo largo de las siguientes páginas intentaremos problematizar.

Esta propuesta de análisis se constituye en tanto tal a partir del trabajo de campo con un grupo de mujeres de villa 21-24, espacio social que se caracteriza por la

¹ La villa 21-24 se ubica en el sur de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), dentro de la Comuna 4. La misma abarca la superficie comprendida entre el Riachuelo, las vías del ferrocarril Belgrano sur, y las calles Luna y Zavaleta. Según el Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas (INDEC) del 2010 cuenta con una población de 29.782 personas, en una superficie de 66 ha; constituyéndose en la de mayor tamaño y población, si bien no la de mayor densidad poblacional.

desigualdad social y segregación socio-espacial². Estas mujeres están atravesadas por los significantes dominantes que establecen ciertos estereotipos de género, de belleza, y de cómo debería verse y sentirse un cuerpo, por lo que vivencian sus cuerpos en diálogos y negociaciones con ellos, a partir de las diferentes instancias de interacción social que implican sus múltiples facetas identitarias: como mujeres, como madres, amas de casa, trabajadoras precarizadas, migrantes y villeras entre otros.

Las villas son espacios urbanos segregados, en donde a los altos niveles de pobreza se le suman serias deficiencias habitacionales y de acceso a los servicios públicos. La separación con el resto de la ciudad se materializa por medio de fronteras sociales y simbólicas (Carman, da Cunha y Segura, 2013) que se asientan en el estigma asociado a la adscripción territorial, ya que sus habitantes se transforman en portadores de una característica desacreditadora (Cravino, 2002; Crovara, 2004). Dentro de este espacio social, indagar en los usos cotidianos de la estética de las mujeres permitirá abordar “las grandes preguntas sociales” como señala Rockwell en la cita que encabeza este apartado, que giran alrededor de la pobreza, la desigualdad de género, la segregación urbana, y los modos en que los mismos se inscriben y problematizan desde las corporalidades de las mujeres.

El punto de vista antropológico que guía la investigación y la perspectiva situada del “estar allí” (Geertz, 1989) se enmarca dentro de los aportes de la antropología de y desde los cuerpos, a partir del cual se entiende que las corporalidades no solo están

² Reconozco que hay diferentes formas de abordar la problemática social de una villa, que se evidencia en la multiplicidad conceptual para referirse a este fenómeno; segmentación, fragmentación, marginalidad y exclusión, no son solo diferentes modos de nominación sino que implican ciertos supuestos teóricos y empíricos acerca de estas urbanizaciones. Si bien estas problemáticas tendrán su lugar de análisis en el segundo capítulo de este trabajo, adelanto que el concepto elegido refiere a las dimensiones geográficas y sociales en una ciudad que no es homogénea. “La segregación socio-espacial, entonces, no se reduce a un fenómeno de desigual distribución espacial de bienes y servicios. En la base de tal proceso hay límites sociales, imaginarios y clasificaciones sociales.” (Carman, Vieira y Segura, 2013: 18)

atravesadas por los significantes culturales sino que ellos mismos se constituyen en productores de significación (Citro, 2009). Problematizar los cuerpos de las mujeres de la villa desde este lugar permite situar la indagación al nivel de las prácticas cotidianas (Achilli, 2005; De Certeau, 1996). A partir de este enfoque, se analizarán los sentidos y dinámicas sociales que se articulan en torno a los usos cotidianos por medio de los cuales las mujeres toman a su propio cuerpo como un territorio de inscripción y transformación en pos de construir determinados modos de ser y estar corporales. Al mismo tiempo, se buscará situar a la corporalidad como parte constitutiva de la subjetividad de la persona, y como lugar de producción y desenvolvimiento de luchas políticas y sociales. Como señala Susan Bordo,

“Por medio de la rutina, la actividad habitual, nuestros cuerpos aprenden lo que es “interno” y lo que es “externo”, cuales gestos están prohibidos y cuales son requeridos, que tan violables o inviolables son las fronteras de nuestros cuerpos, cuanto espacio alrededor del cuerpo se puede reclamar, etcétera. Estas son con frecuencia lecciones mucho más poderosas que las que aprendemos conscientemente, a través de una instrucción específica acerca del comportamiento apropiado para nuestro género, raza y clase social.” (Bordo, 2001:34)

El interés por estas problemáticas está relacionado a lo que viene a ser mi campo laboral profesional, en el que me desenvuelvo como profesora de Pilates³, ámbito en el que las referencias a los cánones corporales y valorizaciones respecto de la imagen corporal están presentes como elemento cotidiano. A lo largo de los años de trabajo, los tópicos sobre las formas corporales y los cuidados del cuerpo se volvieron temáticas constantes con diversas mujeres en los diferentes espacios en donde trabajé, principalmente por barrios de poder adquisitivo medio-alto de la Ciudad Autónoma de

³ Pilates es un sistema de entrenamiento creado por Joseph Hubertus Pilates, basándose en una reformulación de técnicas de fitness, traumatología y yoga que se organizan en base a 6 principios: Control, Concentración, Presición, Fluidez, Respiración, Centro. En la Argentina, si bien la técnica arribo a mediados de 1990, se extendió luego de la crisis del 2001, deviniendo en una de las opciones más populares en el ámbito porteño de las prácticas de ejercicio físico.

Buenos Aires (CABA). En ese sentido, me interesó observar los modos en los que las mujeres que se encuentran en una situación socio-económica de pobreza o desigualdad social, construyen y dan sentido a la estética corporal a partir de una serie de prácticas, experiencias y saberes. La elección del trabajo en la villa 21-24, surge también en relación a trayectorias personales: la militancia territorial en contextos de desigualdad social, así como la vecindad durante varios años con la villa 21-24, estuvieron presentes para entrar en contacto con las/os actoras/es sociales del barrio.

Organización del trabajo

La tesis está organizada en dos partes. En la primera, se plantea el marco metodológico y conceptual a partir del cual se construirán y abordarán las problemáticas. En el primer capítulo, se establecen los criterios teórico-metodológicos que sustenta la perspectiva etnográfica, a partir de la cual se construyen los problemas y las estrategias metodológicas que permitieron abordarlas. A su vez, se presenta una caracterización del espacio social donde se realizó el trabajo de campo: la villa 21-24.

En el segundo capítulo, se construyen las perspectivas teórico-conceptuales que permitirán abordar las problemáticas. En un primer momento se recorren una serie de autores que permiten construir un marco dentro del cual los usos y sentidos de la estética corporal femenina pueden ser pensados. A partir de una puntualización en la concepción de los usos de la estética como modos de ser y estar corporales, se establece una serie de ejes que atraviesan las experiencias de las mujeres de la villa, y que deberán ser tenidos en consideración de cara a las problemáticas a analizar.

La segunda parte de la tesis comienza con el tercer capítulo, en el que se analizan los usos y sentidos de las mujeres en cuanto a su estética corporal, y los principales ejes y características que los estructuran y vuelven significativos. El capítulo siguiente, se centra en los modos en que los sentidos analizados se construyen y sostienen a partir de las interacciones de las mujeres de la villa. Teniendo como principales ejes las relaciones con el “otro” masculino, y con el “otro” de “afuera” de la villa, se analizarán como estas miradas e interacciones mediatizan las perspectivas de las mujeres sobre sus cuerpos, construyendo y tensionando sus usos de la estética.

Por último, el quinto capítulo, analiza la estética de las mujeres de la villa en relación al espacio social de la misma desde una perspectiva económica. Partiendo de los modos de aprovisionamiento de bienes, servicios y saberes, se analiza cómo estos están condicionados por la situación socio-económica, cómo se significan los mismos a partir de las diferentes dinámicas socio-espaciales puestas en juego, y cómo estos entran en el juego social en cuanto capital cultural y social.

A modo de reflexiones finales, se retomará lo analizado para poder problematizar los usos de la estética de las mujeres de villa 21-24 en relación a las tensiones con las posibilidades y limitaciones que su *habitus* establece.

Aclaraciones para su lectura

Quiero por último llevar la atención y explicitar algunas cuestiones acerca de las grafías y los modos de presentar el texto. Este trabajo tiene una perspectiva etnográfica, por lo que he decidido realizar el proceso de escritura en primera persona del singular, dando cuenta de la perspectiva situada y corpórea de quien escribe. Entiendo sin

embargo, que la construcción de conocimientos se da de modo intersubjetivo, por lo que cabe aclarar que de esta voz singular forman parte las diversas voces (y por ende cuerpos) de los diferentes autores citados, de las personas con quienes interactué en el campo, de mi directora de tesis, y de todos quienes a partir de diálogos, debates y preguntas permitieron cambios, aportes y problematizaciones.

En línea con esta perspectiva, incluyo a lo largo de la presente varios fragmentos del discurso de las personas que me permitieron compartir “sus mundos” para construir juntos este trabajo de investigación. Cada uno de ellos es acompañado por una breve referencia a su autor/a en la que especificaré algunos datos que considero relevantes en orden a contextualizar, y a tratar de que estas voces no pierdan su especificidad y anclaje corporal en una voz genérica. La información seleccionada es principalmente la que resulto relevante a la hora de re-construir los significados de las prácticas de las mujeres. Entre ellos, figurarán la edad, la ocupación o trabajo y el lugar del mismo, su nacionalidad, y la cantidad de hijos/as y nietos/as si los/as tuviera. Cabe aclarar que todos los nombres son ficticios, para a mantener el anonimato de nuestras/os interlocutores, siendo los pseudónimos que se presentan en gran parte de los casos, seleccionados por ellas/os mismos.

He optado por utilizar la cursiva (itálicas) para hacer mención a las categorías “nativas” que quiero retomar a modo de categoría social de análisis, entendiendo que en estos casos, los sentidos y significados asociados a las mismas distan de los asignados por el uso cotidiano de la palabra. Este es el caso por ejemplo de la práctica del *arreglarse* y la caracterización de *blanquita* como criterio estético, que serán analizados oportunamente.

Las pequeñas frases o expresiones utilizadas en el campo por parte de las mujeres, estarán citadas entre comillas, salvo que su extensión amerite trasladarlas a un párrafo aparte. Considero que las mismas reflejan no solo asociaciones de sentido sino modos de enunciación particulares, por lo que el uso de las mismas no es meramente narrativo o de estilo sino que se inscribe dentro de un interés por comprender los significados y sentidos desde la perspectiva de las propias mujeres.

Por último, aquella bibliografía que no dispone de versión en castellano será citada en su idioma original, acompañada de un pie de página con la misma traducida por cuenta de quien escribe, para dejar abierta la posibilidad de lectura en cualquiera de sus versiones.

PARTE I

CAPITULO 1: PRESENTACIÓN DEL PROBLEMA

I. La etnografía como metodología

La perspectiva etnográfica tiene una larga historia en la Antropología, por lo que creo pertinente explicitar la postura desarrollada en la presente tesis. Considero, siguiendo a Rockwell (2011) a la etnografía como un abordaje integral a partir del cual se constituye conocimiento reflexivo en permanente interacción con otros sujetos, y en dialogo entre “lo micro” y “lo macro”, la teoría y la práctica. En ese sentido, las reflexiones que se plasman en este escrito surgen a partir de los cruces y los diálogos entre las experiencias de encuentros, disputas y problematizaciones vivenciadas en mis interacciones con los diferentes actores del campo. Esto no significa, que sean meras descripciones o reflexiones subjetivas, ya que el momento etnográfico de acercamiento es en sí construcción de conocimiento, dado que además de observar y describir, se ponen en tensión y relación los conocimientos locales con las teorías y practicas implicadas en la/el etnógrafa/o.

Esta estrategia de “documentar lo no-documentado” (Rockwell, 2011) será pues, el marco metodológico en el que se van a inscribir diversas técnicas cualitativas, en las cuales mi corporalidad en tanto etnógrafa (entendida en su dimensión material y subjetiva) estará implicada. En esa dirección, retomo los aportes de Aschieri (2006, 2013a, 2013b), Citro (2009) y diversos miembros del equipo de “Antropología del Cuerpo y la Performance” (FFYL-UBA)⁴ que proponen resituar el lugar de los cuerpos en la investigación no solo en cuanto a objetos de análisis, sino en cuanto a

⁴ Los libros coordinados por Citro (2010) y Citro y Aschieri (2012) presentan una serie de trabajos de diversos autores que integran el equipo, y en cuyos escritos se puede observar el mencionado enfoque.

corporalidades que entran en diálogo para ampliar el conocimiento mutuo, permitiendo a su vez que el “riesgo ontológico” involucre también al/la etnógrafo/a, para así implicarse a partir de la dimensión cognitiva, sensible y afectiva.

En línea con esta propuesta, el recorrido de esta investigación estuvo guiado por la propuesta de Aschieri de una “etnografía encarnada” (2013a, 2013b), que busca explicitar “el carácter situado de su proceso de conocimiento, a partir de incluir en el transcurso de la investigación como parte de sus análisis, ciertos elementos relativos a su identidad y su modo de estar-en-el-campo” (2013b: 2). Que el proceso de reflexividad acompañe a la investigación durante las diferentes etapas, permite desarrollar por un lado una vigilancia epistémica (Bourdieu, 2014) que problematiza las motivaciones y elecciones del investigador, al tiempo que permite acompañar y entender los diferentes conflictos, angustias y decisiones de la implicación subjetiva que dicho proceso contempla.

Por otro lado, esta propuesta apunta a concebir al propio cuerpo del/a etnógrafo/a como herramienta de análisis y como dato (Aschieri y Puglisi, 2010). Aschieri propone dos niveles de reflexión que fueron acompañando el proceso de trabajo de campo. Hay un primer nivel que corresponde a una reflexividad y objetivación de la corporalidad del/a etnógrafo/a desde una mirada genealógica, que busca poner de manifiesto “la interconexión entre la experiencia corporal propia y la investigación que se realiza” (2013a: 154). En esta instancia está incluida una reflexión crítica de los usos y representaciones del cuerpo del investigador dentro de la cultura en la que se socializó; un análisis de la propia trayectoria corporal entendida en tanto entramado que relaciona los *habitus* cotidianos y las experiencias de socialización a partir de diferentes técnicas corporales; y las diferentes facetas identitarias en relación al contexto socio-histórico.

Para esta investigación, la reflexión acerca de los criterios de estética y cuidado del cuerpo propios fueron fundamentales, dados los riesgos de naturalización propios de investigar en un ámbito y bajo temáticas cercanas. Como señale con anterioridad, mi adscripción laboral implicó cierto sesgo a partir del cual puedo ubicar mis intereses y reflexiones. Los preconceptos, prácticas y simbolizaciones en relación a mis propias prácticas estéticas, así como acerca de temáticas relacionadas con la investigación, son parte de los supuestos básicos subyacentes con los que cuenta el investigador, que es preciso conocer. Por otro lado, el conocimiento del cuerpo a nivel anatómico, así como el desarrollo de la sensibilidad en la mirada para atender a los procesos motrices, es un rasgo de la profesión que estuvo presente en mi desenvolvimiento en el campo como etnógrafa. Esta adscripción, permitió a su vez establecer un vínculo con ciertos agentes del campo desde otro lugar; por ejemplo con las profesoras de baile y gimnasia, masajistas y diferentes profesionales y agentes del rubro de la estética con quienes interactué a lo largo del trabajo de campo, en los que se establecieron vínculos de cierta complicidad y códigos compartidos.

Un segundo nivel de la propuesta de Aschieri enfoca el análisis en los modos de estar en el campo, a partir de un examen del tratamiento del “imagen corporal”, presentación y socialización del/a etnógrafo/a; un examen de los “modos somáticos de atención” que busquen descentrar la primacía de la vista y el oído; un análisis de la experiencia espacial del investigador, en tanto examen del estilo personal de movimiento y del cuerpo en interacción; y una reflexión en torno a los momentos en los que la atención se centra en el cuerpo en tanto operador cognitivo, o en la mente y la racionalidad. Estas reflexiones se encuentran presentes a lo largo del trabajo, en tanto instancias de reflexividad de la práctica etnográfica.

La observación participante, el diálogo y la interacción con las personas considerado como experiencias intersubjetivas, contemplan además una dimensión política en la que se busca un carácter más simétrico entre el investigador y los sujetos con los que dialoga. La voz y las experiencias de las mujeres se recuperan no solo desde su discursividad a partir de las indagaciones, sino que también al compartir con ellas mis preguntas o problematizaciones, aportaron diferentes miradas y modos de abordar las temáticas. Esta apertura al diálogo en el campo, operó en relación a las definiciones e hipótesis que tenía de cara a la investigación, como en relación a aspectos personales que se ponían en juego, evidenciando, de este modo, la implicación de la propia subjetividad en el proceso.

II. Construcción del problema

El acercamiento al campo se dio a partir del antecedente de la participación y observación de las clases de Salsa y bachata para niños y adolescentes en el marco del trabajo para un seminario de grado a principios del 2014⁵. A partir de febrero del 2015, decidí proponerle mis nuevos intereses a la profesora de las clases, y establecer las líneas de trabajo para la presente tesis. Tomando como grupo de referencia a las mujeres que participan en las clases de adultos⁶, participé de las mismas durante

⁵ En esa oportunidad, en el marco del seminario “Antropología de y desde los cuerpos: Teorías y Métodos” Dirigido por la Dra. Silvia Citro, las intenciones eran de indagar ciertas dinámicas corporales que se construían en una clase de baile bajo el enfoque de la etnografía dialéctica. Si bien el trabajo de campo me llevo tres meses, en los cuales participe semanalmente de las clases, una vez finalizado este, continué en contacto, principalmente a partir de participar en algunas de las presentaciones que la compañía de baile realizaba. Durante el transcurso de tiempo entre la finalización del trabajo de campo para el seminario y el comienzo del trabajo de campo para la presente tesis, asistí esporádicamente a presentaciones del grupo de baile en festivales en la villa y en teatro o eventos solidarios organizados en diferentes lugares de la Ciudad de Buenos Aires, por lo que mantuvimos cierto contacto con el grupo de baile y con los demás actores involucrados, como las madres y familiares que los acompañaban.

⁶ Las clases de adultos comenzaron a dictarse a fines del 2014 a partir del pedido de las madres de las/os niñas/os y jóvenes que los acompañaban tanto en las clases como en las presentaciones y salidas.

aproximadamente cinco meses, periodo en el cual llevé un registro detallado de cada clase analizando las vestimentas, peinados, maquillajes, olores, y demás impresiones del lugar y de las participantes, así como las dinámicas de las mujeres en relación a su corporalidad en interacciones con otras mujeres, con hombres y con sus hijas/os, en diferentes espacios. La continuidad en las clases permitió cierta cercanía con las participantes, facilitando la propuesta de conversar acerca de sus prácticas y sentidos de estética, y acompañarlas a la peluquería o a diferentes lugares que ellas pensaban como relevantes de sus prácticas de estética.

Mi participación en dichas clases tuvo otra implicancia para el desarrollo de esta tesis, ya que durante la mayoría de las ocasiones las observaciones se daban también estando en movimiento, por lo que la experiencia interpelo a otros “modos somáticos de atención” (Csordas, 2010) en la investigación. Desde la antropología del cuerpo, diversos autores señalan la primacía de la visión en detrimento de los demás sentidos, lo que lleva al desigual “estatus otorgado a los sentidos corporales en la gestación del saber, problema epistemológico que se articula directamente con la posición que cada sentido recibe en el seno de una sociedad” (Puglisi, 2014:110). Considero así, siguiendo la propuesta de Aschieri (2006, 2013a, 2013b), que el acercamiento a las gestualidades y movimientos corporales a partir de descentrar la hegemonía de lo visual y poder incluir los otros sentidos, permitió otro modo de problematizar las experiencias que otorgo una mayor riqueza al análisis.

En ese sentido hubo una transformación en la construcción de las problemáticas, dado que lo que en un primer momento era pensado sobre las concepciones y prácticas de belleza, concebidas principalmente en su plano visual, se transformó en una indagación sobre los modos de ser y estar corporales de las mujeres en relación a la estética, y los usos y sentidos de la misma. Esta transformación permitió abordar las

diversas situaciones en las que las mujeres me confesaban no *arreglarse* o “no cuidarse”, y dar luz a los usos y sentidos de sus prácticas.

“Yo: ¿Y cosas como cremas o perfumes usas?”

D: ahh, sii, me encanta, me encanta. ¿Perfumes?, así (Hace el gesto de ponerse un montón de perfume por el cuello y el torso). Todo lo que sea perfumes me encanta. Pero cremas después sí. De las manos cuando me acuerdo, y de las mismas manos me lo enchufo acá y ya está (llevándose las manos a la cara) (Se ríe) y es verdad ¿viste?, si tuviera mucha plata me re compro cremas, eh!. No, no tengo una crema para acá, una para allá, para manos, para no sé qué.

A: Yo si tengo crema para cuerpo, crema para manos, crema de día y de noche...

D: ella sí, ves, ella si es coqueta. Es súper coqueta, pero yo la verdad no me arreglo...”

(Dora, 40 años, Paraguaya. Ama de casa, trabaja informalmente vendiendo ropa y pan casero los fines de semana en la feria, y en la semana a sus vecinos de la villa. Madre de 3 hijas, abuela de 4 nietas/os. Andrea es su hija mayor, 22 años, Argentina. Ama de casa, madre de 2 hijos)

En esta entrevista en que le estaba preguntando a Dora acerca de sus prácticas, ella se define como una persona que no es “coqueta” y no se “cuida”, pero este no *arreglarse* que señala no implica que no tenga prácticas para con su cuerpo en términos estéticos. Luego de contestarme negativamente acerca de prácticas cosméticas, o de asegurarme que no le daba importancia a la vestimenta porque se ponía “lo que hay”, si admitió realizar otras prácticas que por ahí se hubieran perdido desde una perspectiva que contemple solamente un criterio visual. Dora elige que perfumes comprarse, y usarlos la hacen “sentirse bien”, lo mismo que tener la piel “linda” y que contrarreste el efecto del paso del tiempo y de las prácticas cotidianas en la piel; como me decía Dora: se te arruinan las manos limpiando, y yo cuando trabajaba mucho no me cuidaba”. Estas

prácticas que se inscriben dentro una tendencia a “no *arreglarse*”, lejos de definirse por la ausencia de algo, presentan características y sentidos particulares.

Dentro de este panorama, me interesó indagar en los usos y sentidos por los cuales las mujeres construyen y vivencian su cuerpo acorde a las prácticas que llevan a cabo y a sus modos de ser y estar en relación a su estética corporal. Tensionado la linealidad de la ecuación que asimila dichas prácticas con los modelos de belleza dominantes, hablare de usos de la estética corporal, dado que diferentes modelos de belleza generan diferentes tendencias de modos de ser y estar corporales que se encuentran articulados con éstos a partir de las experiencia de género, pobreza y segregación socio-espacial propias de la vida en la villa.

Hipótesis, objetivos y estrategias metodológicas

Este trabajo parte de la hipótesis de que en la actualidad las mujeres de villa 21-24 desarrollan usos y sentidos de la estética corporal que dialogan con los modos dominantes de belleza y con las problemáticas de género, pobreza y segregación socio-espacial características de la villa, tomando de este modo rasgos particulares. En este panorama, el *habitus* de las mujeres establece determinadas tendencias, posibilidades y límites que ellas pueden reproducir o desafiar a partir de la gestión de la dimensión corporal de sus modos de ser y estar.

En ese sentido, los objetivos de la presente tesis son indagar en los usos y sentidos de la estética que por medio de las prácticas de cosmética y modificación corporal las mujeres de la villa tienen. Para tal fin, se investigarán los criterios por medio de los cuales las mujeres tornan como significativos determinadas inscripciones,

gustos y prácticas. A su vez, se problematizará el modo en que estos se conforman en y a partir de las dinámicas sociales de las mujeres en la villa, y con las posibilidades e imposibilidades que la misma ofrece en cuanto espacio social. De este modo, se podrán analizar las estrategias por medio de las cuales las mujeres gestionan las tendencias estéticas dentro de sus *habitus* a partir de una tensión con los límites y las posibilidades de las diferentes fuerzas sociales que se inscriben en sus cuerpos, y sus prácticas concretas.

De cara a tales objetivos, propongo siguiendo a Citro (2009), una metodología basada en una etnografía dialéctica, en la que se establece por un lado un momento de “acercamiento-participación”, con un abordaje más cercano a la fenomenología, que se conjuga con uno de “distanciamiento-observación” producto de un análisis que busca dar cuenta de las relaciones históricas y económicas que subyacen y conforman las matrices simbólicas de las mujeres junto con las que se trabajó.

En cuanto a las estrategias concretas, realice registros etnográficos y entrevistas en profundidad a las participantes de las clases de baile, y a diferentes mujeres que se encuentran dentro del ámbito social de las mismas. Momentos compartidos antes y después de las clases, salidas a bailar y a las presentaciones que realizaban los niños, jóvenes y adolescentes por diferentes espacios de la CABA, fueron el marco dentro del cual se establecieron diferentes situaciones conversacionales acerca del cuerpo y la estética. En una segunda etapa, recorrí junto con ellas una serie de espacios de estética corporal del barrio, realizando también registros de las dinámicas que se daban en dichos espacios, así como entrevistas a las encargadas y profesionales de dichos lugares.

Cada “viaje” al campo fue acompañado por un registro en el que se plasmaron los hechos y circunstancias que observé, percibí y sentí. El anotador de mano estuvo

presente durante las interacciones, en donde las palabras sueltas, ideas y nombres se transformaban en notas de campo que servían para estructurar luego los registros en los que traté, por medio de la práctica de la escritura, de objetivar las propias observaciones. A su vez, como los antiguos etnógrafos que realizaban largas travesías para llegar al campo, cada viaje al campo (sea la villa u otro espacio de la CABA), registre las sensaciones, intenciones y preguntas, de modo de poder “entrar en sintonía” en el trabajo de campo que, tenía lugar en diferentes momentos entrecruzándose con las obligaciones laborales y actividades cotidianas.

En una etapa final, realicé una serie de entrevistas en profundidad con varias de las mujeres con quienes interactué en las clases, como también con las mujeres que trabajaban en las peluquerías y espacios de estética que visité. Las mismas están situadas dentro del “marco interpretativo de la observación participante, pues su valor no reside en su carácter referencial –informar sobre cómo son las cosas- sino performativo. La entrevista es una situación cara a cara donde se encuentran distintas reflexividades pero, también, donde se produce una nueva reflexividad.” (Guber, 2014: 69-70). En ese sentido, fueron pensadas como interacciones sociales en donde a partir de tópicos establecidos construimos conocimiento en conjunto. La posibilidad de grabar las entrevistas (siempre con el consentimiento de nuestra entrevistada), permitió no solo liberarme del anotador para así poder prestar entera atención a la conversación, sino que permitió poder registrar con mayor exactitud las palabras y frases, así como los sentidos y usos en el discurso oral y coloquial.

Dentro del trabajo de campo, el estar situada en cuanto etnógrafa, permitió tener una perspectiva privilegiada de ciertas prácticas, no solo en cuanto a construcción de conocimiento a partir de los diferentes “modos somáticos de atención” (Csordas, 2010) que se ponen en juego, sino también en el sentido de poder contar con información del

campo que permitan efectuar repreguntas, y re direccionar las preguntas y las entrevistas de modo tal que no se desarrollen hacia lugares normativos⁷ sino que oficien de verbalizaciones y reconstrucciones de ciertas lógicas prácticas del hacer (Lahire,2006) .

Como estrategias concretas desarrolladas para tratar de limitar al mínimo posible los mecanismos de censura (Lahire, 2006) que operan de modo consciente e inconsciente en las entrevistas, señalo en primer lugar que las mismas fueron realizadas a mujeres con las cuales ya había establecido una determinada confianza y en segundo lugar, ellas estaban al tanto de mi interés en la realización de un trabajo para la “universidad”. Por otro lado, las entrevistas y observaciones realizadas en las ferias, peluquerías y lugares de comercialización de bienes y servicios de estética fueron siempre en compañía, en donde quien establecía el contacto se encargaba de dejar en claro la distancia a organismos estatales y colectivos políticos, así como la naturaleza académica de nuestra investigación⁸. Esto no impidió sin embargo, que se den situaciones como la siguiente,

⁷ Lahire (2006) sostiene que hay ciertas prácticas cotidianas que por estar fuera de los circuitos oficiales o por permanecer como actividades secundarias a otros fines frente a las cuales son vistas como medios, son invisibilizadas en los discursos de las personas. Como sostiene el autor, “los actores pueden hablar mejor de lo que hacen y de lo que saben cuando tanto sus prácticas como sus saberes han sido designados, nombrados y distinguido verbalmente dentro del conjunto continuo e infinito de prácticas y saberes. (...) Las prácticas y los saberes se hacen más *visibles* y *declarables* en la medida en que son claramente *sostenidos por instituciones*. Cuanto más ligados están la práctica y el saber a tiempos y lugares *específicos*, relativamente *autónomos*, son más visibles y designables como tales“ (138-139) El autor señala también, que las lógicas discursivas imprimen a su vez ciertas características tácitas, en el sentido en que estructuran una determinada disposición narrativa que tiende a anular los detalles en pos de seguir una línea lógica principal. A esto se le suma que dentro de un determinado dominio, hay casos que son más representativos que otros, actuando estos a modo de “prácticas-pantalla” de otras prácticas que se censuran inconscientemente por ser menos representativas.

⁸ La aclaración era realizada por las mujeres que me presentaban en cada situación, a partir de la pregunta explícita de la entrevistada o anticipándose a ella: “¿y esto que lo vas a hacer después?” o “¿vos estás trabajando acá en el ministerio?”, fueron comentarios a partir de los cuales buscaban establecer determinadas orientaciones que estructuren sus posturas y discursos.

“Miriam me contesta que está acostumbrada a que le hagan entrevistas, porque siempre ‘vienen las asistentes sociales’ y ‘los chicos de la ONG’. Riéndose me pregunta nuevamente para qué era la entrevista. Le dije que era para hacer un trabajo en la facultad para recibirme, pero al rato me volvió a preguntar, me dio la sensación que no me creía. Se me vino a la cabeza lo que me había contado Gloria, de que en Cultura (La Casa de la Cultura de la villa 21-24) pensaban que iba ‘del gobierno a ver si estaban trabajando’, así que decidí entonces preguntarle por la novela que estaban pasando en la tele y esperar hasta que llegue Gloria para presentarme”.

La villa en tanto espacio social que se caracteriza por la precariedad habitacional y las desigualdades socio-económicas de sus habitantes, se encuentra intervenida por políticas de ayuda y asistencia de organismos estatales y Organizaciones de la Sociedad Civil (OSCs), por lo que la tensión en relación a la información que se da y las expectativas que a partir de ella se generan estuvo presente en varias de las situaciones de campo. Que mi presencia en la villa 21-24 no esté relacionada con ninguna agrupación política o ámbito gubernamental también permitió otra apertura al registro de las actividades consideradas como personales, íntimas o del ámbito doméstico.

En cuanto a las fuentes secundarias, información acerca de la historia del barrio y datos poblacionales del mismo, sirvieron para contextualizar el espacio social al tiempo que nos brindaron una dimensión más macro de los fenómenos analizados, tarea a la que nos abocaremos a continuación.

III. La villa como espacio social

Una caracterización de las villas en la CABA, y de la villa 21-24 en particular, permitirá dimensionar la complejidad de este espacio social, que no se remite solo a cuestiones de niveles de pobreza o desigualdad social con el resto de la ciudad. Si bien

la fiabilidad de las estadísticas en estas áreas son problemáticas dada la dificultad de censar áreas urbanas informales⁹ y más allá de las diversas y complejas particularidades de estas urbanizaciones, una aproximación a partir de indicadores socio-económicos y habitacionales a ellas permite un acercamiento a sus características más relevantes, al tiempo que ofrece un panorama que posibilita contextualizar diversas problemáticas.

Las villas en la CABA

Las villas son urbanizaciones informales producto de ocupaciones de tierra vacante, que producen tramas urbanas irregulares como respuesta a la suma de prácticas individuales y diferidas en el tiempo (Cravino, 2014). Las mismas presentan una alta densidad poblacional, buena localización en relación a los centros de producción y consumo, y se encuentran asentadas en tierras de propiedad fiscal cuya tenencia y ocupación es en su gran mayoría ilegal. Las poblaciones que la habitan se encuentran expuestas a serias deficiencias habitacionales, dado que las viviendas son de materiales precarios y hay irregularidad en el acceso a los servicios públicos.

Dentro de los análisis socio-económicos, se resalta la condición de pobreza de sus habitantes. Mazzeo sostiene que

“La participación de la población de las villas en la distribución por quintiles del ingreso per cápita familiar de la ciudad en 2011 muestra que el quintil más pobre concentra el 78% de los

⁹ Señalo dos problemáticas que afectan directamente la generación y fiabilidad de los datos cuantitativos de las villas: en primer lugar, no hay una definición consensuada de las villas, sino que cada organismo que censa establece sus criterios, lo que conduce a discrepancias a la hora de contabilizar el número de estas urbanizaciones en la ciudad, condicionando en consecuencia la información estadística presentada por los distintos informes. Por otro lado, tanto documentos oficiales (Mazzeo, 2014) como de OSCs (TECHO, 2013) concuerdan en la dificultad de censar a las poblaciones residentes en las villas por dificultades de acceso, y porque en muchas ocasiones los habitantes de estos espacios se niegan a participar de las consultas.

hogares de las villas que respondieron sobre sus ingresos, y que los dos primeros quintiles agrupan el 95% de los hogares. Es decir, en el 40% de la población con menores ingresos de la Ciudad se ubica el 95% de la población que habita en las villas” (2013: 79).

En la CABA, el Gobierno de la Ciudad contabiliza unas 14 villas¹⁰, que se diferencian de los diversos asentamientos no solo en relación a su tamaño sino también en cuanto a las estrategias de poblamiento¹¹. Además, hay una serie de elementos en las trayectorias históricas de las villas que las identifica en cuanto a sus características poblacionales, políticas y simbólicas.

Diversos autores acuerdan que las villas son un fenómeno urbano que surge a partir de la década de 1930, pero cobraron notoriedad al rededor de los años 40 y 50 (Cravino, 2014). El mismo se relaciona con el proceso de industrialización por sustitución de importaciones que implicó un aumento de la migración interna a los ámbitos urbanos. Frente al déficit habitacional que las ciudades presentaban, muchas personas comenzaron a armar asentamientos en terrenos fiscales o desocupados cercanos a zonas industriales, de este modo las villas comenzaron un proceso de urbanización que se realizó a través de estrategias individuales, en las que los nuevos

¹⁰ El Mapa de Villas y Asentamientos por Comuna, de la Ciudad de Buenos Aires para el año 2015 identifica 14 villas (Calacita, Villa Piletones, villa 1-11-14, villa 3, villa 6, villa 13 bis, villa 15, villa 16, villa 17, villa 19, villa 20, villa 21-24, villa 26, villa 31, villa 31 bis), 24 asentamientos (Barrio Obrero, Barrio Saldías, Barrio San Martín, Bartolomé Mitre, Bermejo, Biarritz y Espinosa, Bosh, Fraga, El Pueblito, El Triangulo, Hubac, La Carbonilla, La Esperanza, Lamadrid, Los Pinos, Magaldi, María Auxiliadora, Pdon. Lacroze, Portela, R. Bueno, San Pablo, Scapino) y 2 Núcleos Habitacionales Transitorios (NHT) (NHT Av. del Trabajo y NHT Zabaleta). En relación a la complejidad y discrepancias en la fiabilidad de las estadísticas de estas urbanizaciones informales anteriormente enunciado, señalo que el informe de TECHO (2013), señala un total de 56 asentamientos informales, dentro del cual se registran 49 villas, 5 asentamientos y 2 barrios populares.

¹¹ El informe de TECHO (2013) toma como unidad de análisis los “asentamientos informales”, entre los que incluye a villas, asentamientos y barrios populares informales. Los asentamientos informales son definidos como “barrios informales que se constituyeron mediante distintas estrategias de ocupación del suelo, que presentan diferentes grados de precariedad y hacinamiento, un déficit en el acceso formal a los servicios básicos y una situación dominial irregular en la tenencia del suelo” (TECHO, 2013: 10-11). Aquí la principal diferencia de las villas con los asentamientos estriba en que estos últimos mantienen una continuidad con la ciudad formal, en el sentido que presentan calles amanzanadas, mantienen espacios verdes, y registran una menor densidad poblacional.

pobladores confeccionaban su vivienda con los materiales que podían disponiendo del territorio que consideraban no ocupado (Ratier ,1972). Luego de este proceso de constitución, las villas fueron con el tiempo perdiendo parte de la fugacidad característica de las “villas de emergencia” (como se las caracterizo en un principio), y adoptando características más permanentes.

Si bien desde sus inicios estuvieron asociadas a la pobreza, es a partir del gobierno dictatorial de 1976 que cobro fuerza un discurso de estigmatización de las mismas a partir de las asociaciones con la inmoralidad e ilegalidad (Guber, 1989 Cravino, 2002). Esto estuvo acompañado por una política de violencia institucional que tuvo como principal eje la erradicación de villas y asentamientos de la CABA, que generó una fuerte baja poblacional de sus habitantes, y un reordenamiento espacial en el que las villas quedaron ubicadas en los bordes de la zona sur de la ciudad.¹²

Las condiciones de habitabilidad son precarias y desfavorables¹³. En relación a los servicios, en el 84% de las villas y los asentamientos de la CABA predominan las conexiones irregulares a la red pública de energía eléctrica. Existe una conexión irregular y/o deficiente de desagües cloacales en prácticamente la totalidad, un 93% cuenta con una conexión irregular a la red pública de agua, y en prácticamente la totalidad de los hogares (96%), se utiliza gas licuado en garrafa como principal fuente de energía(TECHO, 2013).

¹² Mientras que el Censo de 1976 señala un total de 213.823 personas residiendo en las villas, el censo de 1980 indica un total de 34.064 personas; lo que da una baja del 84% . (Mazzeo, 2013). Al mismo tiempo, las villas que sufrieron con mayor intensidad la política de erradicación fueron las del centro geográfico de la ciudad, dando como resultado la actual disposición en la que la mayor proporción de población viviendo en villas se encuentra en la comuna 8 y 4, con la excepción de la villa 31 y 31 bis.

¹³ El Informe de Mazzeo (2013) refiere a una serie de condiciones de habitabilidad que rigen en las villas de la CABA durante el año 2011, a saber: del total de hogares, a) el 53% tiene pisos de cemento, ladrillo o tierra; b) en el 35% de los casos, la cubierta exterior del techo es de materiales inconvenientes; c) el 10% de las viviendas posee inodoro o retrete sin descarga de agua, o no dispone del mismo d) el 19% comparte el baño con otro hogar; e) el 49% cohabita en 1 o 2 cuartos; f) existe hacinamiento en el 37% de los hogares relevados.

En relación a la estructura de la población, las estadísticas actuales dan cuenta de más de un tercio de la población residente en las villas de la CABA migrantes de origen de países limítrofes y del Perú (Mazzeo, 2013), lo que da cuenta de la estrecha relación, como veremos más adelante, entre migración, pobreza y segregación. Otro rasgo característico es que es una población relativamente joven: en efecto, según el informe de Mazzeo (2013) los menores de 15 años representan el 37% de la población, mientras que los mayores de 59 años constituyen sólo el 4%. La media de edad es de 24 años, muy inferior a los cerca de 40 años que se registra como dato en el resto de la ciudad. Estas estadísticas se relacionan principalmente con un alto índice de fecundidad: las mujeres en las villas al final de su vida reproductiva tienen en promedio 4.3 hijos; valor que duplica los cerca de 2 hijos que caracterizan al resto de las mujeres de la CABA. Cravino (2014) a su vez, relaciona esta característica de la población con la importancia de los migrantes de países limítrofes, que se hallan en el inicio de su edad laboral, y con el proceso de erradicación de la última dictadura militar, que hizo que la mayoría de la población llegue a la villa después del inicio de la década del '90.

Respecto a la ocupación de varones y mujeres en las villas y asentamientos de la CABA, Mazzeo (2013) establece que si bien entre los primeros se observan niveles similares a los del resto de la ciudad (61,1% ocupados), las mujeres de estas urbanizaciones registran mayores niveles de inactividad y desocupación, reduciéndose a un 37,1% de ocupadas. Estos datos, evidencian las desigualdades de género a la hora de visibilizar la relación con el mercado laboral. Al considerar la calificación ocupacional, se destaca una mayor participación del rubro calificación operativa y no calificada. Dentro de estas categorías, los varones presentan un 63% en ocupaciones operativas y un 29% en no calificadas, mientras que en el caso de las mujeres, un 33% se

encuentran en ocupaciones operativas y un 61% en no calificadas¹⁴. En relación a la ocupación en una actividad profesional, se registra un promedio de un 1% total, que ese compone de un 1,5% en varones frente a un 0,5% en mujeres.

Estos datos revelan un panorama en el que la ocupación en la villa es precaria, de baja calificación e informal, lo que la enmarca bajo parámetros de precariedad. A su vez, estas condiciones se agudizan en el caso de las mujeres, para quienes los índices de ocupación son más bajos y se inscriben mayoritariamente en rubros no calificados. Se recordará además, que la división sexual del trabajo, junto a las relaciones de poder que se estructuran a partir de ellas, establecen ciertas orientaciones por medio de las cuales las mujeres tienden a responsabilizarse en las tareas de cuidado¹⁵ y mantenimiento del hogar, mientras que los hombres mayoritariamente se emplean en el mercado de trabajo, lo que implica que las mismas en sus intentos de establecer arreglos con el mercado de trabajo y las tareas domésticas y de cuidado, se vuelquen a estas últimas, profundizando la brecha y dependencia del salario masculino.

El informe de Mazeo (2013) indica que respecto del porcentaje de hogares con jefa mujer en las villas de la CABA, se observó un 30% de los hogares tipo familia completa a cargo de una mujer, mientras que para el resto de la CABA, el porcentaje es de 18%. En relación a la condición de actividad del jefe o jefa de hogar, el informe señala que el 90% de los jefes varones estaban ocupados, mientras que si la jefa era mujer solo el 45,8% estaba ocupada. Dentro de estos datos, el porcentaje de inactividad

¹⁴ En cuanto a la rama de actividad, el 30% de las mujeres que se encuentran ocupadas se dedican al rubro de comercio, hoteles y restaurantes, seguido de un 28% que lo hace en el servicio doméstico (Mazzeo, 2013)

¹⁵ El Cuidado implica la atención y satisfacción de aquellas necesidades físicas, biológicas, afectivas y emocionales que tienen las personas. “El acto de cuidar se considera trabajo porque implica tiempo, desgaste de energía y genera valor” (Gherardi *et al.*, 2012:9). Si bien todas las personas son capaces de cuidar, dada la estructura de desigualdad de género, son las mujeres quienes desarrollan dichas tareas, transformando la problemática alrededor de este tema en una problemática de género.

señalaba un 7,3% para los hombres frente a un 48,7 % para las mujeres, mientras que en el de desocupación se observó un 2,1% para los jefes de hogar frente a un 5,4% para las jefas de hogar.

La EISAR villa 21-24(2012) mostró que en los hogares donde habitan niños menores de 6 años, el 33,3% de los hogares tipo familia completa están a cargo de una mujer, mientras que en los hogares monoparentales este porcentaje alcanzó al 91% de los hogares, datos que evidencian la estrecha ligazón entre las mujeres y la maternidad. De este modo se puede ver cómo la desigualdad de género en relación a la maternidad y a los trabajos de cuidado, se ven agudizados por la pobreza y la desigualdad social.

Por otro lado, estas urbanizaciones se encuentran en diversos aspectos asistidos por el ámbito estatal, ya sea nacional o municipal, y por diversos aportes de las OSCs. Por medio de la Unidad de Gestión de Intervención Social (UGIS) perteneciente al Gobierno de la CABA (GCABA), que tiene como objetivo la Intervención Social en Villas de Emergencia y N.H.T., se realiza la provisión de servicios de desagote de pozos sépticos, desobstrucción de sistemas cloacales y pluviales, agua potable y electricidad, entre otros. En relación a subsidios monetarios, acorde a estadísticas oficiales el 44% de las personas que viven en las villas de la CABA reciben el Programa Ciudadanía Porteña¹⁶, el 20% otro subsidio o plan social, y el 14% becas de estudio (Mazzeo, 2013). Señalo a su vez la presencia de comedores, Organizaciones religiosas y partidarias que brindan diferentes tipos de asistencia tanto material como en servicios.

¹⁶ Ciudadanía Porteña es un programa de Desarrollo Social del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires vigente desde el 2005. El mismo está destinado a hogares en situación de pobreza e indigencia y consta de un subsidio monetario mensual a través de una tarjeta magnética para ser utilizada en la compra de alimentos, productos de higiene y limpieza personal, combustible para cocinar y útiles escolares. (Ministerio de Desarrollo Social, 2014)

A estas características sociológicas y materiales de la villa, que nos hablan de precariedades estructurales en las condiciones de vida y exclusión a partir de una segmentación del espacio físico de la ciudad, se le suman los estigmas y significaciones sociales asociadas, que generan los límites sociales y simbólicos (Carman, Vieira y Segura , 2013) estableciendo diferencias en relación al acceso y distribución desigual de recursos, así como a las distinciones conceptuales e imaginarias en torno a las categorizaciones de los espacios y las personas. Estas fronteras, generan una distinción entre un “adentro” y un “afuera” que tiene implicancias en cuanto a lo estructural y simbólico. En relación a las características materiales, señalo por ejemplo las problemáticas que ocasiona el no ingreso de diversos servicios públicos y privados al perímetro de la villa, entre los que se encuentran las ambulancias, medios públicos de transporte¹⁷ y empresas prestadoras de servicios. En relación a las fronteras simbólicas que se establecen, las villas se caracterizan históricamente como espacios de pobreza inmoralidad-ilegalidad (Guber, 1989).

Estas distinciones entre un “adentro” y un “afuera” sin embargo, deben pensarse más que nada a partir de la articulación entre ellas, dado que la existencia de estas zonas es parte de las condiciones estructurales de la sociedad argentina y Latinoamericana (Cravino, 2014). Uno de los principales modos en que estos dos espacios se integran es a partir de las intervenciones del estado por un lado, y a partir del aporte de mano de obra de los habitantes de las villas al resto de la ciudad por el otro. Cravino (2014) señala que si bien los niveles de desocupación de las villas son más elevados que los del resto de la ciudad, solo un 16,7% se emplea o autoemplea en el barrio, mientras que el resto lo hace en la ciudad, principalmente a partir del trabajo doméstico (un 20%) y el

¹⁷ Si bien cada villa de la CABA tiene sus características, en el caso de Villa 21-24, hay dos líneas de colectivos que ingresan a la villa (línea 70 y 188), aunque este servicio se interrumpe a la noche por la peligrosidad de la zona, dejando en el horario nocturno a la villa incomunicada con el resto de la ciudad.

cuentapropismo en sectores de servicios y producción. En ese sentido como veremos a continuación, las diversas formas en que estos dos espacios se integran dan cuenta de una desigualdad en las condiciones reales de existencia de sus habitantes, sobre las que se asienta un proceso de estigmatización.

Las personas de la villa 21-24 hacen referencia a esta segregación a nivel discursivo en su cotidianeidad a partir del uso estratégico de “villa” o “barrio” para referirse al espacio social en donde viven. En ese sentido, la preferencia por el término villa refiere a cuando la misma es pensada en su relación con otros espacios de la ciudad, o cuando se habla con o acerca de personas que viven por fuera de los límites de esta, convirtiéndose en una categoría que estructura un “adentro” y un “afuera” con características diferenciales. La categoría barrio por su parte, se usa cotidianamente y pertenece a un discurso más familiar y afectivo. Girola sostiene que refiere a relaciones sociales que se estructuran con base a la cercanía: “El barrio se presenta, pues, como el terreno donde se despliegan las relaciones vecinales y se convive con los ‘otros’, quienes se vuelven identificables y reconocibles en función de la cercanía, la visibilidad y la repetición“ (2013:39). La autora considera pertinente esta denominación para los barrios populares de la Ciudad de Buenos Aires, dado que se convirtieron en “unidades territoriales cimentadas en la proximidad física, la ligazón moral y la homogeneidad social de sus residentes o vecinos; al estilo de las “comunidades imaginadas” de Benedict Anderson.” (2013: 39)

Profundizando en esta distinción, Girola sostiene retomando a Kessler, que el barrio y la villa no son solo nominaciones de espacios, sino que se han constituido como polos opuestos de virtud y vicio, como universos morales diferenciados. En este punto, es útil la caracterización de Goffman (2006) en relación al estigma como perspectiva contextual que carga con características desacreditadas al estigmatizado a partir de una

instancia de interacción con una persona/grupo “normal”. En ese sentido, “la villa” hace alusión a esa relación tensa entre un “adentro” y un “afuera”, en el que se estigmatiza a las personas que viven en el primero, mientras que el “barrio” da cuenta de un espacio social en el que las intrusiones del “afuera” no son tan evidentes como para que las caracterizaciones desacreditadoras tengan lugar, dado que se está en cierto modo entre pares¹⁸.

A lo largo de las interacciones en el campo registre un uso estratégico de la referencia a la adscripción territorial a la villa 21-24, por medio de la cual la preferencia por usar “villa 21-24” tiene que ver con que es el nombre oficial, por lo que se usa cuando se refiere a circunstancias u ámbitos oficiales, de índole política, o cuando se le quiere dar un carácter más institucional al discurso. Por otro lado, en interacciones más informales que se encuentran atravesadas por la distinción entre un “afuera” y un “adentro”, se refieren a la villa como “la veintiuno”, o “el barrio”. De todos modos, sostengo que dentro de los condicionamientos estructurales y simbólicos, hay una gestión de los propios habitantes de las villas en relación al uso estratégico de su adscripción residencial:

“El presentador le pasa el micrófono a Gloria. Las personas que estaban alrededor aplauden. Gloria se presenta y llama a Víctor, a quien presenta como su “profe colaborador”. Dice que el grupo de baile está formado por chicos de la villa 21-24. Cuenta que ella da clases en la villa desde hace 15 años, que son más de 350 chicos los que participan de las clases que se dan ahora en diferentes lugares de la villa. Cuenta que ahora da clases en comedores y centros

¹⁸ Señalo por ejemplo el uso estratégico del término “barrio” en el libro “El barrio obrero conocido como Villa 21-24 y Zavaleta: Una historia de dificultades, luchas y conquistas”, realizado por alumnos del CENS n°75, ubicado sobre el perímetro de la villa 21-24 y el NHT Zabaleta, en el que sus autores señalan “le pusimos barrio obrero para dejar en claro que es un barrio de gente trabajadora”(Transcripción de presentación del libro, visto en: <https://www.youtube.com/watch?v=QNKafInbDs4>). Allí reivindican los hitos históricos y organizacionales de lucha x las condiciones de vida, remarcando la fuerte organización, solidaridad vecinal y de clase que caracterizaría a las villas como espacio social, así como a los villeros en cuanto a adscripción identitaria.

comunitarios, pero que cuando empezó daba clases en la calle y en los pasillos de la villa, bailando sobre el barro, con las motos y los autos pasando por al lado.”

(Presentación del grupo de baile en un festival organizado por la Asociación de Amigos del Gauchito Gil para llevar donaciones a las comunidades de Chaco. Domingo a la tarde, Costanera Sur, CABA)

“Jorge (el presentador) cuenta que la conoce a Gloria desde hace años y que es una de las mejores profesoras, y que trae ahora a los chicos de la escuela de baile. Gloria toma el micrófono y presenta al grupo de baile. Dice que son de Barracas y que en la compañía de baile hay chicos desde los 3 años a personas de 40 y 50 bailando en las diferentes clases. En esta oportunidad, van a mostrar unas coreografías que prepararon con el grupo de adolescentes...”

(Presentación del grupo de baile en el boliche Azúcar Abasto (CABA), viernes a las 22hs)

En estas dos escenas de presentación de la compañía de baile la profesora, a partir de un ocultamiento o una exaltación de su adscripción a la villa, establece una gestión de la información en pos de generar determinados efectos en la audiencia. En el primer caso, en donde se trataba de un festival solidario, la retórica de denuncia de la desigualdad social en la que se encuentran los chicos de la compañía de baile por vivir en la villa suscitó mucha consideración y reconocimiento por parte de los presentes. En el segundo caso sin embargo, las y los jóvenes se presentaban en un boliche del barrio de Abasto en donde iban a realizar un show, dado que como se señaló la profesora “ellos son bailarines y pueden bailar donde quieran”, tratando de distanciarse de los estigmas y caracterizaciones que los envuelven en cuanto a las posibilidades que tendrían por ser “villeros”. Cabe aclarar que este uso estratégico de la información no se dio solo a un nivel verbal, sino que son posturas que se sostienen como veremos a lo largo de este trabajo, a partir de los modos de estar corporales y los usos de la estética.

En ese sentido, las mujeres hacen un uso de estratégico (que puede ser más o menos consiente, más o menos planificado) de sus corporalidades, para tratar de establecer determinados parámetros de situación, y suscitar determinadas impresiones en el otro. Pueden entenderse entonces como performances o “actuaciones” que sirven para influir de algún modo en los otros participantes en las situaciones de interacción social (Goffman, 1997).

“El barrio”

La villa 21-24 es una de las más antiguas, remontando su surgimiento a la década de 1950¹⁹. Ubicada en la zona sur de la CABA, es una de las más extensas en territorio. Esta villa es conocida muchas veces como “la villa de los paraguayos” (Cravino, 2014), por ser que tiene un alto índice que población migrante de este país²⁰. Acorde al análisis realizado por Mera (2014) de los datos del Censo 2010, según el

¹⁹ Al ser un barrio surgido sin planificación no hay documentación oficial acerca de su constitución, sino que su reconstrucción histórica depende de los trabajos académicos y principalmente de la reconstrucción realizada por las propias organizaciones barriales de cada villa. Según la reconstrucción histórica de un grupo de estudiantes de secundaria de la villa, la sitúan en el año 1952, a partir de un incendio en un conventillo del barrio de La Boca (Castañeda, *et ál*, 2012). Cravino, por su parte, cita a Gazzoli quien la remonta a fines de la década de 1950, y a un poblador antiguo de la zona, que indica que la misma se constituyó a partir de los trabajadores del puerto ubicado sobre el Riachuelo, que no tenían hogar y comenzaron a armar sus casas en terrenos cercamos a sus fuentes de trabajo (Cravino, 2014). Las primeras casas se asentaban en los terrenos más firmes de los esteros del Riachuelo, eran de chapa y madera, y no contaban con servicios de electricidad, cloacas ni agua potable. El paisaje estaba formado por varios galpones, terminales de carga y descarga de los ferrocarriles y La Usina, conocida como “La quema”, por ser el lugar donde los camiones llevaban la basura para quemarla. Entre las décadas de 1960 y 1970, existían dos barrios que actualmente ya no están: el Barrio Riachuelo y el NHT Osvaldo Cruz (ubicados en donde actualmente se encuentra el Barrio Espora, demolidos en 1980), y dos villas aledañas: la villa 22 conocida como “La Isla” y la villa 23 ubicada en Pepirí y Osvaldo Cruz, eliminadas en la última dictadura militar.

²⁰ La EISAR villa 21-24 del 2012 de la Autoridad de Cuenca Matanza Riachuelo (ACUMAR) señala en su análisis de la situación social y demográfica de hogares con niños, embarazadas y adultos mayores los siguientes valores: en el 62% de los hogares con niños menores de 6 años el jefe de hogar nació en un país extranjero, dentro del cual Paraguay representa el 47,9% , Bolivia el 6,8% y Perú el 5,7%. Estos porcentajes guardan relación con los presentados en los hogares con mujeres embarazadas, para quienes en el 60% de los casos residen en hogares donde el jefe de hogar es nacido en un país extranjero (dentro del cual Paraguay representa el 47%); y los hogares con adultos mayores, para quienes en el 47% de los casos relevados el jefe de hogar es nacido en un país extranjero, dentro del cual Paraguay representa el 34,7%.

Índice de Segregación Espacial la migración paraguaya se encuentra desigualmente distribuida, concentrándose en su mayoría (un 42,2% de la migración total en la CABA) en la zona de la villa 21-24 y el NHT Zabaleta, y en segundo lugar en la villa 31 y 31 bis del barrio de Retiro, y en las villas 15, 17 y NHT Av. Del Trabajo del barrio de Lugano. Atendiendo a las restricciones en torno al acceso a la vivienda para algunos grupos sociales, esta asociación entre migración y villas, responde no solo a la forma de incorporación inicial de los migrantes pobres a las áreas urbanas, sino a una solución habitacional de carácter permanente. Siguiendo a la autora,

“En términos de distribución espacial, las características que adquieren los lugares y sitios habitados (y apropiados) por los paraguayos en la Ciudad de Buenos Aires revelan jerarquías y distancias que se producen en el espacio social. La estructura espacial desigual (más que diferencial) que se plasma en la cartografía constituye una clara expresión de desigualdades (más que diferencias) sociales, donde lo migratorio y la pobreza se conjugan para “condenar a muchos individuos y familias a zonas y barrios estigmatizados.” (Mera, 2014:76)

Tal como se señaló en la caracterización general de las villas, las características habitacionales se caracterizan por la precariedad. Esto genera una profundización de las desigualdades en relación al resto de la ciudad en cuanto a características habitacionales y a niveles de pobreza, que se evidencia en diversas situaciones de la cotidianeidad. Cito a continuación un registro de campo de un día en el que fui invitada a comer un asado en la casa de Gloria:

“Antes de que terminemos de comer, Gloria ve que la parte de abajo de la pared estaba mojada y que iba subiendo la humedad hasta como un metro en algunas partes. Me dice que es porque entra la humedad de afuera. Deja el tenedor que tenía en la mano y mientras me cuenta que se había levantado a las 7 de la mañana por el olor ‘a mierda’ de las cloacas que estaban rebalsadas se ponía una remera con mangas largas y se arremangaba los pantalones. La acompaño hasta afuera y habían como 3 cm de agua en el pasillo y habían pedazos de materia fecal flotando.

Dice que hoy a la mañana fue sola y sin guantes a levantar la tapa y ‘entró a darle con el caño’ (Levantaron las tapas de cemento y con un ‘caño triple’ tratan de destaparlos). Ale la convenció de que se ponga las botas y unos guantes, el también se puso (guantes de látex, tipo dentista) y salieron a buscar el caño que estaba en el techo del vecino de al lado. Pasaron por arriba de la reja de la casa y se subieron al techo. Bajaron un caño como de tres metros de largo, negro, y se fueron por el pasillo. Yo entré a la casa y los chicos y la mamá de Gloria seguían comiendo como si nada hubiese pasado”.

(Registro de campo en la casa de Gloria, 36 años, Paraguaya. Profesora de clases de baile en la villa 21-24, realiza presentaciones de baile en distintos lugares de la CABA. Madre de dos hijos)

A modo de conclusión sostengo que las características habitacionales y sociológicas de las villas, permiten pensar una segmentación del espacio de la ciudad que se vivencia para las personas de la villa en términos de un “adentro”, constituido por las relaciones de vecindad dentro del barrio, y un “afuera”, en el que se evidencia la desigualdad en las condiciones de vida y oportunidades, y se establecen una serie de estigmas hacia sus residentes. Esta separación, que será retomada a lo largo del trabajo dado que es uno de los ejes que estructuran las prácticas y dinámicas de los usos de la estética de las mujeres de la villa, presenta un patrón espacial y simbólico que evidencia a su vez la asociación que se da entre pobreza y migración de países limítrofes.

Dentro de este panorama interesa situar el lugar de las mujeres, para quienes las desigualdades en el ámbito laboral y posibilidades de empleo, sumado a los estereotipos que las sobrecargan como responsables de los cuidados del hogar y de las personas de la familia, aumentan la precariedad de sus condiciones de vida. Si bien en los próximos capítulos entraremos en contacto con las experiencias de las mujeres con quienes interactuamos en el trabajo de campo, señalo por el momento que no pretenden ofrecer una muestra que pueda hacerse extensiva a todas las mujeres que residen allí, dada la heterogeneidad de la pobreza que la caracteriza. Tanto a partir de mi ingreso en el

territorio, como por las elecciones que fui tomando a lo largo del trabajo de campo, tendí a vincularme con un grupo particular de mujeres junto con las cuales se construyeron las problemáticas que aquí se presentan.

CAPITULO 2: LAS PRÁCTICAS DE ESTÉTICA

A lo largo de este capítulo, realizaré un breve recorrido por diferentes autores que permitieron establecer el marco conceptual desde el cual se construyeron las problemáticas planteadas. Al comenzar a relevar la bibliografía sobre prácticas y modificaciones corporales con fines estéticos o de belleza, me encontré con un prejuicio respecto de que las mujeres de la villa “no se arreglan”, que no sólo escuche en ciertos ámbitos de la facultad sino que autores como Le Bretón (2012) sostiene que la apuesta por la estética y belleza corporal sería una preocupación y un recurso disponible solo para las “profesiones liberales” o los sectores “medios y privilegiados” (168), dado que los sectores populares se encuentran distanciados del sistema de referencias del paradigma que propone el cuidado y la construcción de la imagen estética, además de hallarse con restricciones de tiempo y dinero para acceder a él ²¹.

A este prejuicio se le suma el desafío que señala Nicolino (2012), en relación a que los estudios que analizan dichas prácticas se basan en sectores de poder adquisitivo medios o altos, por lo que las prácticas que se analizan y los criterios que se usan no parecen adecuarse a las situaciones que se encuentran en ámbitos de pobreza . En las interacciones en villa 21-24, encontré muy pocas cirugías estéticas y tratamientos de alto desarrollo tecnológico, al tiempo que las referencias a los modelos dominantes de belleza se hacen también más difusos. Sostengo en ese sentido, que la asociación entre prácticas y modificaciones estéticas y alto nivel tecnológico o adquisitivo, dificulta la visibilización de ciertas dinámicas que ocurren en los usos cotidianos de las mujeres de la villa. Dicho esto, procedo a situar ciertos lineamientos teóricos y elementos

²¹ “Hay que notar que el cuerpo es una apuesta simbólica para categoría sociales relativamente precisas. No parece, por ejemplo, que los sectores rurales u obreros se vean muy afectados por este entusiasmo en torno de las cosas del cuerpo” (Le Breton,2012: 167)

conceptuales que nos servirán como herramientas analíticas de cara a las problemáticas planteadas.

I. Estudios sociales sobre la belleza y apariencia corporal de la mujer

Un autor frecuentemente citado dentro de los estudios que se centran en los procesos de embellecimiento y/o modificación corporal es Vigarello con su “Historia de la Belleza” (2005), quién desde una perspectiva histórica, reconoce que la concepción de la belleza y las prácticas de embellecimiento van cambiando a lo largo de las épocas. En cuanto al análisis de las concepciones actuales, el autor analiza cómo se dio el paso de una belleza considerada en el orden de lo divino, como revelación de Dios y luego de la naturaleza, a una belleza cuyo criterio principal es ser producto de una construcción. Este cambio estuvo a su vez acompañado por la belleza singularizada como lugar por antonomasia del individuo. Como señala el autor,

“La brutal explosión del embellecimiento, sus variedades, su amplitud, en verdad, no podrían explicarse solo por las prácticas consumistas o incluso solamente por el imaginario de la igualdad. Un cambio igualmente profundo las acompaña, una ruptura que tiene que ver con la identidad, una inversión particular en la imagen individual y en su sentido. Como nunca, esa identidad se reduce hoy en día al propio individuo, a su presencia, a su cuerpo” (Vigarello, 2005: 243)

Este recorrido histórico es analizado desde otra perspectiva por Norbert Elías, quien estudia los procesos sociales y psicológicos que desde el siglo XVI confluyeron en una nueva estructura propia de la modernidad que introduce una mayor conciencia de uno mismo como individuo identificado en un cuerpo. La referencia a la belleza como construcción y como espacio de individualización, es sostenida también por otros

autores, para quienes la característica principal de las concepciones dominantes de la belleza en la época actual, es el considerarla un proceso que aborda la construcción del propio cuerpo a modo de un “cuerpo reciclado” (Lipovetsky, 1986) o un “traje de arlequín” (Le Breton, 2012), en el que las prácticas vienen a significar un desarrollo de la individualidad del sujeto (Baudrillard, 2009) . Como parte del nexo entre la sociedad de consumo masificado de la posmodernidad y el proceso de individualización y personalización que ubica al cuerpo como “objeto de culto” y de “inversión narcisista” (Lipovetsky, 1986:60), el cuerpo es transformado en sujeto. Esta personalización y búsqueda de la autorreflexividad, es sin embargo un modo de estandarización que obedece a imperativos sociales; “la normalización posmoderna se presenta siempre como el único medio de ser verdaderamente uno mismo, joven, esbelto, dinámico” (Lipovetsky, 1986: 63). Esta normalización se distancia del autoritarismo de tiempos anteriores, para operar de modo flexible, a partir de “consejos prácticos”, “campañas de información y sensibilización” difundidas por medios de comunicación, entre otros.

Estos autores hacen una referencia histórica y contextual del desenvolvimiento de las representaciones y cánones de belleza femenina que se desarrollan desde los países centrales de Europa en cuanto a tendencias estéticas a nivel mundial. Dentro del ámbito local, Aafkes (2008) en su estudio etnográfico sobre las cirugías estéticas en la CABA, señala que en la sociedad porteña existe la percepción del cuerpo como una entidad no terminada y maleable, lo que deriva en una concepción del mismo como parte del proyecto individual y la realización personal. A su vez, señala que esta construcción del cuerpo presenta mayor importancia en el caso de las mujeres, dado que para la autora el cuerpo bello es un criterio de la construcción del género femenino.

Esta perspectiva lleva a situar la importancia de los usos de la estética corporal en las mujeres. En ese sentido el feminismo, como campo de estudios crítico de las

desigualdades de poder en las relaciones entre varones y mujeres, nos permite considerar un eje que estructura las relaciones de las mujeres con sus cuerpos. Susan Bordo, sostiene que el feminismo norteamericano tuvo un papel importante en la politización de la dimensión corporal de las mujeres, y en esas denuncias los parámetros estéticos tuvieron un lugar relevante. Entre los hitos que menciona, señalo por ejemplo el Primer encuentro Masivo Feminista en Norteamérica en 1914, en donde se incluyó entre las demandas el “derecho a ignorar la moda” (Bordo,2001: 38) . Pensando el cuerpo como un territorio políticamente inscripto, Bordo a su vez cita a Andrea Dwarkin, quien sostiene que:

“Los estándares de belleza describen en términos precisos la relación que una mujer tendrá con su propio cuerpo. Prescriben su motilidad, su espontaneidad, su postura, su garbo, los usos que se le pueden dar al cuerpo. Definen precisamente las dimensiones de su libertad física. Y por supuesto, la relación entre libertad física y desarrollo psicológico, posibilidad intelectual, y potencial creativo, es umbilical.

En nuestra cultura ninguna parte de una mujer se deja sin tocar, sin alterar. (...) esta alteración es un proceso continuo y repetitivo. Es vital para la economía, la importante sustancia de la diferenciación masculino-femenino, la más inmediata realidad física y psicológica de ser una mujer.” (Citado en Bordo, 1991: 43)

Más adelante retomaremos algunos de estos planteos al analizar las relaciones que podamos establecer con las prácticas situadas de las mujeres de la villa. Señalo por el momento, que hay varias discusiones dentro de autoras feministas en torno a la consideración de las prácticas de estética corporal y los discursos dominantes que promueven ciertas caracterizaciones de “la belleza”. Por un lado, varias de ellas sitúan a las mismas como micropolíticas de dominación, mientras que otras autoras como Kathy Davis, nos hablan de las prácticas de modificación corporal como cirugías estéticas

como espacios de agencia de las mujeres de ser artífices de su propia construcción corporal.

De todos modos, sigo la propuesta de Susan Bordo (2001), de correrse de una mirada que analice las prácticas de belleza y feminidad bajo un modelo reduccionista que solo distingue dinámicas duales en tanto opresor/oprimido, para tratar de problematizar estas temáticas en relación a la clase, raza y orientación sexual tanto entre varones como mujeres. A su vez, la autora señala que más allá de las técnicas de “autovigilancia” propias de un poder “capilar” (Foucault, 2006), las personas se encuentran situadas en relación a prácticas e instituciones que ejercen relaciones de poder y coerción, por lo que deben considerarse también ciertas normalizaciones que afectan directa o indirectamente las acciones de las mujeres en relación a su cuerpo.

Traigo por último a Elsa Muñiz, antropóloga mexicana que si bien denuncia las “prácticas corporales” de belleza como instancias por medio de las cuales circula el poder constituyendo los cuerpos de modo normativo, reconoce a su vez un movimiento de “reapropiación” del cuerpo a modo de agencia través de modificaciones corporales. Partiendo de ciertos conceptos foucaultianos²² como las *tecnologías* y *dispositivos*, en articulación con la propuesta de Judith Butler sobre la materialización de los cuerpos, denuncia principalmente los corolarios de discriminación que determinados parámetros de la belleza proponen, y su disposición como operadores de la normalización y naturalización de mecanismos disciplinarios. Como señala la autora,

²² Las obras de Michel Foucault (2008 [1976], 2006 [1975]) sitúan al cuerpo como lugar de inscripción y disputa de una microfísica del poder, llevando la atención a los modos en los que los discursos sociales construyen, legitiman y reproducen ciertas representaciones del cuerpo. La caracterización de Foucault del cambio de relaciones de poder a partir del S. XVIII a un poder sobre la vida que se organiza en una anátomo-política del cuerpo humano implementada a partir de las disciplinas de las instituciones, junto con una biopolítica de la población, influyo en las perspectivas posestructuralistas y de estudios de género.

“En nuestras sociedades actuales, la búsqueda de la belleza y la perfección ha desplegado una de las industrias más exitosas. Los cosméticos, los tratamientos, las clínicas y salas de belleza, llamadas “estéticas”, así como las modificaciones faciales y corporales, son constitutivas del dispositivo de la corporalidad, son un conjunto de prácticas complejas que, por un lado, podemos considerar como alegorías de la reapropiación de los cuerpos y formas de expresión de la consabida auto-creación de la identidad, y por otro como mecanismos disciplinarios en el en el proceso de controlar los cuerpos“(2012: 420)

Es así que para poder construir herramientas teóricas que nos permitan problematizar los temas de la presente tesis, es necesario tener una perspectiva clara de las condiciones materiales y sociales de las mujeres con quienes vamos a trabajar. Como se señaló en el capítulo anterior, si bien las mujeres de la villa se relacionan de un modo tenso con el resto de la ciudad “formal”, están atravesadas por las representaciones y sentidos de estereotipos corporales propios de un sistema de mercado donde proliferan los bienes y servicios de estética corporal. Si bien los cuerpos han sido objeto de transformaciones por todas las culturas, Citro y Aschieri señalan que “posiblemente una de las novedades de las últimas décadas es que este re-armado cada vez más se despliega en el marco de las múltiples ofertas que los mercados brindan a sus potenciales consumidores.” (2015: 1), en donde ciertos modelos corporales son portadores de un diferencial valor simbólico y cultural. Las mujeres de la villa no solo no cuentan con los suficientes recursos socio-económicos para participar de las transacciones del mercado, sino que sobre sus corporalidades se naturalizan una serie de asociaciones de índole valorativa y moral, que tienen sus consecuencias en la estigmatización y naturalización de la segregación socio-espacial. En ese sentido, Bourdieu nos recuerda como el cuerpo es un producto social, resultado de la

“desigual distribución de las propiedades corporales entre las clases (...) que se realiza a través de diferentes mediaciones tales como las condiciones de trabajo (...) y los hábitos de consumo

que, en tanto que dimensiones del gusto, y por tanto del *habitus*, puede perpetuarse más allá de sus condiciones sociales de producción. Las diferencias de pura complejidad se ven reduplicadas por las diferencias de *hexis*, de *mantenimiento*, por las diferencias en la manera de estar, de comportarse” (Bourdieu, 1986:184)

Los usos y sentidos de la estética corporal forman parte del *habitus* de las mujeres, entendiéndolo por eso que responden a determinados condicionamientos asociados a sus realidades de existencia. Producto de la conjunción de diferentes mediaciones como hábitos de consumo y condiciones de trabajo, el *hábitus* brinda a su vez esquemas de percepción, de pensamiento y de acción, que se relacionan con la distribución de bienes simbólicos y materiales entre las clases sociales. Es a partir de este concepto que el autor propone pensar el cuerpo “como *locus* de la práctica social y ya no como mera fuente de simbolismo o medio expresivo” (Citro, 2010: 50).

El *hábitus* entonces, permite situar las trayectorias corporales y estéticas de las mujeres de villa 21-24 en cuanto condiciones de existencia, posibilidades y limitaciones; y en su relación con el mismo a partir de las mediaciones que se establecen al dimensionar la distancia entre sus cuerpos reales y el “cuerpo legítimo”:

“La experiencia práctica del cuerpo, originada por los esquemas fundamentales (formas incorporadas de las estructuras básicas del universo social, es decir, de las estructuras de la división del trabajo de las que forma parte la división del trabajo entre los sexos), reforzada sin cesar por las reacciones al propio cuerpo originadas por los mismos esquemas, es uno de los principios de la constitución de una relación *durable* y *generalizada* con el cuerpo definida realmente por la *hexis* corporal. Esta relación al cuerpo que es progresivamente interiorizada y que proporciona al cuerpo su *fisionomía propiamente social* es una forma global de estar, de presentarlo a los otros, en la que se expresa, entre otras cosas, una peculiar relación -de concordancia o discordancia- entre el cuerpo real y el cuerpo legítimo (tal como es definido por un tipo determinado de esquemas de percepción).” (1986: 192-193)

En ese sentido, las diferencias entre las formas corporales se relacionan con el mundo social bajo el modo en la que la distancia entre el “cuerpo real” y el “cuerpo legítimo” estructura la relación con el propio cuerpo. Como se puede ver a partir del ejemplo de Bourdieu sobre el encanto y el carisma como realizaciones corporales del poder de producir e imponer al cuerpo su propia objetivación:

“El encanto y el carisma expresan el poder de imponer como representación objetiva y colectiva del propio cuerpo y del ser propio la representación que un individuo se hace de ellos hasta el punto de obtener del otro,(...), que *abdique de su poder genérico de objetivación* y lo delegue en el que es objeto de esa objetivación quien, en virtud de ello, se convierte a sí mismo en sujeto absoluto, sin exterior, plenamente justificado en su existencia, legitimado.” (Bourdieu, 1986: 188)

Entwistle (2002) en su estudio sobre los modos de vestirse y adornarse, retoma elementos de Bourdieu para el campo de la sociología de la moda, y propone salirse de un análisis simbólico o semiológico para abordar el vestir como una “práctica contextualizada y corpórea” (49). El concepto “vestir” es tomado como un acto o series de actos que refieren no solamente a cubrir el cuerpo sino que incluye la dimensión de “vestirse” y “estar vestido”, y el concepto estético de adorno. Dentro de estos actos, sitúa también a la esfera del poder en relación a la clase y al género, como un elemento presente y que condiciona a partir de dos dimensiones que se encuentran en tensión: el poder que se impone como disciplina; y la corporeidad, por medio del cual las prácticas de las personas que visten tienen un espacio que entra en relación y tensión con las dinámicas más estructurales. Cito a continuación un fragmento en el que aparecen elementos de su definición del fenómeno del vestir:

“El vestir implica acciones particulares dirigidas por el cuerpo sobre el cuerpo, que dan como resultado formas de ser y de vestir, por ejemplo, formas de caminar para acostumbrarse a los

tacones altos, formas de respirar para acostumbrarse al corsé, formas de agacharse con una falda corta, etc. De este modo, el análisis del vestir como práctica contextualizada y corpórea nos permite ver la acción del poder en los espacios sociales (y especialmente cómo se genera este poder) y cómo influye sobre la experiencia del cuerpo y da como fruto diversas estrategias por parte de las personas. (...) En resumen, el estudio del vestir como práctica corporal contextualizada exige, por una parte, estar entre los aspectos discursivos y representativos del vestir y el modo en el que el cuerpo-vestir está atrapado en las relaciones de poder y, por la otra, la experiencia corpórea del vestir y del uso de la ropa como medio por el cual los individuos se orientan hacia el mundo social.” (49-50)

A su vez, agrega al análisis del vestir, la participación de las dinámicas de producción-distribución-consumo, dado que en la sociedad actual, el vestir es inescindible de las dinámicas de la industria de la moda. Estas dinámicas que se dan en relación a los procesos productivos tienen corolarios en las propias prácticas, dado que como señala Narotsky “En cada una de las etapas del recorrido de aprovisionamiento, las relaciones sociales producen diferenciación material que queda incorporada en los propios bienes y servicios“(2007: 34). Esta diferenciación refiere no solo los bienes y servicios en sí, sino también los modos en los que el poder y la riqueza se organizan en torno a lo qué se consume y al cómo se lo consume:

“Las posiciones de poder y riqueza, (...) condicionan la capacidad de las personas para organizar el consumo y “significar” a través del consumo. A su vez, todo lo que se consume – se posee o se utiliza- confiere una cantidad de poder determinada sobre otras personas. Tanto la *manera de consumir* en cuanto signo de un ámbito social donde se re-crea y se define constantemente una red de significados, como el contenido del consumo – en cuanto incorporación de objetos útiles que provocan el control de una mayor cantidad de energía, trabajo o información en la vida de una persona- producen riqueza y poder y sitúan a cada persona en un ámbito específico de oportunidades con respecto a los procesos de producción y distribución”. (Narotzky, 2004: 163)

Como se puede ver en este fragmento, atender a los modos de aprovisionamiento implica comprender la complejidad de los diferentes procesos por los que los objetos, los servicios y la información transcurren hasta que son consumidos, implicando significación y poder en su trayectoria. A su vez, los modos mediante los cuales las diferentes personas realizan ese consumo están condicionados por diferentes factores sociales y económicos. A partir de una problematización de las diferentes vías de aprovisionamiento, es posible entender las pautas de consumo, las relaciones sociales que se producen en el consumo y la construcción de significado y distinción social que el mismo ofrece. De cara a los objetivos de la presente investigación, esta conceptualización acerca de los modos de aprovisionamiento nos será de gran valor para poder analizar el modo en que las mujeres de la villa organizan sus recursos y relaciones sociales para acceder a los diferentes bienes, servicios y saberes en torno a la estética corporal.

II. Hacia una definición los usos, modos de ser y estar corporales de las mujeres de la villa en relación a su estética

Considero que los usos de la estética se encuentran relacionados con los modos de ser y estar corporalmente de las mujeres en las interacciones de su vida cotidiana. Esto implica que dichas dimensiones no refieren únicamente a prácticas cosméticas o modificaciones corporales, sino que involucran también las posturas y gestualidades que se combinan para configurar las disposiciones de los cuerpos en las diferentes instancias sociales.

A partir del desarrollo de la concepción de las “técnicas corporales”, Mauss (1979) refiere a los gestos codificados y sincronías musculares establecidos por una

determinada sociedad a fines de obtener una eficacia práctica y simbólica; como ser modos de caminar, de moverse, de hablar, normas de cortesía, entre otras. El autor refiere a las mismas como técnicas, en cuanto considera que el cuerpo es el primer y más natural instrumento del hombre, que es modelado luego por la cultura en la cual el mismo se encuentra. En este proceso, estas técnicas corporales se constituyen como montajes fisio-psico-sociológicos, que en tanto prácticas socialmente constituidas establecen las normas y expectativas corporales de un grupo o sociedad situado espacio-temporalmente. Estas técnicas, gestos y modos de estar y moverse sin embargo no solo están estructuradas socialmente, sino que dependen de las interacciones en las que estas situaciones tienen lugar, caracterizadas por el espacio, tiempo, normas y expectativas que se dan en las mismas (Goffman, 1997).

Por otro lado, Featherstone (1999), a partir del concepto de *body modificación*, incluye entre las prácticas que modifican la corporalidad los procesos de larga duración, como regímenes alimentarios y rutinas de ejercicios que buscan un cambio en como se ve el cuerpo a largo plazo. Como señala el autor:

“The term ‘body modification’ refers to a long list of practices which included piercing, tattooing, branding, cutting, binding and inserting implants to alter the appearance and form of the body. The list of these practices could be extended to include gymnastics bodybuilding, anorexia and fasting forms in which the body surface is not directly inscribed and altered using instruments to cut, pierce or bind. In these practices, the outer body is transformed through a variety of exercises and dietary regimes, which are generally much slower processes, with the external effects, such as gaining or losing bulk, fat or musculature, only becoming observable over long periods of time. “(1999: 1) ²³

²³ “El término " *body modification* " refiere a una larga lista de prácticas que incluyen perforaciones, tatuajes, el *branding*, *cutting*, *binding* y la inserción de implantes subcutáneos para alterar el aspecto y la forma del cuerpo. La lista de estas prácticas podría ampliarse para incluir el culturismo, la anorexia y los ayunos en las que la superficie del cuerpo no está directamente inscrita y alterada usando instrumentos para cortar, perforar o apretar. En estas prácticas, el cuerpo exterior se transforma por medio de una

En ese sentido, se puede pensar en cómo más allá de la intencionalidad de la persona, ciertas prácticas alimentarias y patrones de actividad física cotidiana se insertan dentro de los *habitus* de las mujeres y configuran sus cuerpos. A diferencia de las prácticas que involucran gran desarrollo tecnológico y saberes biomédicos, y generan cambios en la apariencia física en períodos breves de tiempo (como por ejemplo las cirugías estéticas), éstas son prácticas cotidianas que muchas veces pasan desapercibidas en tanto tales.

Por otro lado, al considerar la corporalidad como una dimensión inescindible de la persona, los usos de la estética implican una dimensión afectiva y emotiva que debe ser incluida en el análisis. En esta línea, rescato los aportes de Moreno Figueroa (2013), quien para analizar el fenómeno de la belleza femenina se centra no ya en las prácticas, sino en la belleza como un “proceso afectivo encarnado”. Conceptualizándola más como un sentimiento que como un contenido a partir de un desplazamiento del *being* to *feeling* (137), la autora busca entender lo que la belleza hace en las personas, situándola como una experiencia empírica. En este sentido, la belleza no sería tanto un contenido o algo que se tiene, sino un sentimiento:

“ is it something that you see in yourself, is it something you are, is it something you think about yourself, is it material, is it in your imagination, is it in your gaze, is it in the gaze of others? How can we locate beauty in its dynamic displacement? I suggest that what exist is a realm of beauty where all this positions take place simultaneously. These women will negotiate their

variedad de ejercicios y regímenes dietarios, que generalmente son procesos muy lentos, con los efectos externos como ganar o perder volumen, grasa o musculatura, convirtiéndose en observables solo luego de largos períodos de tiempo” (Traducción propia). El *Branding* es una práctica que consiste en hacerse dibujos permanentes en la piel por medio de la creación de cicatrices por quemaduras. *Cutting* y *Binding* refieren a su vez a formas de adorno corporal por medio de dibujos formados por las cicatrices de cortes y vendajes que por medio de la presión modifican las formas corporales.

feminine identification in relation to such a realm: inside, outside, on the boundary between them” (Moreno Figueroa, 2013:148).²⁴

Este abordaje de la belleza es interesante porque fractura la visión de un paradigma dominante y unívoco de belleza, al proponer la multidimensionalidad de las valoraciones estéticas desde las propias mujeres y su sensibilidad. A su vez, permite pensar las problemáticas en torno a las percepciones sociales del gusto desde una perspectiva experiencial y cotidiana.

Estos usos de la estética deben leerse dentro de la complejidad de las relaciones que se establecen en la villa. Tal como señala Arechaga (2013) a partir de un trabajo de campo en un barrio pobre de La Plata en donde analiza las principales prácticas de las mujeres vinculadas a la dimensión estética, “hay una fuerte preocupación por la estética, vinculada con la construcción de los modelos de belleza ... (que) valorizan ciertas características (hegemónicas o no) que tienen una regulación propia en el barrio”(10). Esta autora nos permite ver como en el espacio social segregado, las mujeres construyen y gestionan determinadas corporalidades “lindas”, que se relacionan con las características particulares del espacio social en el que se estructuran sus *hábitus*.

Hay en ese sentido dos elementos característicos de la villa 21-24 que considero deben ser particularmente tenidos en cuenta: el contexto de pobreza y segregación socio-espacial en el que las mujeres se encuentran, y las características

²⁴ “¿es algo que ves en vos mismo, es algo que vos sos, es algo que pensas de vos, está en lo material, está en tu imaginación, está en tu mirada, está en la mirada de los demás? ¿Cómo podemos encontrar la belleza en su desplazamiento dinámico? Sugiero que lo que existe es una esfera de la belleza donde todas estas posiciones, miradas y debates tienen lugar simultáneamente. Estas mujeres van a negociar su identificación femenina en relación con este esfera: adentro, afuera, en el límite entre ellas”. (Traducción propia)

étnicas que caracterizan a la mayoría de ellas. Estos dos elementos se combinan de un modo particular a partir de la “racialización de las relaciones de clase” (Margulis, 1999) que caracterizan uno de los principales procesos de discriminación de la CABA.

Margulis entiende al racismo como un modo de procesamiento ideológico de la otredad en el que el “otro” se define por sus diferencias que se jerarquizan y estructuran en torno a los ejes bueno/malo, legítimo/ilegítimo. Para el autor, la asociación en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) entre la pobreza y el racismo, se dio a partir de un proceso histórico en el que los fenómenos migratorios se instalaron dentro de determinados marcos de valoración, luchas por el poder y por la instalación de sentido. Cuando algún carácter discriminatorio se instala en la sociedad, el mismo se vincula cultural, histórica e ideológicamente con la estructura social y de clases vigente. En este proceso los grupos que presentan rasgos corporales que remiten a los mestizajes de América Latina, como los migrantes de los países limítrofes o provincias del norte argentino, así como quienes se encuentran en desventaja de oportunidades por su clase social o condición de pobreza y mantienen formas culturales asociadas a sus lugares de origen o situación de pobreza, son objeto de discriminación y comportamientos racistas.

25

A estos rasgos étnico desacreditados en el plano corporal y cultural que exhiben en su mayoría las mujeres de la villa, se le agrega la caracterización de “villeras”, que en parte engloba los prejuicios asociados tanto a la pobreza como a los rasgos étnicos/raciales, pero otorgándoles características particulares propias de la segregación socio-espacial en la CABA, como observamos en el capítulo anterior. Las

²⁵ Desde otra perspectiva, en la que se resaltan las dinámicas de la escasez, del merecimiento y del resentimiento, López (2012) también hace referencia a la discriminación a migrantes de países limítrofes como de un “racismo que esquivo ese nombre” porque “prefiere la comodidad de la idea de las culturas nacionales a la inquietante división entre las clases” (2012: 16).

estigmatizaciones que caracterizan a las mujeres de la villa, ocurren por tanto, a partir de las interacciones que las mismas realizan entre el “adentro” y “el afuera”, o en las situaciones en las cuales toma relevancia esa distinción. Son la apariencia y modos de ser y estar corporales que se ponen en juego en las interacciones sociales, las que sirven de evidencia para situar a las personas bajo el estigma de “la villera” o no.

El siguiente registro de campo corresponde a una salida en la que el grupo de baile tenía una presentación afuera de la villa y estábamos volviendo en tren desde la localidad de Avellaneda. Aquí se puede ver cómo la asociación de las mujeres en cuanto “villeras” cambia simbólicamente el modo de considerarlas:

“En el vagón del tren había un grupito de 6 hombres de entre 20 y 30 años que estaban según una de las mamás “agitándola”, así que me dijo que ni los mire. Decían cosas como ‘mirá que lindas chicas’ hablando en voz fuerte y riéndose entre ellos. Frena el tren en la estación que bajaban las/os chicas/os, saludo a las mamás con las que venía hablando y les digo que sigo derecho hasta Constitución. Cuando empiezan a bajar del tren, el grupito de hombres empieza a gritar ‘eh, se van las chicas’, ‘mira se bajan en la villa’ y se acercaban a las ventanas para gritarles y silbarles diciéndoles ‘villeras’. Una de las chicas me saluda desde afuera sonriendo, pero al escuchar lo que gritaban los hombres del tren se le cambia la cara y se aleja. Cuando arranca el tren uno de los hombres se me acerca y dice ‘ mirá, acá quedo una de la villa que se olvidó de bajar’, lo miro y el tipo se da media vuelta y se aleja. Siguieron hablando entre ellos pero no me dijeron nada más, no sé qué cara les debo haber puesto...”.

(Registro de campo en el tren Roca un domingo por la tarde en el FFCC Roca)

Se recordará que para Goffman (2006) el estigma no es una característica o atributo, sino que son las relaciones entre el atributo (vivir en una villa, ser pobre y migrante) y el estereotipo desacreditador que se le asocia. En este ejemplo citado, el hecho de compartir el viaje con un grupo de jóvenes que fueron identificadas en tanto “villeras” hacía automáticamente ese estigma extensivo a mí, como por “efecto de contagio” . Sin

embargo, había algo de mi *hexis* corporal (aún estando vestida de modo similar que las chicas de la villa, dado que todas se habían *arreglado* para el “evento”) que hizo que no caiga en la categoría de villera, generado un alejamiento del hostigador sin necesidad de diálogo por medio.

Para concluir esta primera parte, sostengo que los usos de la estética corporal refieren a modos de ser y estar, por medio de los cuales las mujeres sitúan sus cuerpos en relación a determinados sentidos sociales del gusto. Estos refieren a prácticas cosméticas, de vestimenta y adorno, de modificación corporal, hábitos alimenticios y de actividad física, posturas y gestualidades corporales que se establecen en diferentes interacciones, así como sus correlatos afectivos. Estos usos se encuentran generizados y socio-históricamente situados, por lo que las dimensiones de poder entre las mujeres y los varones en el marco de un sistema heterosexual hegemónico, como las diversas temporalidades históricas deben tenerse en cuenta.

A un nivel temporal de larga duración, ubico un movimiento histórico hegemónico occidental en el que el cuerpo se sitúa como *locus* del individuo, y se lo piensa en términos de maleabilidad y construcción por parte de la propia persona, como varios autores señalan (Aafkes, 2008; Baudrillard, 2009; Le Bretón, 2012; Lipovetsky, 1986; Vigarello, 2005). Por otro lado, esta tendencia se articula a otras fuerzas sociales para constituir el *habitus* de las mujeres de la villa, dentro del cual los usos y sentidos de la estética forman parte. Es aquí donde las características de pobreza, segregación socio-espacial, y características étnico-racializadas propias del proceso migratorio que caracteriza a las mujeres de villa 21-24, establecen determinadas articulaciones de sentidos que a continuación trataré de indagar.

PARTE II

CAPITULO 3: USOS Y SENTIDOS DEL *ARREGLARSE*

I. *Arreglarse* para estar “Linda”

En este capítulo se indagará en las experiencias de estética corporal a partir de un acercamiento a los sentidos y valoraciones que las propias mujeres de la villa le dan a sus prácticas. Para tal fin, se intentará una aproximación a los significantes que las mismas consideran relevantes.

Las normalizaciones en relación a las expectativas de las mujeres en cuanto a estereotipos de género, sumado a los cuerpos legítimos del “afuera”, se articulan con determinadas características estructurales para establecer una serie de sentidos acerca de los usos de la estética que forman parte de su *hábitus*. Estos criterios sin embargo, deben ser pensados en su articulación con la cotidianeidad de las mujeres, que se estructuran en torno a las dimensiones simbólicas y estructurales entre el “afuera” y el “adentro”, y las diferentes expectativas sociales del “arreglarse” según las etapas del ciclo de vida de las mujeres dentro de los estereotipos hegemónicos.

Estar “linda” y ser “coqueta” refieren a modos de enunciación de las mujeres de la villa en relación a las prácticas orientadas a una finalidad estética sobre su corporalidad que se caracteriza por el *arreglarse*. Este *arreglarse*, como se verá, no refiere a las prácticas, sino a una relación y determinados usos de la estética y cuerpos de mujeres insertos en ciertas tendencias de prácticas, en el marco del *habitus* de las mujeres de villa 21-24.

“Femenina”

Una referencia muy extendida entre las mujeres de la villa para referirse de manera positiva a la estética de alguna otra mujer es la de decir que es “femenina”, categoría que considero como uno de los principales criterios que estructuran sus usos de la estética. Al indagar explícitamente en su contenido, las mujeres me respondían naturalizando las asociaciones entre la mujer, la belleza y el cuidado: “la mujer tiene que arreglarse”. Aafkes sostiene que los estereotipos de belleza dominantes son parte de los criterios que definen el estatus femenino de género: “La mujer tiene que estar arreglada, cuidada o producida para que sea bella y para que sea considerada femenina, es decir, ‘mujer’ de acuerdo a la esencialización de la identidad de ésta” (2008: 74). En ese sentido, son bien ponderadas las actividades que destinan tiempo y trabajo sobre los cuerpos de las mujeres, así como los disciplinamientos de los movimientos y modales que tienden a controlar y mantener dentro de ciertas posturas a los mismos.

En las clases de baile en las que participe, pude observar interesantes referencias a la feminidad. La salsa y la bachata, así como diversos ritmos latinos que se bailan enlazados, son bailes de seducción, en el cual la mujer tiene una cierta estética de movimientos que se asocia a la figura de feminidad. Durante las clases, la profesora apelaba constantemente a la “feminidad” de los movimientos, que “las pisadas” sean “suaves” y los movimientos de los brazos “delicados”. En varias clases inclusive, la profesora corto la música para explicar que las mujeres tenían que ser femeninas, “caminar como en puntitas de pie”, “caminar sensuales cruzando las piernas”, “caminar sin hacer ruido” y tener manos delicadas como “las fifís sosteniendo una tacita de té”, son algunas de las frases por medio de las cuales se le daba contenido al moverse de manera “femenina”.

Estas referencias se relacionan con las asociaciones dualistas que enfrentan a hombres y mujeres, que han servido, a lo largo del transcurso histórico, para justificar ciertas diferencias y desigualdades entre ambos. Las dualidades entre activo vs pasivo y fuerte vs débil por ejemplo, están generizadas y forman parte de la ideología de la desigualdad sexual (Bordo, 2001). Estas se relacionan también con la asociación de la mujer con la maternidad, hecho que le imprime ciertas características a su carácter, como ser la suavidad, la delicadeza, la comprensión, y otras que se asocian generalmente a la imagen de la mujer como madre encargada de la crianza de los niños y al afecto de los cuidados, en contraposición al la rudeza y fortaleza del hombre que es quien trabaja.

Si bien lo “femenino” se asocia como vimos recién con lo pasivo, delicado, doméstico y privado, en contraposición a lo activo, fuerte y público que caracteriza al hombre, se asocia también al esfuerzo y construcción de un cuerpo que exige “sin excusas” un *arreglarse*.

“ N: si, es que mi marido me regalo la planchita. Nunca la use ... pero bueno.

Yo: ¿Por qué no la usaste?

N: si, no sé....Es que me cuesta. No soy muy femenina.

Yo: ¿Y qué sentís que es lo que te cuesta?

N: A mí , destinarme tiempo a mí. Ahora tengo todo el tiempo del mundo , y no lo hago. Porque antes estaba mi nena, mi nena la chiquitita, y trabajaba. Después los nenes de mi hija. Pero no. Porque uno puede poner excusas, pero igual para la mujer no hay excusas. No hay”.

(Natalia, 36 años, Argentina de la provincia de Entre Rios. Ama de casa, madre de 3 hijas/os, abuela de dos nietos)

Esta asociación entre la mujer, el cuidado y control del cuerpo, fue denunciado, como vimos en el capítulo 2, tempranamente por las feministas. Como señala Muñiz:

“La belleza considerada como atributo de la feminidad participa de los esquemas reguladores que hacen inteligibles los cuerpos de las mujeres” (2014: 423). Estas asociaciones tienen efectos políticos en términos de relaciones de género, pero también materiales y económicos. Como señala Entwistle acerca de las obligaciones que le implican dichas prácticas:

“el énfasis en la imagen femenina sirve para añadir lo que Wolf (1991) denomina un ‘tercer turno’ al trabajo y a las tareas del hogar que realizan las mujeres. De ahí que el cuerpo femenino sea una desventaja potencial en el mundo laboral.” (Entwistle, 2002,30)

En ese sentido, entiendo a los usos que establecen a corporalidades de las mujeres dentro de ciertos parámetros que hacen referencia a la feminidad, como mecanismos por medio de los cuales las mujeres reproducen en un plano simbólico las condiciones de desigualdad de género con relación a los varones. Esta construcción de género alberga, entre uno de sus corolarios, la asociación entre la mujer y su rol de madre circunscribiéndola de este modo al ámbito de lo doméstico y las tareas de cuidado y mantenimiento del hogar. Como veremos a continuación, esto se transforma en un elemento importante en el proyecto de vida de las mujeres de villa 21-24, y por ende condiciona su horizonte de posibilidades.

b. “prolija y “limpita”

Otro de los elementos que apareció ante la pregunta sobre los modos de *arreglarse*, se relaciona con la limpieza y el cuidado. A partir de mis preguntas sobre sus prácticas de estética, casi todas las mujeres mencionaron por ejemplo el bañarse o lavarse el cabello, al tiempo que prácticas como la depilación de las cejas y bozo o el

uso de perfumes aparece asociado a criterios higiénicos, estableciendo de este modo una relación entre éstos y las prácticas de estética corporal.

En las conversaciones y entrevistas diferentes expresiones como “no ser limpio”, “tener olor” y “no cuidarse”, aparecían constantemente como características que se contraponen al *arreglarse* y “ser femenina”. Sostengo sin embargo, que la referencia a cuidar la imagen y la prolijidad aparece no solo como criterio de feminidad, sino también para distanciarse del imaginario social de los “villeros” como “vagos, sucios y chorros”. Esto se relaciona con, como vimos en el segundo capítulo, las estigmatizaciones que caracterizan a las personas que viven en las villas. Carman, Vieira y Segura sostienen que “los vecinos de barrios de relegación reproducen buena parte de los estigmas que pesan sobre ellos al interior del propio barrio, lo cual colabora en la vivencia del mismo como una zona de relegación” (2013: 25). Muchos comentarios de las mujeres toman estos estereotipos dominantes y estigmatizaciones y los vuelcan al interior de la villa, estableciendo de este modo un dispositivo de diferenciación entre los “pobres dignos” sobre quienes se construyen representaciones de trabajo y humildad, y los “pobres indignos”, sobre quienes recaen los estereotipos negativos (Cravino, 2014). En ese sentido, identifiqué una serie de prácticas relacionadas con la higiene a las que se le adjudican ciertos criterios morales relacionados con las condiciones socioeconómicas y los estigmas de la pobreza. Vemos el comentario de una profesora de baile:

“G1: (...) Tengo un par de nenas que tuve que hablar seriamente por el tema justamente ese de los olores. Por que nosotras al ser mujeres, cuando estas indispueta, desgraciadamente es como que si largas mas olor. (...) Tengo una nena, que, ¡por dios! Y al principio te da como cosa y después decís, bueno no. Porque si, la vi a la mama, y después hablando con la mama vos la vez a la mama y decís, no,... tengo que hablar con la nena. Claro, porque esta esa también, vos

podes hablar con los padres, pero los padres te miran como, ¿de qué me estás hablando? O es peor que la criatura, te acercas y parece un zorrino. Entonces la educación se la tenés que dar vos, y enseñarle a la piba que tiene que ser mas prolija, mas limpita, que tiene que cuidar su aspecto.

Yo: ¿Que te genera a vos ver a una persona que te parece que esta desprolija?

Gl: Y ver primero de donde viene. O sea, ver los padres, y bueno, cambiar la mentalidad del chico que no puede ser igual que el padre o la madre. Que tiene que cambiar, que ellos no pueden seguir el mismo ritmo de vida que tiene sus padres. Que puede ser diferente. (...) que no está condenado a vivir así en la villa.... Si quiere eso sí, pero puede ser diferente”

(Gloria, 36 años, Paraguaya. Profesora de clases de baile en la villa 21-24, realiza presentaciones de baile en distintos lugares de la CABA. Madre de dos hijos)

Aquí la entrevistada establece una asociación entre el no tener cuidados de limpieza y la falta de “educación” que establece que hay que “ser más prolija, más limpita” y cuidar el aspecto. Esta falta de educación se corresponde en el discurso de Gloria a determinada “mentalidad” de los padres que tampoco tienen hábitos de limpieza y cuidado del cuerpo, y por lo tanto, el deber de ella es “enseñarles que pueden ser diferentes” a ellos, y que existe la posibilidad de salir eventualmente de la villa. Bajo esta perspectiva, la “prolijidad” y la “limpieza” son vistas como características que se relacionan con las corporalidades del “afuera” de la villa.

Otras situaciones en las que tomé noción de estas asociaciones entre la prolijidad y limpieza es en la atención y el reparo de no tener la ropa con machas de suciedad ni rotas, y tener, principalmente en las mujeres adultas, el cabello teñido. En este último sentido, señalo que encuentre pocas mujeres grandes que no se “pintan” el cabello. En relación a estas prácticas, las mujeres me contaban que “se tapan las canas” para “que no quede tan desprolijo” y para “no dejarse estar”. Muchas veces inclusive, son teñidas

y /o fomentadas a hacerlo por sus hijas o nietas, apelando a al “cuidado” y “prolijidad”.²⁶

Blanquita

Referencias a las tonalidades de piel, de cabellos y ojos son constantes en cuanto a valoraciones estéticas, en cuyas asociaciones entre percepciones, sentidos y gustos, se inscriben lógicas de estigmatización y discriminación. En ese sentido, Muñiz sostiene que las prácticas de belleza trazan “la interconexión entre racismo y cuerpo, mostrando como los modelos de belleza han sido centrales para los procesos de exclusión y discriminación” (2014: 421). Los estereotipos de belleza hegemónicos estarían situados en “la piel blanca, el cabello rubio y las facciones “caucásicas”; se valora la altura y la delgadez; aún se considera la heterosexualidad como norma; y la juventud se percibe como el estado ideal de los individuos” (2013:84).

El siguiente registro de campo corresponde a la conversación que tuve con una de las mujeres que toman la clase de baile y la encargada del comedor y polideportivo donde tienen lugar las clases:

“En un momento llega una nena y Mora le pregunta si es la hija. Si es mi hija le dice. ‘Ahh es hermosa, es re blanquita! ¿De dónde la sacaste tan blanquita hija de puta?’. Se ríen. Lo repite varias veces. Ella le contesta que el papa es más “clarito”, que la negra es ella, y se ríe. Mora le dice que los hijos de ella también salieron los dos blanquitos, me mira y me interpela como buscando mi aprobación. Yo le digo que sí, no supe muy bien que contestarle, me sorprendió la

²⁶ Producto del recorte propio de las estrategias de campo, no tuve interacciones con demasiadas mujeres adultas mayores. Señalo sin embargo, que como se pudo analizar en el capítulo 2 de la presente tesis, las villas de la CABA presentan una estructura poblacional muy joven. En línea con los datos señalados, la EISAR (2012) indica que en Villa 21-24 la población de adultos mayores de 60 años, es de 3,7%, mientras que en la comuna 4 el porcentaje es de 17,2% y 21,7% en la CABA.

pregunta. La chica agarra el teléfono celular y busca una foto del marido, que es “alto y blanco” y se lo muestra a Mora”.

(Registro de campo en el Polideportivo después de una clase de baile)

Aquí se puede ver como el “es re blanquita” viene a explicar y dar contenido al “es hermosa”. Otros rasgos y características corporales como la nariz ancha o respingada, la altura, y el color de cabellos y ojos entre otros, tienen también diferente valoración social. Estos se relacionan con ciertas corporalidades socialmente legítimas que nos hablan no solo de asociaciones entre imágenes, representaciones y sentidos sociales del gusto, sino de procesos históricos de constitución de relaciones de dominación y desigualdad a partir de características fenotípicas asociadas a las nacionalidades y al racismo.

“M: (...) la verdad que siempre por ejemplo adoro el pelo rubio. Siempre me gusta, pero no por nadie en especial, pero siempre me gusta mucho, como que, no sé. Mi papa a veces me decía que yo era muy racista, porque no me gustaba, yo por ejemplo siempre me acuerdo que soñaba con tener hijos que sean rubios, no quería tener hijos con pelo negro, no quería no me gustaba, yo quería ser rubia (risas) y mi papa se enojaba, me decía que no tenía que ser así. Y los dos mis varones son rubios, rubios, salieron a mi marido.”

(Miriam, Paraguaya, 38 años. Trabajadora de seguridad en villa 21-24. Madre de 3 hijos, abuela de una nieta)

Los elementos de ideologías racistas, se imbrican con los gustos socialmente establecidos acerca de lo lindo, bello y agradable para ver, así como con las prácticas de estética corporal. Sin embargo, como señala Arechaga en relación a su investigación en un barrio pobre de La Plata: “lo *blanquito* designa una multiplicidad de fenómenos, donde no siempre se hace referencia a lo mismo, sino que se abstrae de su “base empírica” (asociada con el color de tez blanca) para designar una modalidad global del

cuerpo” (2013: 12). El término “blanquita” es pensado por las mujeres de la villa no solo como características del color de piel, nacionalidad o condición de pobreza, sino en relación al estigma de la villa y las desigualdades materiales y simbolizaciones que la misma contiene.

De todos modos, la asociación entre la pobreza y características étnicas propias del mestizaje que constituye el proceso de “racialización de las relaciones de clase”, al tiempo que estigmatiza a los migrantes en condiciones de pobreza y desigualdad social, se toma a su vez como criterio que reproduce el estigma adentro del “barrio”. Cravino señala que en las villas “los estereotipos por nacionalidades constituyen dispositivos de fragmentación en grupos en los barrios y una jerarquía social” (2014: 248). En este contexto, los usos y sentidos de la estética corporal evidencian estas asociaciones.

L: Sí, cuando era más pendeja era una puerta. Me pintaba, que se yo,... ,o labios bien rojos, los cachetes se me ponían salmón, y los ojos, que se yo, arriba, en vez de ponerme una sombra suave, un azul...no, era una puerta. Después con el tiempo vas aprendiendo. Cuando vine acá.

Yo: ¿Y el curso lo hiciste allá?, ¿Te influyó el haber hecho el curso? (En referencia al curso de peluquería que realizó en la provincia de Misiones a los 17 años, donde vivió hasta los 18, antes de venir a vivir a la villa)

L: Aja. Ahí aprendes de todo. Maquillaje, como pintarte,... para peinar, las trencitas, me gustan mucho las trencitas.(...)Después, bueno. En lo cotidiano, mayormente, antes tenía guau, una valija con maquillajes. Y hoy por hoy, es solamente ojos, o sea, delineador, pestaña y labios. O sea, a lo sumo una crema en la cara.

Yo: Hay muchas chicas que igual se maquillan con colores bien fuertes

L: Siii!... las paraguayas, ¿vos las viste? Parecen payasos.

(Lorena, Paraguaya, 38 años. Trabaja informalmente como revendedora por catálogo en la villa 21-24 y como empleada doméstica por hora en tres domicilios de la CABA. Madre de dos hijos)

Aquí Lorena me relataba su experiencia con el maquillaje y como cambió a lo largo del tiempo. Ese cambio se lo adjudica por una parte al paso del tiempo y la experiencia de haber venido de la provincia de Misiones donde vivía en el campo a la villa, y por haber tomado un curso de Formación Profesional de Peluquería. Las asociaciones que establece entre los modos de maquillarse “antes de aprender” a hacerlo, caracterizada por resaltar los ojos, boca y mejillas con colores fuertes, las relaciona con el modo en que se maquillan “las paraguayas”. Estos modos refieren pues, a algo exagerado y ridículo, y se asocia despectivamente al desconocimiento. El aprender a maquillarse suave, no es solo una práctica estética, sino un modo de diferenciarse de la estigmatización que ser pobre y paraguaya le representa. En ese sentido, me refiero al “etnomquillaje”, parafraseando a Muñiz (2013), para dar cuenta del sentido que se le da a la práctica de modo tal que sirva para ocultar y contrarrestar los diacríticos étnicos estigmatizadores propios de las mujeres migrantes²⁷.

Entendiendo que las discriminaciones étnicas y socio-económicas se enmarcan en la tensión entre la villa y el resto de la ciudad, estas prácticas de “etnomquillaje” como veremos, se relacionan con las expectativas e interacciones que cada mujer tiene en relación al “afuera”. Cuando le pregunté a Lorena acerca del maquillaje en relación a que ella también era de Paraguay, me respondió que se refería a las recientemente venidas del Paraguay de las regiones “del monte” (zonas rurales del Chaco Paraguayo), y a continuación relato una serie de anécdotas de migrantes paraguayas recién llegadas

²⁷ En sus investigaciones sobre las cirugías estéticas como constructoras de la corporalidad de las mujeres, Muñiz desarrolla su concepto de “etnocirugía” para hablar de las intervenciones quirúrgicas que operan como mecanismos de homogeneización fenotípica de rasgos faciales negros, judíos, orientales e indígenas, para corregir sus rasgos; entendiendo como norma a los rasgos blancos y caucásicos. El pensar las prácticas cosméticas de las mujeres de la villa bajo una perspectiva similar, surgió de la propuesta de mi directora Patricia Aschieri en uno de los intercambios que tuvimos durante el proceso de elaboración de la tesis.

que ponía en evidencia la diferencia cultural entre la vida cotidiana en un contexto de pobreza y ruralidad frente al ámbito urbano. Esta caracterización de “paraguaya”, remite entonces no solo al país de procedencia, sino a ciertas pautas de sociabilidad, modos de hablar, de moverse y de vestirse que se relacionan con prácticas culturales que se encuentran desacreditadas.

Sostengo que hay una serie de criterios que establecen ciertos sentidos sociales del gusto que hacen referencia a las características étnicas como criterio de validez y legitimidad. Estos rasgos étnicos y raciales, no remiten solo a los rasgos físicos, sino que dado el proceso de racialización de las relaciones de clase, y la relación entre el adentro y el afuera de la villa, se relacionan con ciertos *habitus* de las mujeres de la villa, entre los que se encuentran los límites impuestos por la pobreza, desigualdad social y sus trayectorias migrantes. A partir de estos sentidos, se estructuran una serie de prácticas como la del “etnomaquillaje”, por medio de las cuales las mujeres de la villa establecen diferenciaciones para quienes consideran que, dentro del contexto de la villa, representan los cuerpos estigmatizados.

II. Arreglarse...¿Gasto o inversión?

Existen en relación a esta prácticas del “arreglarse” y de los sentidos arriba señalados, una serie de ejes que las estructuran. Las relaciones e interacciones que tienen las mujeres de la villa con el resto de la ciudad, como las diferentes etapas del ciclo de la vida en el que se encuentran, establecen diferentes expectativas en relación sus corporalidades, que tienden a configurar diferentes tendencias en relación a los usos de la estética corporal. Estos dos ejes tienen como fundamento la desigualdad entre los hombres y mujeres, que como señalamos asocia los proyectos de vida de las mujeres

con la reproducción biológica, y la desigualdad socioestructural en la que se encuentran las mismas en cuanto a su adscripción de residentes de la villa, dado que como sostiene Bourdieu,

“Dado que los esquemas de clasificación social, por cuya mediación el cuerpo es prácticamente percibido y apreciado, tienen siempre como doble fundamento la división social y la división sexual del trabajo, la relación al cuerpo se especifica en función de los sexos y en función de la forma que adopta la división del trabajo entre los sexos en relación a la posición ocupada en la división social del trabajo” (Bourdieu, 1986: 193)

Uno de los presupuestos entonces que se encuentran dentro de la categoría “mujer” es, como se señaló, la asociación con la maternidad. Este mandato se profundiza en términos empíricos en el contexto de las villas de la CABA, donde se puede observar que las estadísticas del promedio de hijos duplican las del resto de la ciudad (si bien presentan similitudes con los números de otras provincias del país). Acorde a los datos de la EISAR villa 21-24 (2012) , la proporción de niños menores de 6 años es de 19,8%, un porcentaje muy elevado si lo comparamos con los 8,5% de la comuna 4 y los 6,9% de la CABA.

Esta relevancia que se le da a la maternidad, conlleva que los diferentes cambios de estatus en torno a ella sean relevantes para las mujeres. Un hecho que caracterizó durante el trabajo de campo las interacciones con las niñas y niños (principalmente las niñas), fue el asombro que demostraban cuando me preguntaban por mis hijos y les respondía que no tenía. Frente a esta respuesta, si no había ningún adulto cerca que cambie el tema de conversación, seguían las preguntas de por qué no tenía hijos o si no me gustaban, lo cual además de incomodarme me hacía reflexionar en torno a la relevancia de la maternidad, y su relación con el poco interés en preguntarme si estaba casada o en pareja, criterio que para mi justificaba la respuesta. Otra anécdota de campo

que se inscribe en esta línea, es una oportunidad en la que un grupo de chicos de entre 14 y 17 años se enteraron de que no tenía hijos, y comenzaron a hacer chistes como invitándome a salir. Una mujer con quien estaba conversando les dijo que no iba a salir con ninguno de ellos porque tenía el doble de edad, a lo que contestaron que no importaba porque no tenía hijos. En ese sentido, considero que la maternidad, más que los criterios etarios, reviste de significación dado que establece un cambio en el estatus de la mujer. En esta línea, el ser abuela es importante en cuanto a que establece un cambio en el estatus de adscripción como consecuencia de que su hija/o ahora ha pasado a la categoría de madre/padre²⁸.

Atendiendo a esta situación, considero que los diferentes momentos en los que las mujeres se posicionan en cuanto a su ciclo de vida, junto con los vínculos que entablan con el resto de la ciudad, establecen diferentes relaciones con los modos de ser y estar corporales y los usos y prácticas de estética que los acompañan acorde a las diferentes expectativas que tengan respecto de su corporalidad, de modo tal que dichas prácticas puedan ser consideradas o como gasto o como inversión. La diferencia entre estas dos últimas opciones, nos habla justamente de los imaginarios implicados, y de las posibilidades que se proyectan a partir de las acciones que estas mujeres realizan.

Es interesante la postura de Barbieri (1993) para quien las etapas del ciclo de la vida de la mujer es una de las situaciones que hay que explicitar a la hora de pensar las desigualdades sexo/genéricas y los regímenes de poder que las rigen. La autora sostiene que “ la dominación de los varones sobre las mujeres no siempre es igual a lo largo de

²⁸ Si bien no profundice en la distinción, es diferente el sentido que se le dan a los hijos de las hijas mujeres que de los hijos varones. Por el momento señalo que las mujeres abuelas que entreviste, hacen referencia a que no se mantiene el mismo contacto con los hijos varones y mujeres, y que participan en mayor proporción de la crianza de las/os hijas/os de sus hijas a partir de ayudas monetarias y trabajos de cuidado que de sus hijos varones.

las etapas de la vida socialmente definidas” (1993:9), dado que en la etapa en la que gozan de la capacidad para reproducirse se hacen más intensos los elementos claves del sistema de dominación, mientras que en las etapas previas se puede ver la construcción de los mismos, y en las posteriores hay un desdibujamiento o disminución de la intensidad y fuerza de las normatividades.

Muchas de las mujeres que me contaban que “no se *arreglaban*” o que no le daban importancia a la estética, sostenían que lo hacían por cuestiones económicas o de tiempo, situando de este modo a estas prácticas como gastos. Estos empleos de tiempo y dinero que pueden considerarse tanto inversiones como gastos, se insertan en un espacio social a donde las jornadas y obligaciones de tareas del hogar y de cuidado implican una responsabilidad de tiempo completo. Recordamos que uno llega a acostumbrarse a caminar con zapatos altos, usar un vestido, o moverse de tal o cual modo a partir del tiempo y práctica. En ese sentido, es gráfica la experiencia que nos relataba otra mujer que entrevistamos, que usa sandalias y zapatos altos y no le incomoda, pero porque se acostumbro a partir de ponerse los zapatos y caminar con ellos para practicar. Si volvemos a contextualizarnos en el ámbito de la villa, con su topografía de calles sin asfaltar, pasillos angostos e irregulares y cloacas desbordadas; así como el espacio social de inseguridad que le representa a las mujeres, el esfuerzo que implican ciertas prácticas del *arreglarse* es elevado, y se configura a partir de los sentidos líneas más arriba analizados, en relación a las expectativas que las propias mujeres tienen.

“Jóvenes” y “Lindas”

Analizando las prácticas de estética, señalo en primer lugar el caso de las niñas, quienes cuentan en general con más libertades en el sentido en que las prácticas de

estética y belleza son usadas lúdicamente. En general las madres destinan recursos económicos en bienes como ropa y maquillaje para las niñas, sin que estas prácticas presenten ninguna connotación de tipo sexual. Las niñas que están “arregladas”, “coquetas” y “lindas” son bien ponderadas por vecinos y parientes, y estas referencias operan a modo de agasajo para la madre²⁹ :

“C: ¿que mis hijas salgan arregladas?, no, lo que ellas sientan. Nunca jamás les dije nada. La más chica cuando empezó primer grado se fue de botas, con los ojos pintados de celestes.... A mi me encanta que se libre, que se pinte. Imaginate, hasta el día de hoy ella se maquilla. En cambio yo nada que ver.... ‘tus hijas no salieron en nada a vos me dicen...’

(Claudia, 35 años, Argentina de Misiones. Trabaja como empleada de limpieza en un organismo público en la villa. Madre de 4 hijas/os, abuela de 1 nieto)

A su vez, los usos y prácticas de la estética en las mujeres, como analizaremos en el próximo capítulo, se inscriben estableciendo y fortaleciendo vínculos y lazos sociales y afectivos con otras mujeres. El vínculo filial entre una madre y la hija, o entre una mujer y otra mujer (por medio de obsequios a su/s hijas/os), es un mecanismo bastante extendido por medio del cual las mujeres entablan redes sociales.

En cuanto a las jóvenes que aún no son madres, la búsqueda de pareja establece un uso activo de las prácticas del *arreglarse*. Las practicas cosméticas, de peluquería, los gastos en ropa e indumentaria, y el desarrollo de gestualidades y tecnologías de movimiento acordes a un criterio de seducción son esperados.

Otro elemento importante es que en general estas niñas y jóvenes mantienen un vínculo más estrecho con el resto de la ciudad. Por un lado, muchas de ellas estudian en

²⁹ Como se analizará en el próximo capítulo, la transmisión de saberes de estética es un elemento importante de las relaciones que se establecen en el vínculo filial entre una madre y su/s hija/s.

la escuela, tienen actividades³⁰, o trabajan por fuera del perímetro de la villa. A su vez, en esta etapa, el “afuera” de la villa ofrece varias ofertas recreativas como salidas a boliches a bailar³¹ o salidas en general, así como la posibilidad de ampliar la oferta de bienes y servicios de estética que permite la villa.

Este contacto más asiduo que enfrenta a las niñas y jóvenes del barrio con el “afuera”, implica un contacto con el “cuerpo legítimo” de las mujeres del resto de la ciudad, frente al cual sus cuerpos se distancian a partir de las características desacreditadoras de la pobreza de la villa. Si bien en el próximo capítulo ahondaremos en las características de estas situaciones, por el momento quiero destacar la posibilidad de *performance* que tienen las mujeres de por medio de los usos de la estética ocultar las características desacreditadoras (Goffman, 2006) de ser villera. En varias de las oportunidades en las que acompañe a los niños y jóvenes del grupo de baile a presentaciones en boliches y lugares de práctica de baile de ritmos latinos, note un cambio en los modos de *arreglarse*, particularmente en la vestimenta de las/os jóvenes, que vestían con la misma moda y estilo que las jóvenes de un barrio clase media porteño. Esta es la situación por ejemplo, del caso señalado en el capítulo 2 de las jóvenes que fueron a hacer una presentación de baile a un conocido boliche de Salsa en el barrio de Almagro, en el cual las chicas se presentaban como parte o acompañantes

³⁰ Muchas niñas y madres que entrevisté, asisten y mandan a sus hijas/os a escuelas de afuera de la villa, a partir del presupuesto de que el nivel académico es mejor que en el barrio. Sin embargo, sostienen que la principal motivación es alejarlas/os de “las juntas” de la villa, y que tengan amistades cuya realidad social sea diferente a la de la villa. La participación en actividades culturales o clases de arte, baile, etc que realizan las/oa niñas/os y jóvenes fuera del barrio también se inscriben en estas estrategias.

³¹ A partir de los 12-13 años las niñas salen a bailar a “matinés” que se encuentran en la ciudad. En una “previa” (antes de salir, se juntan en una casa ya vestidas y arregladas para ir al evento todas juntas) a un matiné en la que asistí, los temas de conversación eran principalmente la vestimenta y adornos que tenían y donde los habían conseguido. En esa dinámica, los objetos de marcas conocidas, o comprados en el shopping o en lugares de “afuera de la villa” eran adulados y festejados por todas. El segundo tema de conversación eran los chicos que habían conocido o que iban a asistir.

de un grupo de baile del barrio de Barracas, haciendo un uso de los modos de estar corporales que ocultan la adscripción socio-espacial a la villa.

Es a partir de estas características, que el *arreglarse* en las mujeres jóvenes se inserta dentro de ciertas expectativas que se articulan a partir de una búsqueda de gustar y “estar linda” para la mirada masculina, así como para la búsqueda de legitimidad frente a la confrontación de sus cuerpos reales con los estereotipos de belleza hegemónicos del resto de la ciudad. En ese sentido, las prácticas de estética se transforman en inversión, en el sentido en que hay expectativas puestas en los efectos de las mismas.

La maternidad

La condición de maternidad tiene una implicancia simbólica muy grande en la mayoría de los casos que indague, dado que la misma forma parte del proyecto personal de la mujer. Si bien hay muchos casos en los que me contaron haber quedado embarazadas sin buscarlo, a la distancia señalan que la maternidad y/o sus hijos son lo más importante de su vida.

Un elemento que establece un cambio es el factor económico, dado que al haber hijos aumentan también los gastos. El contexto de pobreza en la villa presenta un agravante a esta situación dado que como evidencian las estadísticas analizadas, las características de las trayectorias laborales les representan escasas y precarizadas posibilidades de trabajo extra-doméstico remunerado. Sin embargo, la maternidad sin una pareja que acompañe o las separaciones a muy temprana edad del bebé son frecuentes, lo que da lugar a una situación en la que las jóvenes madres, si bien tienen

una reorientación de las responsabilidades y recursos económicos y de tiempo que se priorizan hacia sus hijos, siguen presentando una fuerte vocación de “arreglarse”, “cuidarse” y “estar linda”. A su vez, siguen manteniendo relación con el afuera, ya que o estudian o trabajan o salen, pues siguen siendo “jóvenes”. En ese sentido, el *arreglarse* sigue en gran parte de los casos considerándose como una inversión, aunque los recursos que las mujeres tienen que destinarle a estas prácticas es cada vez mayor dada las nuevas obligaciones que la maternidad le comporta.

“F: Para mí, o bueno, yo siempre digo que tengo a mis hijos adolescentes, a mi hija no que ella ya es mama, pero a pesar de todo es le digo que no sea como fui yo, yo ya tuve hijos y yo ya me abandone, yo le digo ponete linda, cortate el pelo, píntate, ponete aros, vestidito, ponete todo. Quiero que este bien. Y a cualquiera, a cualquier chica le digo que, que no agarre..., tampoco el hecho de que tenés hijos y te abandonas. Hay que tratar igual de estar bien”

(Reyna, 40 años, Paraguaya. Ama de casa, trabaja esporádicamente como empleada doméstica por hora “afuera” de la villa. Madre de 3 hijas y abuela de 2 nietas)

Hay que recordar sin embargo, que las estructuras que establecen desigualdades socio-económicas y las distancias e interacciones entre el “adentro” y el “afuera” son transversales a los criterios de las etapas del ciclo vital. En ese sentido, las siguientes experiencias y relatos pueden ayudar a esclarecer estas relaciones:

“E: Yo no sé si soy como muy...no le doy bolilla, en esta época no. Me dedico muchísimo a lo que son mis hijos. El de 16 años que esta en la secundaria me da un montón de trabajo. Entonces es como que yo digo, bueno, tengo que comprar esto, o este libro, o esto para la escuela. (...)

Yo: y antes cuando eras más chica, o antes de casarte y tener a tus hijos, ¿le dabas más bolilla?

E: No. No. Yo trabaje desde los 9 años

Yo: ¿de qué trabajabas?

E: trabajaba en casa de familia. Lavaba, planchaba, cuidaba bebés.”

(Elena, 33 años, Argentina. Trabaja como empleada en un Programa Socio-educativo Nacional dentro de la villa. Madre de 2 hijos)

“Yo: ¿y después maquillaje y esas cosas usas?”

F: Lo único que uso es delineador. Porque no me creo yo para verme pintada. No me veo pintada yo, se me hace que estoy grande.

Yo: ¿Cuántos años tenés?

F: 42.

Yo: ¿Y cuando eras chica?

E: No, no, no.

Yo: ¿Antes de conocer a tu pareja tampoco?

E: No, no. Porque, por ejemplo las uñas no porque me gusta la lavandina, porque me gusta baldear, porque me gusta cocinar y se me rompe todo”.

(Fabiana, 42 años, Paraguaya. Ama de casa, ayuda en una ONG de la villa. Madre de 5 hijas/os, abuela de 4 nietas/os)

“S: (...) Después que salí de vacaciones este y me engorde 4 kilos de más. A mí me molestan, me da vergüenza tener rollos, pero yo lo reconozco que ya tengo que tener los rollos, ¿entendés?, por mi edad. Pero no hago ninguna dieta nada, ¿por qué? Y por ahí en el día sí, te como sano, pero la cosa es a la noche. Comemos como una vaca, nos sentamos a ver novelas y adormir. ¡Qué mierda! Con eso al otro día amaneces así (gesto con las manos de la panza salida para afuera.) y así sucesivamente. No tengo cuidados. Pero no estoy en edad de andar en esas. Cuando trabajaba en casa de familia sí, me arreglaba, pero ahora ya no.

(Sabina, 39 años, Argentina de la Provincia de Chaco. Ama de casa. Madre de 6 hijas/os, Abuela de 3 nietas/os)

A partir de estos relatos de Fabiana, Elena y Sabina, se puede ver como los condicionamientos socioeconómicos implicados en sus trayectorias de vida conformaron una serie de hábitos en relación a sus usos corporales sobre la estética y el *arreglarse*. Si bien las tres hacen referencia en un primer momento a su edad como criterio que enmarca y explica sus prácticas, posteriormente cuando se remontan a su época de juventud señalan sus experiencias de trabajo, tanto de trabajo infantil como trabajo doméstico, como explicación y justificación de su imposibilidad para desarrollar las prácticas del *arreglarse*. Por su parte, Sabina señala que cuando trabajaba en “casa de familia” sí se *arreglaba*, a diferencia de ahora, en donde “no tiene cuidados”, estableciendo de este modo la importancia del registro del “afuera” en la organización de los usos de la estética.

A las que “ya se les paso el tren”

Por último, señalo un tercer momento que corresponde a las mujeres que son abuelas. La maternidad adolescente, el desempleo o la precarización laboral de los empleos de los jóvenes, la ausencia en muchos casos de ayuda económica del padre, hacen que las tareas de cuidado y ayudas monetarias de las abuelas sean elevadas. En ese sentido, si bien las mismas en la mayoría de los casos se encuentran aún en edad reproductiva, deciden destinar su tiempo y dinero a sus hijas y nietas/os más que en ellas mismas, dejando de lado de este modo la posibilidad de “arreglarse” y de considerarse “lindas”.

“Li: Si, antes sí, es muy distinto. Antes yo cada vez que cobraba me compraba ropa, me compraba zapatos, carteras. Como que todo para combinar, un zapato para una cartera, un cinto. Siempre era distinto, ahora como que ya no. Es una cartera que la combinas con como tres zapatos.(Se ríe)

Yo: (Risas) ¡con todo!

L: sí, con todo. Un negro y un blanco ya clásico. Ya es distinto, ya cambian las cosas. Ya uno ya, yo a veces salgo algún día a comprarme algo y tengo y agarro un poco de plata y digo bueno, voy a comprarme algo, y termino comprando todo para los chicos, porque veo para la nena esto, para el nene aquel, porque me acuerdo que le hacía falta esto. Y después cuando me quiero comprar algo ya no me queda nada, ya me gaste toda la plata.

No se, la verdad es que es como complicado. Ya cuando son muchos es como complicado. Y ahora encima ya tengo un nieto también, y primer nieto, que ya..., claro de febrero, que ya mi primer sueldo fue para comprarle el carrito, dije no, le tengo que comprar el carrito si o si.”

(Liliana, 37 años, Paraguaya. Trabaja como empleada de seguridad en un organismo estatal en la villa. Madre de 4 hijas/os, abuela de 1 nieto)

Hay, en ese sentido una tendencia a que a partir de adquirir el estatus de abuela, las obligaciones son otras dado que a las obligaciones de madre de le suman las de ayudar a su hija a ser madre, por lo que el “arreglarse” pasa a significar un gasto de tiempo y dinero.

Tratando de indagar un poco más en relación a los usos de la estética de estas mujeres que “no se *arreglan*”, registré un cambio en la orientación de los objetivos del cuidado corporal, por medio del cual, las prácticas no estarían orientadas tanto a “estar linda” y “seducir”, sino en “estar prolija” en los términos en los que se vieron en el apartado anterior, y de salud más que de belleza.

“R: pero me parece bárbaro, me gusta eso, que se maquillen, que estén lindas. Pero yo no, yo me levanto, me baño, me hago el nudo ahí y ya está (alusión al rodete de la cabeza) y me quedo todo el día, por que vos no sabes lo que es mi cabeza sin esto, tengo una cantidad de rulos que no los soporto, soy como el rey león ¿viste? Espero que nadie salga el día que salga despeinada al pasillo, por que salgo como... (se ríe) que es la llamada (en alusión a la película con ese nombre). Pero después no tengo otra coquetería. Me gusta usar protectores, todos los días, ahora

me hice para el cáncer de útero (análisis ginecológico para la detección de cáncer de útero), para ver porque me indispongo cada 5 6 meses, y bueno.

Yo:¿Y esos cuidados si los tenés?

R: mira, te digo la verdad, yo soy muy descuidada. Lo hice porque estaba ahí el camión y todos se hicieron y bueno, yo fui y me hice. Pero te digo una cosa, llevo a tener o no llevo a tener... eh, que querés que te diga, yo , a mí ya se me paso el tren...”.

(Reyna, 40 años, Paraguaya. Ama de casa, trabaja esporádicamente como empleada doméstica por hora “afuera” de la villa. Tiene 3 hijas y 2 nietas)

En primer lugar, es interesante rescatar el sentimiento de Reyna enunciado a partir de un “a mí ya me paso el tren”, “yo ya no estoy para eso”, “ya estoy vieja”, por el cual se sitúa por fuera de determinadas prácticas de estética. Este alejamiento no modifica las valoraciones de las prácticas del “arreglarse”, que continúa considerándolas positivas, por lo que simplemente ella se ubica en una posición de resignación y aceptación de lo que considera le corresponde por su “edad”, que como señalamos con anterioridad, remite a los diferentes elementos que conforman *habitus* de las mujeres de la villa. Dentro de este posicionamiento, el *arreglarse* no es más percibido en términos de una inversión, sino que signada por el lugar que se le reserva en tanto “vieja” se convierte en un gasto.

Sin embargo, estas mujeres realizan una serie de prácticas y usos de la estética, que por un lado a diferencia del *arreglarse* son menos visibles, mientras que por otra parte se reservan las prácticas para las ocasiones especiales como “salidas” y “eventos”.

Como me contaba Claudia,

“C: No, no sé de donde... porque yo la verdad que cero, viste que no soy femenina...

Yo: ¿Vos sentís que no te arreglas en nada?

C: No, no. Siempre si el pelo. El pelo para mí siempre me lo quise cuidar Yo siempre el pelo y las cremas. Me gusta la piel suave.

Yo: ¿Y te hiciste diferentes cosas en el pelo?

C: no, siempre igual. Cada vez que tengo un evento o algo, me lo mando a planchar, o me compro ese “evans....Vans...” el brasilero, ese que te deja el pelo hermoso. No, y siempre mi cosa fue el pelo, así para salir...

Yo: ¿y qué cosas te haces en el pelo?

C: Me corto. Hubo un tiempo en que me lo corte todo, que lo tuve cortito. Pero después ya no me lo corte mas...Hubo un tiempo en que lo tuve por acá (me muestra por debajo de la cintura). Y de apoco me lo fui cortando, cortando, cortando hasta que me quedo. Y después me lo deje y ya me creció. Y hace poco me volví a cortar, porque lo tenía muy largo. Y voy a la peluquería y ya saben. Siempre me lavo el pelo, me plancha.

Yo: ¿siempre vas a la misma?

C: si, ya sabe todo. Y siempre me dice ‘pero porque no te arreglas, mira a tus hijas’ y cada vez.

Y Ahora cuando voy me depilo la cara también, de vez en cuando.

(Claudia, 35 años, Argentina de Misiones. Trabaja como empleada de limpieza en un organismo público en la villa. Madre de 4 hijas/os, abuela de 2 nietos)

Muchas de las mujeres que dicen no *arreglarse*, o “no tener cuidados” por estar “grandes” o “viejas”, me confesaban cuidarse mucho el cabello, usar perfumes, ducharse con jabones con ricos aromas y usar cremas para “tener la piel suave”. Estas prácticas, si bien implican tiempo y dinero, son en cierto sentido invisibilizadas a primera vista. Claudia por ejemplo al momento de la entrevista se encontraba con cabello recogido con un rodete, y tenía un pantalón deportivo y una remera ancha con mangas hasta los codos. Si bien venía de su horario laboral, en otro momento de la entrevista mencionó que le gusta vestirse con ropa suelta y deportiva porque no se “siente cómoda” con ropa que le “apriete” el cuerpo. En ese contexto, es difícil poder apreciar las prácticas que ella decía tener.

Fany nos ofrece otra perspectiva de las mujeres que “no se *arreglan*”:

F: Mirá, y te cuento una cosa. La única vez que me puse vestido, fue para el casamiento de mi sobrino. Que me puse un vestido que te juro que me sentía una reina. Yo no quería tener el vestido por acá, me lo quería levantar hasta acá (me muestra con las manos que se lo sube de la rodilla a la mitad de la pierna). Y me lo levante hasta así. Por usar por primera vez vestido, primera vez en...

Yo: ¿y hace cuanto fué?

F: ...y no... ¿hace cuanto que fue Ro? (Roció responde) cuatro años. Después nunca más, que vine. Me saque los zapatos, era para bailar el vals, sacarme los zapatos y después típico, ya llevamos jean, llevamos zapatillas. Chau. Después nunca más me volví a poner un vestido. a si, resulta que en un cumpleaños de 15 de mi sobrina, pedí un vestido, encima rojo, de adolescente, imagínate, no sabían si yo era la quinceañera, la vieja o la nena (risas). Pero es lo que ... fue ahí. Después no me siento cómoda, no me siento.

(Fany, 40 años, Paraguaya. Ama de casa. Trabaja como empleada doméstica en el barrio de Boedo. Madre de 3 hijas, Abuela de 3 nietas/os)

En este ejemplo se puede ver como Fany al ponerse un vestido corto color rojo con zapatos altos en ocasión a un cumpleaños, transgrede la tendencia de las posibilidades que le corresponden por su condición de mujer que es ya abuela de 3 nietas/os. La experiencia, relatada como un acontecimiento extraordinario del curso de la vida cotidiana, le reporta la satisfacción de sentirse “una reina”. Esta sensación sin embargo dura poco, dado que después de bailar el vals, se sacó los zapatos para ponerse un jean y zapatillas, y “después nunca más”. Es interesante el comentario que hace en relación al vestido rojo “de adolescente” por el cual no sabrían si ella era la quinceañera, “la vieja o la nena”, para pensar el motivo de la incomodidad que experimenta al estar *arreglada*.

A modo de conclusión, se puede sostener entonces que el *habitus* de las mujeres de la villa en relación a su modo de ser y estar estéticamente, se estructura a partir de diferentes tendencias que articulan los sentidos en torno a los estereotipos de género, los estigmas de la pobreza y segregación social de la villa, y los criterios racistas que las referencias de “femenina”, *blanquita* y “limpita” condensan. Estos sentidos configuran una concepción del *arreglarse*, que en relación a las expectativas que las mujeres tengan sobre su estética, se consideran en menor o mayor medida como una inversión, o como un gasto. La diferencia entre estas dos posibilidades se construye en cada caso, a partir del posicionamiento de las mujeres en relación a su etapa en el ciclo vital y las relaciones que las mismas establezcan con el resto de la ciudad. Dentro de estas estructuras sin embargo, los sentidos se negocian socialmente, a partir de las diferentes interacciones sociales que las mujeres tienen, tema del próximo capítulo.

Sostengo que hay pues diferentes tendencias en las prácticas que conforman el *habitus* de las mujeres, por medio de los cuales se constituyen una serie de “cuerpo legítimos” acorde a las diferentes etapas de los ciclos de la vida de la mujer. Se espera que las mujeres que no son madres, o las que son madres de niños pequeños, tengan ciertos usos de la estética corporal que se condensan en el “arreglarse”. Este “arreglarse” se caracteriza por un estereotipo de corporalidad que es joven, con características raciales y fenotípicas occidentalizadas y en el que no aparecen las características estigmatizadoras de la villa como la pobreza. Como se verá en el próximo capítulo, este estereotipo se relaciona con el cuerpo hegemónico que aparece en la televisión y se difunde en tanto imagen por las redes sociales.

Por su parte, las mujeres de la villa 21-24 que son abuelas con quienes interactué, más allá de que se encuentren aún en edad reproductiva, sufren un cambio de estatus al cual se le asocia otro “cuerpo legítimo”, que se caracteriza por “no

arreglarse” en términos cosméticos y de vestimenta. Aquí sin embargo continúan vigentes ciertos criterios que se relacionan con la pobreza y el racismo, por lo que vemos que si bien no hay tanta exigencia en los cuidados en relación al peso y al tamaño y formas corporales, si se deben cuidar de estar “prolijas” y “limpitas”. Además se mantienen ciertas prácticas estéticas que se centran principalmente en el cuidado del cabello, la piel y las uñas; regiones corporales que no presentan una asociación tan fuerte con la sexualidad y la seducción de otro masculino que mira, o bien quedan restringidas a ciertas ocasiones especiales, que son experimentadas por fuera del orden cotidiano.

Estas diferentes tendencias sin embargo, se combinan con las relaciones e interacciones que las mujeres tengan con el resto de la ciudad; de este modo, quienes interactúen con mayor asiduosidad, tendrán más tendencia a *arreglarse*, por ser que se encuentran más expuestas a que sus características “desacreditables” en tanto estigmas de villera, se evidencien.

CAPITULO 4: LA ESTÉTICA EN ACCIÓN

Los modos en que las mujeres de la villa hacen uso de su apariencia y modos de ser y estar corporales se inscriben dentro de su *habitus*, sin embargo estas estructuras son puestas en juego por las acciones cotidianas de las mujeres a lo largo de sus diferentes relaciones sociales e interacciones. Es en su dimensión práctica y experiencial de la corporalidad que se pone en juego la tensión entre la reproducción del *habitus* y las posibilidades de reconfiguración del mismo.

Las diferentes interacciones de las mujeres de la villa nos permiten examinar las valoraciones y sentidos de las corporalidades de las mujeres de la villa, dado que en dichas instancias sociales, los esquemas de percepción y valoración sociales se imponen desde el principio guiando las reacciones y representaciones, y constituyendo una experiencia práctica del propio cuerpo acorde a dichos esquemas. Para Bourdieu, la “mirada social” en tanto poder social que objetiva, “encuentra en aquel al que se dirige el reconocimiento de las categorías de percepción y apreciación que él le confiere” (1986: 186). La percepción y representación subjetiva del propio cuerpo se da a partir de la incorporación del sistema de clasificación social en la propia mirada. En ese sentido, la legitimidad de ciertas personas y grupos en el sistema social de posiciones establece la legitimidad de ciertas corporalidades, y la distancia de este modelo de otras (Bourdieu, 1986).

La experiencia de recepción de la mirada del(os) otro(s), aparece como una instancia por medio de la cual se puede indagar en las experiencias corporales de las mujeres de villa 21-24. Esta opera a modo de una mediatización que sostiene y orienta el proceso de significaciones y acciones destinadas al cuerpo. Son las mujeres quienes a partir de sus experiencias prácticas junto con otros actualizan, tensionan y torsionan el

horizonte de posibilidades que las dinámicas sociales constituyen, y que se estructuran a partir de las distancias de sus cuerpos reales con los cuerpos legitimados.

El objetivo de este capítulo es analizar cómo se estructura la percepción de las mujeres de sus propios cuerpos, a partir de las diversas relaciones sociales que establecen en su cotidianeidad. Para tal fin, se analizarán en primer lugar, la dimensión emocional de las dinámicas que se establecen a partir del vínculo con los varones. En un segundo momento, el foco se ubicará en las relaciones de las mujeres con otras mujeres teniendo como eje la tensión socio-espacial entre la villa y el resto de la ciudad. Por último, se analizarán los modos por medio de los cuales se inscriben y se actualizan las desigualdades de género a partir de los procesos de enseñanza-aprendizaje de saberes de estética, al tiempo que los mismos se constituyen en tanto elementos de valoración positiva de la mujer que la dotan de cierto capital cultural.

I. La doble dimensión de la mirada: La seducción como placer y la seducción como peligro

La seducción y el “sentirse linda” como criterio de bienestar:

Como se pudo observar a lo largo de las diferentes experiencias y conversaciones con las mujeres reseñadas en este trabajo, una de las expectativas de los usos de la estética tiene que ver con la belleza y con “sentirse linda”. En este apartado me interesa indagar en los registros de sensibilidad y afectividad de las mujeres a partir de dichas prácticas, tratando de problematizar, parafraseando a Moreno Figueroa (2013), en lo que las prácticas de belleza hacen a las mujeres.

“Alma: (...) Como yo le digo siempre a mi marido, el siempre me dice para que te arreglas tanto, para quien te maquillas. Y yo le digo yo me maquillo para mí, ni siquiera para vos. Es para mí, para mirarme al espejo y sentirme bien y verme bien.

Yo: y que te dice cuando le decís eso?

Alma: nada, se calla. No me dice nada. Pero yo le digo siempre, yo, me arreglo, me maquillo, me visto, y es para mí, porque yo me miro al espejo y me siento bien, pero es por mi autoestima, para sentirme bien yo. No es para otra persona

Yo: hay algunas chicas que no se arreglan porque los maridos también las celan mucho

Alma: exactamente, a mí también. En un tiempo cuando recién empezó la relación con mi marido, no le gustaba que me tiña, o me decía porque me sacaba las cejas. Yo le decía, vos me conociste así, yo soy así, y así me tenés que aceptar.

Yo: y le costó entenderlo?

Alma: pero lo entendió. No porque tenga 2 hijos, 3 hijos o 5 hijos lo voy a dejar de hacer, porque a mí parecer, yo tenía mi tía que siempre decía que una mujer siempre tiene que tener tiempo para una. Ella por ejemplo se tomaba siempre los viernes, se depilaba las cejas, se decoloraba hasta los pelitos, mira, yo me decoloro hasta los pelitos del brazo (me muestra). Y yo a mi nena le enseñe. Claro. Yo preparo mi polvo decolorante, me lo paso por el brazo, los bigotes no me los saco porque me los decoloro. Son los viernes que yo me tome también para mi polvo decolorante, me lo paso por el brazo, por los bigotes, me hago la limpieza de cutis que es general, por ahí me arreglo las uñas, soy de arreglarme mucho las uñas, las uñas también, yo todas las noches cuando termino ya todo, me baño, todo, después me empiezo, por que estudie peluquería y manicura, entonces yo (...)

(Alma, 33 años, Paraguaya. Ama de casa y vendedora de cosméticos por catálogo. Madre de 4 Hijas/os)

Aquí Alma se refiere a sus prácticas de estética en términos de “autoestima” y “sentirse bien”. Tanto las prácticas del maquillaje, la tintura del pelo y la depilación, como el destinarse los días viernes tal como lo hacía su tía (y probablemente lo haga su hija) para tener “tiempo para una”, son usos de la estética corporal que se registran en

tanto sensaciones de bienestar. Esta asociación entre el “arreglarse” y los sentimientos de bienestar, se repite en muchas ocasiones en boca de las mujeres del barrio,

“Yo:¿Y te influye la mirada de los otros en cómo te vestís, en cómo te arreglas?

G: Yo te juro, salgo a la calle y salgo re feliz. Porque sí, tengo mi edad, pero es como que ..guau.. llamo la atención, o sea me dicen cosas lindas. (...) y que se yo, y voy cruzando la calle y “diosa” “hermosa, te acompaño” cosas así, ¿entendés?, cuando vas cruzando la calle, y te dicen los camioneros. (Risas) Que a veces vos decís, bueno, camionero de Cliba, y si, pasa un negro vestido con pollera y le grita igual. Pero hay gente normal de autos normales que pasan por la avenida (en referencia a la Av. Iriarte, que atraviesa la villa 21-24) y vos decís guau, que bien que estoy. Y esta bueno. Y es lindo”.

(Gloria, 36 años, Paraguaya. Profesora de clases de baile en la villa 21-24, realiza presentaciones de baile en distintos lugares de la CABA. Madre de dos hijos)

En esta entrevista se puede ver como aparecen los sentimientos de agrado, de felicidad y de bienestar asociados a *arreglarse* y cumplir con determinadas expectativas. Aquí Gloria hace referencia directa a la aceptación y ponderación masculina de su apariencia física como motivador de su “sentirse bien”. La salvedad señalada en su relato, permite sin embargo introducir algunos quiebres en la posición del otro masculino, para pensar que así como hay diferentes legitimidades en los cuerpos de las mujeres, que “merecen” o no *arreglarse*, también hay diferentes legitimidades en los hombres en cuanto a su poder de objetivación. La mirada del otro, que por medio de la seducción le brinda reconocimiento de belleza a la mujer, es puesta en consideración ya que es “la gente normal” la que tiene un criterio válido, en detrimento de “los camioneros de Cliba”³², quienes por su condición socio-estructural no contarían con dicha legitimidad ni capacidad de objetivación según su punto de vista.

³² Cliba es una empresa de Servicios de Higiene Urbana que realiza la recolección de residuos.

En ese sentido, la legitimidad social del “otro” que mira, influye en la percepción afectiva de la mujer dado que la validez de su reconocimiento depende de él.

Sostengo que cuando el *arreglarse* se inscribe dentro de las prácticas y tendencias posibles del cuerpo legítimo de las mujeres de la villa, genera una valoración positiva del cuerpo de la mujer, que se evidencia en sentimientos y emociones de bienestar. Estos sentimientos, se constituyen en tanto evidencia de la legitimidad de sus corporalidades: cuando la percepción del “cuerpo real” se acerca al “cuerpo legítimo” los sentimientos de las mujeres son de agrado, mientras que (como se vio en el capítulo anterior en relación a las mujeres “grandes”) cuando los mismos se distancian se vivencia una serie de sentimientos de “vergüenza” con respecto de su propio cuerpo, o de condena por parte de otras personas.

La mirada propia incorpora la elaboración hegemónica del cuerpo legítimo. En el caso de las mujeres de la villa, se puede pensar en varios cuerpos legítimos, que se relacionan con los diferentes momentos del ciclo de vida de las mujeres. Como vimos en el capítulo anterior, hay diferentes tendencias que se relacionan con los diferentes momentos de la vida y con las relaciones que las mismas sostienen con el resto de la ciudad. En ese sentido, el cuerpo legítimo de las mujeres jóvenes se constituye a partir de formas corporales que evidencian inversiones de tiempo y dinero, y criterios de ocultamiento étnico-racializado del plano cultural: maquillajes que las distingan de las migrantes recientes, ropa de marca, cabellos teñidos, largos y lacios, cuerpo delgado, entre otros. Dada la alta valoración que se le da a la maternidad, en las mujeres jóvenes que son madres si bien siguen las mismas tendencias que antes, hay una concepción por la cual la mayor parte de los recursos económicos deben ser ahora gastados en su(s) hijo(s). en estos casos, si bien se continúa con una inversión en los modos de

arreglarse, no hay por ejemplo una exaltación de productos o ropa de marca sobre sus cuerpos, sino más bien sobre el/la de sus hijos/as.

Por último las mujeres que son abuelas deben no *arreglarse*, en el sentido de desarrollar prácticas de estética más relacionadas a lo que consideran como parte de la salud y prolijidad, en detrimento de la seducción. Las oportunidades de *arreglarse* sin embargo existen, pero restringidas a momentos puntuales como eventos y festividades familiares, o circunscriptas a prácticas que se pueden ocultar.

A su vez, más allá de la etapa en la que se encuentren, el cuerpo legítimo de las mujeres de “afuera” de la villa, establece un parámetro que señala una distancia de clase, que muchas veces funciona a modo de guía para las mujeres que a partir de performances quieren interactuar en la ciudad ocultando su adscripción residencial.

Otro elemento de la caracterización de Moreno Figueroa acerca de la belleza que me interesa retomar, es que la misma es un proceso en donde hay una disputa por el sentido, en tanto estas asociaciones entre percepciones y valoraciones se ponen en juego a partir del espacio histórico real en que las personas viven y actúan. Esto implica, en un primer lugar que las mismas están en permanente situación de reformulación, revalorización y re adaptación acorde a cada situación; así como cada situación condiciona y actualiza los sentidos establecidos, cada sentimiento cuestiona o condiciona a su vez las situaciones posibles.

En el caso de las mujeres, los sentimientos despertados por su apariencia y modos de estar estéticos son importantes motivadores y movilizadores de sus acciones, por lo que las disputas de sentido que actúan en el trasfondo de la construcción de valoraciones, revisten de importancia a la hora de visibilizar las capacidades reales de acción de las mujeres.

“Yo: ¿Cómo te sentís vos con tu cuerpo, te sentís bien?”

Li: la verdad que sí. Cuando empiezo a subir de peso no, ya me siento mal, o sea, encima, como que tiene mucho psicológico, porque justamente, a mi al menos me influye mucho lo psicológico al menos, porque yo cuando estoy subiendo mucho de peso, ya se me van las ganas de maquillarme, se me van las ganas de arreglarme, como que ya no quiero salir ni ir de paseo”.

(Liliana, 37 años, Paraguaya. Trabaja como empleada de seguridad en un organismo estatal en la villa. Madre de 4 hijas/os, abuela de 1 nieto)

Aquí, los sentimientos de Liliana en relación a su estética corporal son catalizadores de una serie de posibilidades de acción. Si bien es una mujer joven, su reciente cambio de estatus a partir del nacimiento de su nieta, generó una serie de reordenamientos de su tiempo y recursos económicos que le impiden mantener las prácticas de estética que venía realizando. Frente a la nueva situación de verse con pocas posibilidades de “arreglarse”, sostengo que los sentimientos de malestar operan a modo de reguladores de su *habitus*, que la orientan a adaptarse a su nuevo estatus, por medio del cual se restringen las salidas e interacciones con el resto de la ciudad, y los usos de la estética pasan del *arreglarse* a diferentes modos de “no *arreglarse*”.

La seducción como peligro

Seducir: Del lat. *Seducere*

1. tr. Persuadir a alguien con argucias o halagos para algo, frecuentemente malo.
2. tr. Atraer físicamente a alguien con el propósito de obtener de él una relación sexual.
3. tr. Embargar o cautivar el ánimo a alguien.

Real Academia Española

Como se ve en la definición de la Real Academia Española reseñada, la definición que encabeza la lista hace mención a la seducción en relación a algo negativo. Autores como Le Breton (2010) y Vigarello (2005) se posicionan desde esta

postura y analizan una serie de asociaciones a lo largo de la historia, en la que diversas prácticas cosméticas y de belleza se asocian en términos negativos con lo artificial, inmoral y peligroso. Desde el feminismo, por otro lado, las asociaciones y devenires de la belleza se relacionan con la ubicación de la mujer en una posición de pertenencia del hombre, producto del “patriarcado como relación social” (Beecheney, 1979) y de la relegación de la mujer a los ámbitos domésticos dadas sus características estereotipadas que le impedirían tener responsabilidades o participar a la par del hombre de ámbitos políticos y públicos.

Las asociaciones de “la belleza”, y el “arreglarse” con el peligro se instalan , al igual que las asociaciones con el bienestar, como mecanismos reguladores que en vez de “premiar” la buena adecuación a las categorías esperadas, establece los límites que no se deben franquear.

F: y después si me decís bikini,... bikini use para ir a la pileta pero me tape con un toallón hasta acá (me muestra la mímica de envolverse con un toallón hasta por debajo de las axilas) hasta que no entre al agua. Deje mi tallón mojado acá, que para dejarlo seco. Y estuve así un rato y una vez que salí me volví a envolver. (risas)

Yo: ¿y por qué?

F: y....., me siento incomoda, ya estoy grande, no, porque te salen arañitas, y te salen varices, y esas cosas. Y vos ves cada cosa, cada cuerpo espantoso, más que lo mío.

Rocio: Si, yo cuando me fui a la playa que estaba, habían unas gordas, (risas) ah, ¡me sentía Pampita! (Modelo argentina)

F: Si, yo, me gusta que sean libres, me gusta que ...

Rocio: (interrumpe) aparte no te conoce nadie, entonces andas como querés.

F: no me sale, aparte como que me siento (hace con la mano un gesto de señalarse los ojos)..como que me siento

Rocio:...observada

F: Me molesta que el hombre me mire, me molesta

Rocio: Pero si te mira es porque le gustas, porque estás bien

F: Claro, pero hasta hoy en día..., tengo mi nena de ocho años, y veníamos en el colectivo. La cuestión es que la miraba, había un señor que me la miraba a la nena. Entonces yo ya me sentí como que, y le dije, ¿porque la miras a la nena? Es una nena. ‘No, discúlpame, lo que pasa es que,...’ bueno, me levante y me traje a mi nena. Pero no, me desesperan, esas cosas me desesperan. Yo ya no tengo solución. (Se ríen)”.

(Fany, 40 años, Paraguaya. Ama de casa. Trabaja como empleada doméstica en el barrio de Pompeya. Madre de 3 hijas, Abuela de 3 nietas/os. Rocio, 27 años, Argentina. Trabaja como empleada en una panadería a unas cuadras de la villa. Madre de dos hijas/os)

En esta entrevista compartida entre Rocio y Fany, se pueden ver las diferentes asociaciones que se establecen a partir de la mirada masculina. A partir del relato de su experiencia en la pileta, Fany me cuenta que decide ocultar su cuerpo debajo de un toallón dado que le “molestan” e “incomodan” las miradas de los hombres. Estas sensaciones de vergüenza, expresan “el cuerpo objetivado, encerrado en el destino de la percepción y enunciación colectiva (...), y que se delata a través de un cuerpo sometido a la representación de los otro hasta en sus reacciones pasivas e inconscientes” (Bourdieu, 1986: 187). Mientras que Rocío, las sitúa en tanto signo de aprobación de la legitimidad del cuerpo de la mujer, Fany la relaciona en un primer momento con la distancia entre su cuerpo y los estereotipos de un cuerpo “lindo”. En este momento es donde se evidencian las diferencias en los parámetros de legitimidad corporal, dado que si bien ambas presentan contexturas corporales similares, Rocío es madre mientras que Fany es ya abuela.

En un segundo momento Fany establece una relación en el relato entre la mirada de los hombres a su cuerpo y una situación en la que un hombre mayor estaba mirando a

su hija de 8 años. A partir de esta situación la conversación se desvió en una serie de referencias a casos de violaciones a niñas y jóvenes en la villa, mostrando de este modo una clara articulación del tema con la violencia que sufren las mujeres dentro del contexto de desigualdad de género en que vivimos. Esta derivación temática, aparece a su vez en otros relatos de las mujeres de la villa, en donde a partir de comentarios acerca de usos de la estética y maneras de estar corporales desaprobadas, el desenlace de las acciones derivaba en casos de violencia por parte de los hombres hacia las mujeres. Si bien en estos comentarios no había una referencia explícita acerca de la responsabilidad de las mujeres, sino al nivel de machismo y violencia de los hombres, se deslizaban argumentaciones en relación a ciertas prácticas y modos que correspondían o no, según su situación de madres de niñas/os pequeñas/os, adolescentes, o abuelas.

El eje que permite pasar de la bikini en la playa a los casos de violencia en el relato de Fany, se sitúa en “la mirada” del hombre. Es esa mirada incorporada por las propias mujeres que establece las distancias entre la adecuación de sus cuerpos a los cuerpos legítimos, dando lugar a una serie de sentimientos de agrado o desagrado en las mujeres en relación a su propio cuerpo, como la que aparece directamente en tanto amenaza real a la mujer. Este posicionamiento que dota al hombre de cierto poder social de objetivación, si bien como señalamos con anterioridad se encuentra desigualmente distribuido en relación a las condiciones socio-estructurales entre los hombres, se despliega a lo largo de todas las relaciones de los hombres con las mujeres y de gran parte del abanico generacional de los mismos.

“Yo:¿ y en qué momentos te arreglas?”

Xi: no, no. (inaudible) ... porque hace muchos años que no me maquillo. Y mis hermanos me ven maquillada y me dicen ‘ah, pero que paso?’ Mi hijo, me pregunta, ‘ma, porque te maquillaste, o porque te pintas?’ me dicen. Me retan, no me puedo arreglar. Encima tengo todos

hermanos varones..., no sabes lo que son. Si me pongo una pollera me dicen ‘¿estás segura que vas a llevar pollera?’

Yo: ¿en serio?

Xi: mis hermanos..

Yo:¿ y tu marido?

Xi: mi marido no. no me dice nada.

(Ximena, 37 años, Argentina de la provincia de Misiones. Ama de casa, revendedora de cosméticos y zapatillas por catálogo. Madre de 3 hijas/os)

En este relato de Ximena, no son las miradas de los hombres desconocidos y peligrosos, sino que son sus vínculos más cercanos, hermanos e hijo, quienes por medio de “preguntas” en relación a su vestimenta, suscitan sentimientos de intimidación que restringen las posibilidades de acción en relación a su apariencia.

Traigo al análisis por último otra experiencia, en este caso un fragmento de registro de campo que corresponde a un domingo a la tarde en donde un grupo de baile iba a actuar; la situación hace referencia al momento en el que las/os niñas/os (entre 3 y 7 años) se estaban preparando para salir a escena³³. Junto con dos de las madres, me encontraba colaborando en el maquillaje. Alrededor nuestro, muchas niñas con sus mamas traían sus maquillajes y halagaban las habilidades de unas o los productos de otras:

“(…) viene otra mama con la hija ya cambiada con el vestuario y me dice que le ponga un poco en la boca. Le pregunto si no quiere en los ojos, que todas las chicas se están pintando y me dice que no, que ‘al padre no le gusta que se ande pintando, que se llega a enterar y no pueden volver a la casa’ (Se ríe). Le pinto los labios con rojo diciéndole que es el único que hay, me dice que

³³ La muestra de baile se desarrollaba en la calle Iriarte, en las puertas de la Casa de La Cultura. Durante alrededor de 6 meses todos los domingos a las 13-14 hs se daban cita los miembros del grupo de baile y ofrecían al público los cuadros musicales que habían preparado en la semana.

está bien y se lo esfuma con los dedos para que quede más suave, retirando la casi totalidad del color.”

(Fragmento de registro de campo.)

En esta situación, por medio de un “chiste”, la madre hace mención no solo al desacuerdo del padre con que la hija se maquille, sino que el mismo da cuenta del poder real del padre en relación a ella. La posibilidad de disgustar al padre hace referencia a la desigualdad de poder y recursos desde el cual se sitúa el hombre. En ese sentido, hay una estructura de poder real, que cuenta con la violencia como uno de sus mecanismos, que posiciona a los hombres en cuanto objetivadores de las corporalidades de las mujeres.

Es interesante notar de todos modos, que la madre lleva a su hija a que se maquille como las demás niñas que bailan. Yo le dije que se sentara en la silla, le pinte la boca y le puse el espejo para que se mirara. Ella sonrió y la madre también. Luego, se lo “esfumo” para que no se note. El proceso de maquillarse, el salir a bailar maquillada, y el ver como maquillaban a su hija, estaban realizados. Las evidencias, esfumadas.

II. Bellas hacia “adentro”, bellas hacia “afuera”

En este apartado se abordaran algunas de las dinámicas registradas en relación a las diferentes sociabilidades que se construyen entre mujeres. Se tomarán como eje las dinámicas del “adentro” y el “afuera”, que como se evidenció en los capítulos anteriores, son significativas en la gestión y regulación de los sentidos de la estética. En las relaciones que se establecen con el “afuera”, el foco estará en las representaciones

que circulan principalmente en los medios de comunicación e imágenes de redes sociales, y en algunas de los vínculos que las mujeres de la villa entablan con otras mujeres de la ciudad, para poder pensar la distancia entre los cuerpos de estas mujeres y los “cuerpos legítimos” que se establecen en términos de tendencias estéticas.

La belleza que circula: El “afuera” de los medios

Como se señaló con anterioridad, la mirada masculina y las imágenes de las corporalidades femeninas que se proyectan desde el “afuera” (con sus correspondientes criterios clasistas, generizados y étnico-racializados), son incorporadas por las mujeres de la villa en tanto percepción de los estereotipos dominantes de cuerpo de las mujeres de “afuera” de la villa y de las del barrio, así como de su propio cuerpo en relación a la distancia con los mismos.

Una de las preguntas originalmente propuestas en las entrevistas era en relación a sus modelos e ideales a partir de los cuales las mujeres pensaban sus estereotipos de belleza. En general las respuestas se remitían a señalar que en realidad no tenían a nadie como referente, sino que les gustaba cuidar su estética eligiendo las vestimentas, maquillajes y adornos acorde a su gusto personal. En el trabajo de campo pude observar sin embargo, diferentes instancias en las que las mujeres entraban en contacto con una serie de imágenes y estereotipos e ideales corporales que circulan por diferentes medios de comunicación audiovisual. Este es el caso por ejemplo de la televisión. Frente a la pregunta directa, muchas mujeres me dijeron que no ven la tele porque no tienen tiempo o por otros motivos, aunque en casi todos los hogares a los que ingresé, la televisión estaba encendida durante varias horas, sin que nadie en particular estuviera mirando o prestándole atención a la programación. Entre los contenidos que pude relevar, se

encuentran principalmente las novelas que transmiten los canales de televisión, en particular las novelas centroamericanas transmitidas por canal 9³⁴, y algunos programas de televisión de aire local como Showmatch (canal 13) y Programas de “chimentos” del medio local como Intrusos (América) y Bendita (Canal 9). Tanto las mujeres protagonistas de las novelas, como las mujeres de la farándula que aparecen en los programas, conforman imágenes de corporalidades que asocian ciertos criterios de belleza con la seducción y el éxito personal.

Por otro lado, muchas mujeres reconocieron destinarle tiempo e importancia a facebook, al que se conectan diariamente a partir de los teléfonos celulares o gracias a las netbooks³⁵. En facebook, miran los perfiles de otras mujeres y siguen marcas de ropa, de calzado e indumentaria para estar atentas a las tendencias de la moda. Particularmente las jóvenes, pueden estar varias horas mirando fotos de otros/as hombres y mujeres, y analizando y ponderando su apariencia. Como puede concluir a partir de la participación en las redes, el criterio de legitimación en este caso, se asocia a la belleza, seducción y al éxito en el plano social: las fotos de las mujeres cuyas corporalidades se acercan a los parámetros de legitimidad, reciben más “me gusta”, tienen más amigos y seguidores.

A partir de estos mecanismos, las mujeres entran en contacto con una serie de estereotipos y representaciones dominantes acerca de cómo debe ser y estar el cuerpo de la mujer en cuanto a su estética. En una investigación en la que analizan los nuevos consumos corporales de jóvenes y adultos de clase media-alta en la CABA, Aschieri y

³⁴ Dentro de las novelas registre “La sombra del pasado” (México), “Yo no creo en los hombres” (México), “Lo imperdonable” (México), “Dueños del paraíso” (EEUU-Chile), “Por ella soy Eva” (Colombia), “Señora Acero” (México-Colombia-EEUU), “La hija del Mariachi” (Colombia), entre otras.

³⁵ En su mayoría las entregadas en el programa Conectar Igualdad, programa creado en abril de 2010 a través del Decreto N° 459/10 de la Presidenta de la Nación Cristina Fernández, por medio del cual se le asigna una netbook a cada estudiante (y docente) de Escuelas Secundarias.

Citro (2015) señalan como modelo el cuerpo esbelto, jovial, bello y saludable que va de la mano de la valoración de los atributos femeninos fetichizados como objetos de seducción: los pechos y glúteos de gran tamaño. El imperativo de la juventud es a su vez, una de las características que definen al estereotipo de cuerpo dominante de las mujeres (Lipovetsky, 1986; Le Breton, 2012). Estos justamente son los cuerpos que podemos ver en la mayoría de las novelas de países centroamericanos y latinoamericanos que aparecen en la programación de los televisores, que construyen imaginarios, representaciones y normalizaciones acerca de cómo debe verse un cuerpo que es valorado. A su vez, son estos rasgos corporales los resaltados en las fotografías de los perfiles de facebook, que reciben decenas de mensajes y “me gusta” de “amigos” de Facebook.

Es interesante poder problematizar como estas imágenes e imaginarios tienen implicancias más allá de si las mujeres de la villa acceden en términos concretos a ellas. Si bien en la mayoría de los casos sus cuerpos se distancian de los estereotipos dominantes, y las prácticas que se exhiben escapan a las posibilidades económicas de las mujeres de la villa, la relación con estas, como veremos, tiene implicancias que se sitúan más allá. Tomando por ejemplo el caso de las cirugías estéticas (práctica que representa determinados estereotipos de la estética divulgados por la mayoría de los programas y novelas relevados) Vigarello sostiene que el efecto de estas actúa de un modo muy marcado en el imaginario de la sociedad, sea que acceden o no a ellas, dado que “Aumenta la seguridad de una docilidad de la apariencia, de un dominio hasta entonces desconocido” (Vigarello, 2005: 234). En esta línea, Aafkes señala que la amplia difusión de las cirugías estéticas³⁶ en diferentes estratos socio-económicos de la

³⁶ Para tomar dimensión del fenómeno, las estadísticas de la International Society of Aesthetic Plastic Surgery (ISAPS) posicionan en 2013 a Argentina como el noveno país en cantidad de cirugías estéticas

CABA, se relaciona con “la apertura y la explicitación con que el tema de la belleza física es tratado en los medios de comunicación, donde se relaciona el cuerpo bello con lo sexual, lo producido y lo maleable” (2008: 59). Si atendemos a las estadísticas de las mismas, vemos que éstas se enfocan principalmente a un cuerpo “femenino” en donde se resaltan las curvas, la juventud, la delgadez , y los rasgos faciales étnico-racializados propios de las “blanquitas”.³⁷ De este modo entonces, tanto la juventud, salud y vitalidad en cuanto a valoraciones positivas, como la belleza en cuanto a estereotipos femeninos y criterios étnicos occidentales resultado de una construcción que implica trabajo y es representativa del éxito personal (tanto económico como social), permean el imaginario y las representaciones de las mujeres de villa 21-24.

La belleza que circula: El “afuera” como un medio

Estas imágenes de la televisión y las redes sociales que circulan constituyendo asociaciones entre determinados cuerpos y la belleza, la seducción, el éxito en el plano socio-económico y socio-afectivo, actúan en paralelo a una serie de interacciones que se dan a partir de las dinámicas que estructuran las relaciones entre el “barrio” y la ciudad.

Señalo en primer lugar, los “eventos” y “salidas” a los que hacían mención varias de las entrevistadas. Estos momentos eran señalados por las mujeres como

practicadas, siendo los implantes de prótesis mamarias, la liposucción, la abdominoplastía y la cirugía de párpados y nariz las principales (Citro y Aschieri, 2015)

³⁷ Citro y Aschieri (2015) señalan a partir de los datos de la ISAPS, a nivel mundial un total de 19.678 cirugías de implantes de prótesis mamarias, 17.766 operaciones de liposucción, 11.118 operaciones de reducción del abdomen, 9.667 cirugías de párpados, y 9.549 de nariz. Señalan además dentro de los procedimientos no quirúrgicos un total de 48.459 procedimientos de toxina botulínica, 42.102 de depilación laser, 30.640 de rellenos reabsorbibles, 24.911 casos de rejuvenecimiento fascial no invasivo y 17.569 de peeling químico y dermoabrasión. Dentro de estos procedimientos de menor intervención que las cirugías estéticas, la Argentina se posiciona en el lugar número 7 a nivel mundial. (9)

instancias por fuera del transcurso del tiempo normal, e implicaban una cierta preparación y usos de la estética corporal que en muchos casos, se distanciaban de los cotidianos.

“Yo: ¿y salís en general, o con tu marido, o algún pariente?”

S: Si, nosotros tratamos de salir mucho. Mi hijo va al club todos los fines de semana juegan en distintos lugares, tenemos que ir a llevarlo,..

Yo: ¿A qué club va?

S: Al club piraña de Parque Patricios. Entonces siempre los fines de semana tiene actividades, en distintos lugares por que juega torneos y en distintos lugares tenemos que irnos con el turismo, a veces hay cenas,.. después somos de ir, no sé, de salir, ponele una vez al mes de ir a cenar, de llevarlos a los chicos al cine, que se yo, de salir un domingo, irnos , también ellos tienen un predio que es del trabajo de ellos a donde hay pileta y hay canchas, y todo eso. Y tratamos de sacar generalmente a los chicos.

Yo: ¿Y en esas ocasiones te vestís o te arreglas distinto?

S: Si, eso sí.

Yo: ¿y qué haces?

S: Claro, depende si va a ser de día, de noche, por ahí una planchita, que se yo, tratar de teñirme para la fecha justo en que tengo la cena, o el evento. (Se ríe). Claro, ya uno va calculando las fechas, entendés,..”

(Silvia, 29 años, Argentina. Ama de casa, participa de un grupo de mujeres que realizan diferentes emprendimientos que comercializan en las ferias de la villa. Madre de 3 hijas/os.)

“Yo: ¿ Y vas a la peluquería?

K: No.... Nada

Yo: ¿Y cuando tenés una salida, o una fiesta, un cumpleaños de 15 por ejemplo?

K: Ahí sí, sí, ahí sí. Ahí pido turno, turno para que me planchen y me corten. Me depilo, me todo, si, me voy bien..... Si, si es una fiesta sí.”

(Karina, 36 años, Argentina. Trabaja como empleada doméstica en Barracas. Madre de 2 hijas, abuela de 1 nieta)

En estas entrevistas, hay una explicitación del *arreglarse* para una salida, evento, fiesta. En estas situaciones las mujeres realizan una actuación o *performance*, en el que se sienten, parafraseando a Fany “una reina”. Estos implican, en primer lugar una inversión de tiempo y dinero, que como vimos con anterioridad es diferente en cada caso según las tendencias de legitimidad corporal de cada mujer.

La situación registrada en el campo que sigue a continuación puede ayudar a entender con mayor profundidad algunas características y sentidos del *arreglarse* para el “afuera”. El mismo remite al momento en que Gloria se preparaba para ir a una reunión de padres en la escuela de su hija:

“Me hace un comentario respecto de su ropa y de que se vistió de señorita para ir a la reunión de padres. Estaba maquillada con delineador azul, combinado con sombras celestes, se había puesto polvo y los labios pintados de rosa claro. Estaba vestida con una camisa con bordados rosados, un saquito largo color crudo tejido por arriba y tenía jeans y botas de media altura. Era la primera vez que la veía con jeans. Se había agarrado un bolso tipo carterita como para salir a la noche pero no le entraba la billetera. Le pregunte que tenía adentro y saco dos victorinox. Nos reímos por que dice que las otras mamás tienen un paquete de ‘carilinas’ en la cartera y ella anda con las victorinox. Cambio las victorinox de cartera, tenía también un bolsito con maquillajes y la billetera y agarro un bolso de mano gris estilo deportivo. Se lo puso, me miro y me dijo que no le quedaba tan combinado. Yo le respondí que estaba re bien y le dije algo así como ‘mira como estoy yo’ (venía de dar clases, por lo que estaba con un pantalón y camperita deportivos). Me contesta que es diferente, que yo no necesito arreglarme, ‘ese es tu estilo’ me dice”

(Registro en casa de Gloria, 36 años, Paraguaya. Profesora de clases de baile en la villa 21-24, realiza presentaciones de baile en distintos lugares de la CABA. Madre de dos hijos)

Esta diferencia que Gloria señala, por medio de la cual yo “no necesito arreglarme”, puede pensarse junto con la situación de campo registrada en el capítulo anterior en la que un grupo de hombres en el FFCC Roca dedujeron que las chicas eran de la villa al ver en la parada en que se bajaban y pasaron de gritarles comentarios en alusión a su apariencia física a comentarios despectivos acerca de que eran villeras. Me interesa analizar dos elementos presentes en estas situaciones; por un lado la tensión propia de una situación de ocultamiento de la información de la condición desacreditadora de las mujeres de la villa. Esta condición desacreditadora puede ser en tanto condición socio-económica y simbólica de residente en una villa, o en tanto saberse actuando por fuera de las posibilidades acorde a su etapa del ciclo de vida. En segundo lugar, la diferencia en la *hexis* corporal por medio de la cual yo (mujer joven clase media) puedo estar vestida con un equipo deportivo sin necesidad de *arreglarme*, de igual modo que puedo estar con un grupo de mujeres de la villa, vestida de modo similar, y aún así no ser considerada como una villera.

Estas prácticas del *arreglarse* y modos de estar corporales en relación a las interacciones que establecen las mujeres con el “afuera”, implican una *performance* que también condicionan ciertas prácticas, dado que las mujeres tratan a partir de su apariencia corporal de generar modos de ser y estar que contrarresten los estigmas de las villas. Al igual que como se vio a partir de las “salidas”, las mujeres buscan posicionarse como las “pobres dignas” en detrimento de los “pobres indignos” (Cravino, 2014), que serían quienes cargan con las estigmatizaciones de la villa.

“L: No, tatuajes no. (...) sí me gustaría, porque siempre quise, si me haría alguna vez uno con las iniciales de mis hijos, o algo así, pero nunca me anime. Anteriormente me lo hacía, pero ahora como que digo no, me paso el tiempo, la edad, no. Como que quedaría ridículo.

(...) Y después siempre pensé con el tema del trabajo ¿viste?. Anteriormente, es complicado, porque para algunos trabajos no es muy estético, o tendría que ser muy chiquito o bien tapado, como que te lo tapes con una camisa o con algo, para que no se note

Yo: ¿Y vos tuviste alguna vez algún problema con algún trabajo o algo así en ese sentido?

L: No, no, no, ninguno. Por suerte ninguno, pero se de gente que por ahí rebota en algún trabajo por tener tatuajes, o un *piercing*, viste? Distinta clase de cosas que por ahí da miedo, y que tampoco tiene nada que ver, porque, vos ves gente de los medios de todos lados que tienen tatuajes y tienen cosas. Pero claro, como que siempre te ven con un tatuaje y ya te identifican con que sos de la villa, y eso si es complicado. Viste muchas veces que para trabajar y tenés en el documento que vivís en la villa y ...”

(Lorena, 36 años, Paraguaya. Trabaja como empleada doméstica en el barrio de Palermo. Madre de 4 hijas/os)

Otra circunstancia que enmarca las interacciones de las mujeres con el resto de la ciudad se da a partir del empleo. En concordancia con las estadísticas que se presentaron en el segundo capítulo, una gran proporción de nuestras entrevistadas que se emplean en el mercado laboral, lo hacen como trabajadoras domésticas en “casa de familia”³⁸, o en empresas privadas que las contratan para domicilios o empresas. En estas ocasiones, las mujeres señalan que deben arreglarse, para estar “prolijas”, como nos contaba Sabina en el capítulo anterior, dado que deben contrarrestar los estigmas que asocian a las villeras con la pobreza e “ilegalidad-inmoralidad” (Guber, 1989).

En su análisis sobre las dinámicas de la inmigración de mujeres Paraguayas y la constitución de redes que tienen como base al género, Brague (2011) señala que entre las empleadas paraguayas y las patronas se dan relaciones de explotación y de madrinazgo. Siguiendo a Pacceca y Courtis, sostiene que el género opera en los casos de las mujeres migrantes, como “ ‘categoría muda’ que estructura relaciones (tanto entre

³⁸ Modo en el que las mismas se nombran como trabajadoras domésticas.

trabajadoras y patronas, como entre migrantes) de desigualdad y reciprocidad, como de simetría y asimetría” (Brague, 2011:8). La autora establece que en un primer momento, la precarización laboral de las empleadas es ocultada por los favores que las empleadoras realizan para con las migrantes recién llegadas. Esta situación que se vivencia como de agradecimiento, cambia cuando las trabajadoras comienzan a querer cambiar los arreglos transformando los “beneficios” como techo y comida por un aumento de sueldo y buenas condiciones laborales.

En las mujeres con quienes interactué en el campo, se evidencia esa dualidad en la cual se muestran por un lado muy agradecidas con los “regalos” que las patronas les dan, principalmente ropa y productos para el hogar. “Las patronas” son vistas en muchas ocasiones como dadoras de bienes y promotoras de ciertos hábitos y prácticas corporales³⁹, al tiempo que en otras oportunidades señalan la precariedad de las condiciones de trabajo y/o los conflictos relacionados con que ellas terminan descuidando sus familias y hogares por cuidar el de las patronas.

Un tercer criterio relevante en el análisis de las relaciones entre las mujeres de la villa y el resto de la ciudad, son los circuitos que las mismas establecen para hacerse portadoras de bienes de “afuera” que operan como signos de distinción y valor simbólico. Dada las características de la villa 21-24 en cuanto a su dimensión de segregación socio-espacial, muchas mujeres señalan al “afuera” también como fuente de oportunidades de aprovisionarse de bienes y servicios que no se consiguen en el barrio. Este es el caso de las compras de ropa de marca “afuera” de la villa; las compras en “La salada”, “Las saladitas”, Once o “Avellaneda” al por mayor y a menor precio; y el

³⁹ Cito el caso del uso de cremas para el acné en mujeres jóvenes de la villa, que en tres de los cuatro casos en los que registré su uso, los productos habían sido entregados por sus empleadoras, y en un caso la empleadora de su madre.

“cirujeo” o cuando recogen de los residuos o piden ropa en barrios “de ricos”. Estas son diferentes estrategias por medio de las cuales el “afuera” de la villa se constituye como proveedor de bienes valiosos por su valor simbólico, y que otorgan, como veremos en el próximo capítulo, mayor distinción. A partir de estas estrategias, en las cuales las mujeres establecen arreglos para aprovisionarse de bienes y servicios de estética corporal, ellas tratan de sortear las condicionalidades socio-económicas que configuran prácticas tendientes a “reduplicar” (*sensu* Bourdieu) las diferencias propias de la complexión corporal.

En este punto, me resulta interesante traer una discusión reseñada por Entwistle (2002), que se sitúa dentro del imaginario de sentido común acerca de la estética en las villas: la de la moda como “emulación”, en la que los sectores de clases bajas intentan copiar las modas de las clases altas. En términos generales, estas teorías sostienen que los estilos comienzan en la cima de la jerarquía social, a partir de una clase o élite que opta por una forma de vestir distintiva. Las clases inferiores intentan emular la posición de esta clase por medio de adoptar su apariencia y sus bienes simbólicos, por lo que el estilo se va adoptando gradualmente y de esta forma la moda “filtra en sentido descendente”. En esta dinámica, cuando un estilo ha sido adoptado por la clase trabajadora, la élite desarrolla uno nuevo, para mantener su distinción. Estos planteos son propuestos principalmente por Veblen y Simmel⁴⁰.

Más allá de las críticas que puedan hacerse a una teoría de la moda en los sectores populares como emulación que los piensa como simples imitadores sin

⁴⁰ Dentro de las críticas a estos planteos, Entwistle señala principalmente que el cambio no tiene lugar porque las clases inferiores empiecen a llevar la ropa de las clases de mayor poder adquisitivo, sino que al margen de estos usos, hay dinámicas internas de la moda en relación al consumo, además de las ocasiones en las que las modas de la clase trabajadora y de otros grupos sociales bajos ha influido en sentido inverso. Otra crítica que la autora realiza frente a esta propuesta es que la teoría depende de un intervalo de tiempo entre los estilos que ostentan las clases altas para que posteriormente sean adoptados por las clases más bajas, que dado el volumen de producción actual, es ficticio.

creatividad o poder social, sí se dan en la práctica una multiplicidad de casos en los que las mujeres adoptan tanto modos de vestir como formas de hablar, caminar, y/o peinarse de personajes que por ejemplo ven en la televisión o de otros lugares de referencia. En estos casos sin embargo, veo un uso activo y estratégico de la elección: los modelos que se eligen, las prácticas que se imitan, y principalmente los modos en que estos son aprehendidos, son hechos que están mediados por un montón de elecciones por parte de las mujeres, entre las que los condicionamientos tanto materiales como de información son solo una parte.

Lo interesante en estos casos es problematizar el modo en que estos bienes, imaginarios, prácticas y saberes son abordados, apropiados y transformados por las clases populares, sin perder de vista las posibilidades y límites que el propio *habitus* de las mujeres configura. Las corporalidades de las mujeres de la villa 21-24, en tanto estructuras sociales in-corporadas, dan cuenta de las tensiones y asimetrías socioeconómicas y de género dentro de la que las mismas forman parte, y es a partir de aquí que puede comprenderse mi “no necesidad” de *arreglarme* o sentirme afectada si me llaman villera. En este punto las reflexiones de Bourdieu en relación a la “timidez y a la “soltura” nos pueden servir al análisis:

“En contraposición a la *timidez*, que a su pesar expresa el cuerpo objetivado, encerrado en el destino de la percepción y la enunciación colectiva (...), y que se *delata* a través de un cuerpo sometido a la representación de los otros hasta en sus reacciones pasivas e inconscientes (se siente uno enrojecer), la soltura, esa especie de indiferencia a la mirada objetivamente de los que la neutralizan, supone la *seguridad* que proporciona la certeza de poder objetivar esa objetivación. Certeza de poder apropiarse de esa apropiación, de poder imponer las normas de percepción del propio cuerpo, en suma, de disponer de todos los poderes que, incluso cuando radican en el cuerpo y le proporcionan en apariencia sus armas específicas como son la prestancia o el encanto, son esencialmente irreductibles al cuerpo.” (1986:187-188)

Las interacciones de las mujeres de la villa con el “afuera” se caracterizan por la presencia permanente de tensión a partir de la distancia con los estereotipos de belleza, condicionada por la desigual situación socio-económica y la estigmatización asociada a la adscripción residencial a la villa. La misma es mediatizada por la mirada masculina, las imágenes de los medios de comunicación y las interacciones insertas en las relaciones de desigualdad socio-estructural con “el afuera”, a partir de la incorporación de estos criterios a la propia percepción de las mujeres sobre sus cuerpos. Las actuaciones o *performance* que ellas realizan, a partir de diferentes estrategias para poder desenvolverse en la ciudad, conviven con la tensión entre el ocultamiento/descubrimiento de sus características desacreditadoras. En cada una de estas interacciones, se evidencian las posibilidades y los límites configurados por el *habitus* de las mujeres.

III. Autovaloración y belleza: cuando la belleza construye lazos sociales y reconocimiento.

En la primera parte del capítulo, vimos como los sentimientos de bienestar o malestar en relación al propio cuerpo, se imbrican con los usos de la estética a partir de la incorporación de la mediación de la mirada masculina y de las interacciones con el “afuera” de la villa, que establecen las distancias entre los cuerpos reales de las mujeres y los cuerpos legítimos. Como señalé sin embargo con anterioridad, los usos de la estética no implican solo prácticas y sentidos, sino sentimientos, modos de estar y posibilidades de acción, dado que se inscriben dentro del *habitus* de las mujeres. En esta oportunidad me interesa analizar las emociones y afectividades de las mujeres en

relación a los vínculos y redes que se establecen entre mujeres a partir de los usos de la estética corporal.

El plano transversal: la reciprocidad entre mujeres

Aquí me centraré en el plano afectivo y vincular de las relaciones recíprocas que se establecen entre mujeres de la villa. Se mencionó con anterioridad la importancia de la constitución de redes entre mujeres dentro de los procesos migratorios. Son las redes familiares o de “conocidos” las que operan en estos casos como referentes en el país de destino, y especialmente en el espacio barrial de la villa, cumpliendo el rol de integración social, acceso a la vivienda, al empleo y ayuda en las tareas de cuidado de las/os hijas/os⁴¹. En ese sentido se puede reconocer a la villa 21-24 como un espacio social con un fuerte sentido de cercanía y de redes de reciprocidad⁴².

En su análisis de las trayectorias migrantes de las mujeres de la villa 21-24 participantes en el programa Puntos de Cultura, del Ministerio de Cultura de la Nación, y la Secretaría de Enlace de Comunidades Autogestionarias (SEDECA), Mezzabotta (2013) sostiene que las mismas tienen como característica principal establecer un distanciamiento de las mujeres migrantes jóvenes de su familia, dado que migran solas,

⁴¹ Cierta tipo de solidaridad y prácticas recíprocas relacionadas al contexto de pobreza son bastante extendidas en ámbitos populares como las villas. Desde las acciones y los actores políticos de la villa, se hace alusión justamente a la solidaridad como uno de los valores y principios fundamentales de la sociabilidad villera. Hay, por ejemplo, una ley promulgada recientemente que establece el 7 de Octubre como “Día Nacional de la Identidad Villera” impulsada por el diputado Andrés Larroque. Esta Ley, que en su proyecto original pretendía ser del día de los Valores Villeros, resalta una serie de valores que “componen la identidad villera como la solidaridad, optimismo, esperanza, generosidad, humildad y el valor por lo colectivo” <http://mundovilla.com/article.php?idArticle=2160>.

⁴² Sin desconocer el debate que hay alrededor de las nociones de reciprocidad y de don dentro de la antropología (Abduca, 2007), uso el término reciprocidad en un sentido general, en referencia a intercambios no monetarios de bienes y servicios cuyas retribuciones se encuentran diferidas en el tiempo, tendiendo de este modo a establecer relaciones sociales.

con hijos o con algún familiar mujer. Esto genera un fortalecimiento de las redes de ayuda en el lugar de destino, que se elige siempre por el contacto con algún familiar ya residente en la villa que brinda alojamiento y colabora en la búsqueda de un trabajo. En el caso por ejemplo de los arreglos que se establecen en torno al trabajo doméstico y de cuidado, la autora reconoce que así como son las mujeres quienes se encargan de estos trabajos, es con ellas con quienes se articulan arreglos, naturalizando características como el afecto y el cuidado como femeninos. En mis interacciones en la villa, pude observar que hay determinados bienes y servicios que circulan dentro del barrio a modo de favores o regalos, que forman parte de los mecanismos cotidianos por medio de los cuales se estructuran y sostienen ciertas redes sociales. Los alimentos y la ropa son los que con mayor frecuencia forman parte de estos mecanismos.

A lo largo del trabajo de campo, transite por diferentes instancias de incertidumbre e inseguridad en relación a los modos de establecer relaciones con las diferentes personas con quienes interactuaba en el campo. Uno de los indicadores más relevantes de aceptación y empatía de las mujeres con migo, fueron justamente los momentos en las que recibí invitaciones a comer, tupper con *chipa guazú*, *Mallada* o *Mbori*⁴³, y “regalos” como prendas de vestir o accesorios para el arreglo personal.

“Me pregunta cosas de mí. Le cuento de la mudanza y del casamiento. Me pregunta si ya sé que me voy a poner, y le cuento que estaba buscando y la opción de la pollera con un top. Se va para la habitación y baja con una bolsa que dice que es para mí. De ahí saca un pantalón que dice que ‘es muy vos, hippon todo de colores’, me dice que lo vio y pensó en mí. Camila (hija mayor de Vanesa) se lo prueba y le queda re grande. Ella dice igual que le gusta usar las pantalones grandes y Vane le dice que no le queda lindo, que no es su estilo, que el pantalón es de mi estilo. De la bolsa saca también dos vestidos, me los pasa (...) Me cuenta que el violeta lo compro porque le gustaron los colores, pero que ella no se lo pondría porque es muy largo, y ella usa las

⁴³ Platos típicos de la cocina paraguaya.

cosas más cortas y escotadas. Me dice que me lo regala, que me lo pruebe. Le digo que no y me insiste que me lo pruebe por arriba de la ropa. Me lo pruebo y Cami con sus dos amigas me dicen que me queda 're lindo'. Yo le pregunto a donde lo compro y me cuenta que lo trajo la vecina de las cosas que junta de la calle y se lo ofreció. Ella lo vio, le gusto y le dio un par de pesos, pero que es algo que ella nunca usaría porque es muy 'rescatado' para ella. Dice que lo compro pensando en que le iba a servir a alguien más y que me los quiere regalar. Yo le pregunto que a cuanto se lo compró a la vecina y me dice que no, que me lo regala, que a la vecina le 'tiro unos pesos' pero que 'ellas se arreglan así', que ella siempre le trata de comprar las cosas que le trae más para ayudarla pero que este vestido me lo quería regalar."

(Fragmento de registro de campo en casa de Vanesa, 35 años, Argentina. Trabaja como depiladora y manicura en una peluquería de Caballito. Madre de 3 hijos)

Esta situación, al igual que otras en las que recibía invitaciones, me generaban cierta tensión dado que no sabía cómo responder a dichas interpelaciones. Tanto las invitaciones como los regalos suscitaban una situación de deuda que se entrelazaba con cuestionamientos éticos en torno a la desigualdad en las condiciones socio-económicas con las mujeres, así como acerca de mi actuación en tanto etnógrafa (¿debía aceptarlos o no? ¿Cómo condicionaría el resto del proceso de investigación cualquiera de las dos opciones?) y los códigos sociales de la villa (¿Cómo debía responder al regalo?). Al principio las invitaciones a compartir un mate, una comida, o a una fiesta familiar eran enmarcadas dentro de coordenadas afectivas que, más allá de mis objetivos como etnógrafa, se construían con las diferentes personas con quienes interactuaba. Con el paso del tiempo, logre comprender que tanto una invitación a compartir una comida como una remera de regalo que fue recuperada, arreglada y guardada esperando mi próxima visita, respondían a la misma lógica de construcción de relaciones sociales. Más allá de la resolución de cada una de las experiencias, cada regalo generaba por un lado una resonancia afectiva, y por otro una obligación o deuda de algún tipo.

En relación a los intercambios de comida, los hábitos de comensalidad de los hogares pobres han sido analizados por Aguirre (2010), evidenciando una serie de prácticas que se relacionan con las estrategias creativas de cara a las situaciones de pobreza que las mujeres enfrentan. Si bien en el próximo capítulo abordaremos este argumento con mayor detenimiento, por el momento me interesa remarcar que las que sostienen dichas estrategias de comensalidad y redes de circulación de alimentos, son principalmente las mujeres, y que estos se asientan en/construyen relaciones sociales y afectivas.

Las compras de ropa al por mayor entre varias, así como la compra y reventa, o los productos que se comercializa por catálogo como cosméticos, cremas y productos de higiene y aseo personal, también presentan una estructura similar. En estos casos, cada uno con su especificidad, se establecen favores y obsequios con contenido afectivo, como cuando una vecina le lleva una prenda de vestir elegida particularmente para alguien, o cuando una vecina le compra un maquillaje o perfume a otra para ayudarla con la venta; situaciones que además de comprender un contenido económico, construyen vínculos afectivos y relaciones sociales que generan una “deuda” saldada posteriormente.

El plano vertical: Procesos de enseñanza-aprendizaje y transmisión de saberes

En este apartado me interesa llevar el foco a la construcción de las relaciones entre mujeres: los procesos de enseñanza-aprendizaje y la transmisión de saberes de la estética corporal femenina entre mujeres, principalmente entre madres y/o cuidadoras e hijas. En el trabajo de campo, diversas situaciones dan cuenta de la desigual distribución de las tareas entre los hombres y mujeres a temprana edad. Niñas que cuidan a sus

hermanitos y realizan las tareas domésticas, a diferencia de los varones a quienes no se les enseñan dichas capacidades y disposiciones. Los estereotipos sexo-genéricos son parte de la constitución del *hábitus* de hombres y mujeres que como tal, debe actualizarse y reactualizarse a lo largo de la praxis social.

“En un momento que estábamos sentadas con Viole y me señala una nena y me dice que es ‘hermosa’. Era una nena que después nos dijo tener 7 años, de tez muy clara en relación a las otras nenas, con pelo lacio rubio por debajo de la cadera, con los ojos grandes bien celestes. Estaba con una nena mas chiquita que Viole me dijo que era la hermana. La llama y se pone a hablar con nosotras. Toma las clases con Gloria de la mañana con la hermanita que tiene 1 año y 3 meses. Lumi se nos acerca y Viole le pregunta como hace para pintarse por debajo del ojo. Yo no me había dado cuenta que tenía los ojos delineados. Lumi le dice que se lo pinta la mama. Viole le pregunta si no le duele, y dice que si, pero que hoy no lloro. La miro bien y tenia delineado con negro la parte interna del ojo, por adentro de donde están las pestañas”.

(Fragmento de registro de campo en una clase de baile en un comedor/centro cultural de villa 21-24)

En esta ocasión recuerdo haber quedado muy sorprendida por la naturalidad con que Lumi de 7 años le contaba a Violeta de 11 años que hoy no había llorado cuando la madre le pinto los ojos, frente a la pregunta de la última acerca de si no le había dolido. En la constitución de la vida privada como espacio por antonomasia de las mujeres, las mismas se constituyen en tanto gestoras de las cualidades afectivas, de la comprensión, paciencia y amorosidad que se constituyen como propias de la crianza de las/os niñas/os, y como opuestas a la rudeza que exige el ámbito público que se representa de un modo dominante como espacio de la masculinidad. Actuando en paralelo a estos mecanismos, las ya señaladas asociaciones de las mujeres con las frivolidades de las prácticas de estética y belleza, tienden a constituir las en personas no aptas para el mundo público. Los usos de la estética corporal femenina en ese sentido, devienen una

parte importante de los saberes que constituyen a las mujeres en cuanto “tecnologías de género” (Lauretis, 1989)⁴⁴, que tienden a conformar las características normativas que rigen al género femenino.

“Creo que le pregunte de que trabajaba la mamá y me dice que ahora se había anotado para un curso de peluquería y maquillaje, para poder trabajar de eso. Le pregunto si su mamá se pinta y me dice que sí, que a veces se pinta cuando van a salir. Haciendo con las dos manos la mímica del delineador en el borde superior e inferior del ojo me cuenta que se pone marrón o blanco arriba de los párpados y se hace una ‘rayita negra’, y que se pone en los cachetes también color (haciendo la mímica con las manos resaltando los pómulos). Dice que hay veces que no salen, pero que ella se maquilla por que le gusta ‘estar linda’ para cuando vuelva el papa. Que a veces cuando salen de paseo a ella también la pinta y también se pone colores ‘acá’ (se señala los cachetes), y que cuando la mamá no tiene para ponerse, se pone el pinta labios con los dos dedos en los cachetes (haciendo la mímica con el índice y el medio con movimientos circulares). Mientras habla me muestra, me explica que los dedos van juntos y se los desparrama. Le pregunto si en la murga también se pintan y me responde que sí, pero que ahí se hacen dibujos, que la mama no sabe hacer dibujos.”

(Dialogo con una niña de 5 años)

A partir de los vínculos entre las mujeres en la crianza, se reproducen e incorporan las diferentes categorías y ejes que son los que van a articular las diferentes tendencias a modos de ser y estar corporales en relación a la estética y apariencia de las mujeres. En los procesos de enseñanza y aprendizaje de los usos de la estética y de los modos de “ser mujer” (como en otros tantos procesos), se re-actualizan y refuerzan los

⁴⁴ De Lauretis (1989) parte de considerar como eje la propuesta de Foucault (2008[1976]) del “*dispositivo de la sexualidad*” como uno de los más importantes de las tecnologías del poder del siglo XIX que producen efectos en el cuerpo, el comportamiento y las relaciones sociales. La autora sin embargo, establece una diferencia con dicho autor quien al no entender la sexualidad como generizada, niega las relaciones sociales que constituyen la opresión sexual, al tiempo que al considerar un solo género, “en forma manifiesta esta al auto-servicio de los sujetos generizados masculinos.” (Lauretis, [1989]: 22). A partir de esta conceptualización, Lauretis propone pensar no solo la sexualidad como producto de una tecnología política compleja, sino también al género.

estereotipos y las desigualdades entre los varones y las mujeres que los sustentan. Estos saberes de la estética que se constituyen como característicos de las mujeres, se vivencian y reivindican de modo positivo.

En el trabajo de campo, los temas en relación a los usos de la estética eran convocantes y generaban interés en las mujeres de la villa. A su vez, me relataban con mucho detalle sus prácticas y disfrutaban el constituirse en portadoras de un saber.

“A: ¿Cómo aprendí a teñirme? Te digo por la paciencia de cada uno, por que vos me decís me tiño de rojo, o me tiño de este ,... no porque el negro que esta... Así que yo sola. Yo hice dos años de peluquería, entonteces yo aprendí. Es levantarme todo el pelo, hacerme el contorno entero (me iba mostrando con las dos manos como si lo estuviera haciendo), contorno es esto, el borde, todo acá el borde, ¿viste? hasta que acá, acá como siempre y rodete (por la parte de arriba de la cabeza), entonces el contorno entero y bajas, bajas de acá, (agarra una lapicera para mostrarme el recorrido) y vas abriendo y vas pasándote la tintura, una capa, otra mas, con la misma colita del cepillo (gesticula la mímica), una mas hasta el fondo, una más, y así sucesivamente, hasta que tenés todo el color de base”.

(Ana, 27 años, Argentina. Ama de casa. Madre de 4 hijas/os)

“Yo: ¿Y los diseños y eso los armas vos o los sacas de algún lado? (tenía las uñas pintadas con dibujos en diferentes colores)

X: no, me fijo a ver como quedaría más o menos y voy probando. A veces veo en el colectivo, y veo los dibujos y vengo y digo, eso me lo tengo que hacer. A veces voy con mi marido o mi hijo, y me dicen ‘que detallista que sos, el ultimo dibujito podes ver, ya no lo podes ni ver’, y se me quedan mirando. Siempre que me pinto me miran. Me gusta que me digan así, a ellos no les sale. Eso es de que hice peluquería en misiones, hice un año y medio.

Yo: ¿En una escuela?

X: Claro, en una academia. Y después deje.

Yo: ¿Y nunca trabajaste de eso?

X: No. Nunca trabaje, a mi marido le corto el pelo, y a mis hijos, porque me dice cortame vos que sabes. A mí me gusta cortarles.

(Ximena, 37 años, Argentina de la provincia de Misiones. Ama de casa, revendedora de cosméticos y zapatillas por catálogo. Madre de 3 hijas/o)

Estas asociaciones y aprendizajes que se establecen, aunque bien se den insertos dentro de estructuras opresivas y de desigualdad para las mujeres, constituyen al fin y al cabo saberes prácticos que, conforman la experticia (en tanto experiencia y pericia) de las mujeres, y se desarrollan dentro de contextos afectivos que impregnan de carácter positivo a dichas prácticas. Como veremos en el próximo capítulo, estos saberes no solo son valorados positivamente, sino que se constituyen en cuanto a capital cultural de las mujeres, y conforman por tanto herramientas clave para la acción.

CAPITULO 5: LOS USOS DE LA ESTÉTICA CORPORAL EN LA VILLA

Propongo en este capítulo partir de un enfoque que permita analizar los modos por medio de los cuales las mujeres acceden a los bienes, servicios y saberes de estética, así como a las implicancias que éstos tienen en las relaciones sociales que se establecen como en las valoraciones y sentidos que estos representan para las propias mujeres. Retomo para tal objetivo, la perspectiva desarrollada por Narotsky acerca de los sistemas de aprovisionamiento que se presentó en el capítulo 2⁴⁵. A continuación, se verá cómo las dimensiones socio-económicas, de género y de segregación socio-espacial de la villa generan ciertas características que las enmarcan, ofreciendo particularidades en relación a la disponibilidad, posibilidades de acceso, y usos de la estética femenina. Tal como señala Narotzky,

“El valor social de los bienes, su significado, también dependerá de la forma particular de distribución que una determinada persona o grupo pueda usar para acceder a ellos, así como de la capacidad real de elección que tenga para optar entre las distintas posibilidades disponibles. La capacidad de elección de un actor social en cuanto a las modalidades de distribución disponibles está condicionada siempre por su posición en la estructura económica y social general.”
(Narotzky, 2007:33)

⁴⁵ La autora señala dos contribuciones fundamentales a la perspectiva, entre las que señala la teoría “horizontal” de Warde y la teoría “vertical” de Fine y Leopold. La conceptualización del primer autor, refiere a los “modos de provisión”, entendiendo por estos a los procesos en los que episodios de producción/consumo se caracterizan por las relaciones sociales implicadas en proveer valor final. Dentro de estos, concibe cuatro modos principales, a saber: el mercado, el Estado, la provisión doméstica y la comunal. Al poder aplicársele a todos los bienes, la teoría permite entender el significado político y simbólico de los cambios entre los diferentes modos de provisión por los que pueden circular los bienes, servicios e información.

En cuanto al segundo aporte, si bien Fine se centra únicamente en los productos que se comercializan en el mercado, propone ciertas estructuras y dinámicas por las que transitan los bienes, con determinadas características de producción y consumo en cada articulación. Estas características, que pueden definir determinados “sistemas” de aprovisionamiento, son relevantes en relación al aspecto material y simbólico del objeto, dado que, “Según cómo se vayan articulando las relaciones sociales entre las personas que producen y distribuyen lo que consumimos, se obtendrán valores tanto materiales como culturales distintos, que pasaran a incorporarse en los objetos mismos y contribuirán a delimitar su capacidad de significar.” (2007: 22)

Partiendo de estas premisas, analizaré en este capítulo los usos y sentidos de la estética de las mujeres en relación al “espacio barrial” de la villa, teniendo en consideración los modos por los cuales las mismas se aprovisionan de los bienes y servicios con sus consecuentes implicancias en el valor y significación de los mismos. En un primer momento se analizarán los condicionamientos del espacio físico y social en las dinámicas de aprovisionamiento de las mujeres. Luego, la dimensión económica de las relaciones sociales que se articulan en torno a los arreglos que establecen las mujeres para hacer uso de los bienes y servicios de estética, para finalmente, abordar los modos en que los saberes sobre la estética corporal aparecen en el espacio social en tanto capital cultural y social.

I. Segregación socio-espacial en la distribución y consumo de bienes y servicios dentro de la villa 21-24

La segregación socio-espacial y la desigualdad socio-económica que caracteriza la vida en la villa, otorgan una serie de condicionamientos que estructuran los modos de acceso y consumo de las mujeres. En primer lugar, las características materiales y habitacionales de la villa, condicionan las vías posibles de aprovisionamiento así como las posibilidades de uso de los bienes y servicios. Narotzky sostiene que esto se expresa en una serie de factores entre los que se encuentran el nivel de equipamiento público y doméstico del consumidor; su disponibilidad de tiempo, línea de crédito, y como esto afecta a su capacidad de toma de decisiones; la capacidad de información acerca de productos y vías de aprovisionamiento alternativas; la condición física y el estado de salud; y las fuentes y formas de ingreso. Estas dimensiones son de particular interés si atendemos a las características socio-

económicas y poblacionales de las personas residentes en la villa 21-24, así como también a las condiciones de habitabilidad y de servicios públicos que este espacio social presenta.

“Vanesa me dice que tiene que lavar la ropa. (...). Dice que lava en el tanque porque es grande y después lo pasa por el kohinoor. Me cuenta que todo lo saco del Ejército de Salvación y de Don Orión, que lo compró por monedas, la heladera, el microondas, todo, y pagó un remis del barrio que se lo trajo. El kohinoor lo tiene desde que nació Tadeo (8 años). Me cuenta que en el día lava la ropa del día, hoy por ejemplo lavo la ropa de Ale (Pareja actual), la de Camila y Tadeo (sus dos hijos) que se sacaron cuando llegaron de la escuela y un toallón. Si la lava temprano le queda agua caliente, si se le hace de noche ya sale fría o los deja a los chicos sin agua caliente. La lava con jabón de manos que ‘tiene rico olor’ (tenía uno marca Suave), la enjuaga y la pasa por el secarropas. No le gusta lavar jeans, dice que son muy pesados, por eso prefiere no usarlos.”

(Fragmento de registro de campo en casa de Vanesa, 35 años, Argentina. Trabaja como depiladora y manicura en una peluquería de Caballito. Madre de 3 hijos)

Aquí se puede observar por ejemplo, cómo la elección de una prenda de vestir se ve afectada por determinadas condiciones socioeconómicas, como ser no contar con lavarropas y tener que lavar la ropa a mano, a lo que se le suman las conexiones irregulares de agua en la villa que generan dificultades para contar con agua caliente durante todo el día.

Hay por otro lado, una serie de elementos característicos de las villas en la CABA que condicionan el modo en que las mujeres acceden al consumo de alimentos, y por tanto influyen en las corporalidades de las mismas. Traigo a continuación un fragmento de registro de campo en el que estas lógicas de reparto de los alimentos se ponen en juego:

“Viene Nico (hijo de 4-5 años) y Susana dice que le va a hacer la comida para que coma. Le corta un tomate y le pone un pedazo de carne tipo hueso de puchero, pero eran huesos grandes con muy poca carne. Le pone un chorro de aceite y un poco de sal y se lo da para que coma. (...) Susana saca después más verdura y se pone a hacer una ensalada. Saca el repollo, tomate, apio que usa las hojas y deja de lado los tallitos, y le pone las hojas bien picadas. Sol (hija de 7 años) me dice que a ella la ensalada que más le gusta es la de tomate y repollo, que le encanta el repollo. Susi le dice que igual no puede comer solo ensalada, que eso no es comida. Me mira y me dice que todas las pibas estas ‘obsesivas’ con estar flacas y con no engordar. Yo le pregunto a ella si no va a comer y me dice que no, que no tiene hambre pero que se va a tomar unos mates, que no pudo tomar mate en toda la tarde porque estuvo ‘de acá para allá’. Busca un plato más y le pregunto si es para mí, me dice que sí, que me va a servir un poco de ensalada y le digo que la acompañe con los mates. Trae a la mesa el frasco de azúcar y un plato que tenía unos pancitos de *chipá* cubiertos con una servilleta”.

(Registro de campo en la casa de Susana, un jueves a la noche después de la clase de baile. Susana, 27 años, Argentina. Trabaja como cajera en un supermercado a un par de cuadras de la villa. Madre de dos hijos)

Aguirre (2010) resalta, la importancia de la creatividad y saberes puestos en juego a la hora de desarrollar estrategias de consumo para paliar la pobreza y las restricciones de ingresos. Dentro de estas, la autora sostiene que hay una serie de prácticas que los hogares pobres realizan, entre las que se encuentran la estrategia diferencial en la lógica del reparto de los alimentos en las familias, por medio de las cuales los alimentos más ricos en nutrientes se dejan para los hombres y/o niños, mientras que las mujeres terminan comiendo menos cantidad de estos pero más de harinas y azúcares, alimentos propensos a generar sobrepeso y obesidad a partir de una nutrición inadecuada. En este panorama de hábitos y estrategias, la alimentación de las mujeres se caracteriza por un alto contenido de hidratos de carbono y azúcares que convergen en un mayor peso y tamaño corporal que las aleja de los estereotipos de

belleza hegemónicas, evidenciando la distribución desigual de las propiedades corporales en torno a la posición social de estas mujeres.

El uso del gas licuado (garrafa) para cocinar a su vez, condiciona los modos de preparación de la comida así como las prácticas de comensalidad. Si bien las garrafas cuentan con subsidio, siguen siendo caras en relación a la conexión de gas⁴⁶, por lo que los métodos de cocción son principalmente la fritura y la cocina en olla. Para que se cocinen los alimentos más rápido, los mismos tienen que estar cubiertos con agua, dando como resultado una serie de guisos y sopas que rinden varias comidas, se “alargan con agua” y se acompañan con pan, galletitas o mandioca, dando la posibilidad de “un tipo de comensalidad que trasciende a la familia y se abre también a otras personas” (Aguirre, 2010: 109)

A su vez, las comidas son acompañadas con jugos o gaseosas como bebida. Su uso extendido se relaciona con el elevado nivel de contaminación del agua⁴⁷. En ese sentido, se evidencia que el consumo de líquido a lo largo del día o en las comidas siempre se remite a la compra en el mercado, por lo que si bien es un poco más barato

⁴⁶ En varias casas encontré microondas u hornos eléctricos, aunque su uso no está muy extendido en la práctica. Si bien sería más económico cocinar por estos medios (dado que los residentes de la villa no pagan la electricidad) el permanente riesgo eléctrico que caracteriza a la villa 21-24 hace que muchas veces no se los considere dado que por la gran cantidad de conexiones informales y por la mala calidad del servicio eléctrico se producen una gran cantidad de cortes de luz y de baja tensión que hace que muchas veces los artefactos eléctricos se rompan.(ACIJ, 2010)

⁴⁷ Sobre esta problemática, remito a la EISAR Villa 21-24 (2012) en la que se realiza un análisis de los niveles de contaminación de la villa producto de su ubicación sobre la cuenca del Riachuelo, y los rellenos a partir de los residuos. Acorde al documento, la precariedad y el hacinamiento en las viviendas, la falta de saneamiento y el deficiente acceso al agua segura, los basurales y el agua acumulada producto de la falta de asfaltado y nivelación de las calles, generan que la exposición de niños, embarazadas y adultos mayores a metales como el plomo, mercurio, cromo, benceno y tolueno sea problemática. En esas situaciones, quienes viven en condiciones más desfavorables “son los más vulnerables a la exposición a los contaminantes ambientales” (21). A su vez, el estudio de ACIJ (2009) sobre el acceso al agua potable y segura en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA), establece un interesante planteo de la situación en términos cómo las carencias de los servicios de agua potable y saneamiento en contextos de pobreza profundizan las condiciones de desigualdad social.

un bidón de agua que una botella de gaseosa, la misma además de ser “más rica”, genera satisfacción y saciedad por el alto contenido de azúcar.

Por otro lado, registre una serie de actividades identificadas por las mujeres como prácticas de “cuidarse”, que no implican costo alguno, pero que se relacionan con la estructuración socioeconómica en las que las mujeres están insertas. Dos comentarios sobre las prácticas del “caminar”, señalada por la mayoría de las mujeres como estrategia para bajar de peso y cuidar la estética puede echar luz a este aspecto:

“Yo: ¿Y en relación al peso y eso, también te cuidas?”

M: yo trabajé 9 años, que me pase caminando diez horas por días casi. No engordaba, nunca. Comía que daba calambre.

Yo: ¿de qué trabajabas?”

M: trabajaba en la cocina, delivery, en la barra. Mucho más de delivery, para repartir la comida. Te digo que comía como una bestia, pero no engordaba nunca. Trabajaba 10, 11 horas, y a veces más. Ahora ya no, de ahí esto.... (Se golpea el abdomen y se ríe)”

(Marcela, 41 años, Argentina. Ama de casa. Madre de dos hijas, abuela de 2 nietas/os)

“Yo: ¿Y ahora estás haciendo ejercicio?”

M: Y sí, estoy todo el día. Tengo la escuela de los chicos, y trabajo después todo el día acá en la casa limpiando, voy, compro, y así estoy todo el día en movimiento, no paro. A los chicos los acompaño a todos lados. Los llevo y los vuelvo a buscar.”

(Mirna, 28 años, Argentina. Ama de casa, trabaja como vendedora de perfumes y revendedora de cosméticos por catálogo. Madre de 4 hijas/os)

Estas caminatas pocas veces se realizan en parques o zonas recreativas destinando el tiempo a la actividad deportiva, sino que refieren a los recorridos que

forman parte de los trabajos domésticos y de cuidado, o de las actividades laborales. Las largas jornadas laborales propias del trabajo precarizado e informal, o la extensión de las mismas a partir de los trabajos de cuidado o del hogar, son naturalizadas como parte de las actividades cotidianas por parte de casi todas las mujeres. Se puede ver sin embargo, como en estos casos éstas reconocen la exigencia física de las mismas a partir de posicionar esta exigencia en términos de ganancia personal a partir de situarlas como instancias en que se incorpora la actividad física a sus rutinas, y se capitaliza en “mantenerse flaca” o “tener las piernas lindas”.

El espacio social de la villa se caracteriza sin embargo no solo por las características económicas y habitacionales, sino que hay una serie de estereotipos y estigmatizaciones que operan estableciendo fronteras simbólicas que sostienen la segregación, así como también en relación al valor y sentido de ciertos bienes. Señalo por ejemplo ciertos objetos que otorgan gran prestigio como el caso de las zapatillas y ropa deportiva de marca que se compran en shoppings o locales de la ciudad. Este también es el caso del valor que se le da a los productos que se comercializan por catálogo, que como nos contaba una entrevistada “esta bueno, porque es como que tenemos lo mismo que puede tener una mina de afuera de la villa”. Hay también una serie de casos en los que las mujeres se trasladan afuera de la villa en busca de determinados servicios y productos que no encuentran en los espacios de la villa; éste es el caso de gimnasios con aparatos, centros de adelgazamiento, insumos de peluquería como alisados permanentes, y lugares de venta de ropa deportiva de marca, entre los más mencionados. Como contraparte, esta valoración hacia las cosas de “afuera” se evidencia a su vez en la incomodidad que señalan algunas de nuestras entrevistadas al vestir ropa “usada”, comprada en ferias, o cocida y arreglada.

Retomando el desarrollo de Narotzky, las diferentes vías de aprovisionamiento así como los recorridos que hacen los bienes por medio de ellos, generan diferentes efectos simbólicos. En ese contexto, merece una mención el aprovisionamiento estatal: hay una tensión en relación a que las villas de la ciudad se encuentran con algunos servicios “subsidiados” por parte del Estado, dado que por la informalidad en el proceso de urbanización, las mismas no cuentan con la infraestructura del resto de la ciudad. Este es el caso por ejemplo de la electricidad, que si bien es subsidiada, en muchas ocasiones los gastos en que incurren los habitantes de la villa por los inconvenientes en la prestación del servicio son muchas veces mayores que si pagaran por la provisión de un servicio en cuanto cliente (ACIJ, 2010). Esta situación de subsidio estatal, es percibido a su vez desde el propio barrio como se ve en el comentario que hacía una entrevistada:

“K: No, no, como haber hay muchas cosas. ¿Sabes que es lo que me molesta? Que acá adentro vos no pagas impuestos. No se paga impuesto, o sea si podes pagar un alquiler de un salón, o sea, tenés una peluquería y si, pagas un alquiler, pero la peluquería no tiene gasto en sí, o sea, si obvio, tenés que comprar los insumos y todo eso, después todo te queda libre. Me molesta que por ahí vengán acá, se metan en el medio de la villa, hagan su negocio y te rompan la cabeza. O sea, es como salir a una peluquería de recoleta.

Yo: ¿Cuánto te cobran, por ejemplo un corte?

K: Y... te pueden cobrar hasta 80 pesos. O sea, un corte. ¿Qué gastaste? ¿Tu tiempo? Entonces eso, eso molesta.

(...) Después lo que es la venta por catalogo, si, esta bueno, esta bueno, porque es como que tenemos lo mismo que puede tener una mina de afuera de la villa, y por ahí, la ventaja nuestra es que como no pagamos justamente impuestos, alquileres, agua, luz y demás cosas, o sea, podes gastarla en vos”.

(Karina, 36 años, Argentina. Trabaja como empleada doméstica en Barracas. Madre de 2 hijas, abuela de 1 nieto)

Hay en ese sentido, una percepción muy fuerte de las personas de la ciudad y de los propios residentes de las villas acerca de las transferencias monetarias que se entregan desde el estado, que como contaba Karina, establece un marco dentro del cual son interpretados los diferentes servicios que se ofrecen en la villa: las mujeres esperan que lo adquirido en la villa sean de menor precio que las del resto de la ciudad. Los subsidios estatales son percibidos desde la perspectiva hegemónica que los considera asistencialistas, lo que sumado a la valoración positiva de los bienes y servicios de “afuera” profundiza la desigual valoración simbólica de los mismos.

Encontré también una serie de productos, principalmente alimentos pero también de aseo personal, como los bolsones de mercadería compuestos por productos que se retira tanto de modo gratuito como a muy bajo costo por diferentes espacios de unidades básicas, espacios de agrupaciones políticas y sociales asociados al Estado (tanto nacional como municipal). Otro es el caso de la tarjeta de compra que corresponde al Programa Ciudadanía Porteña⁴⁸, por medio de la cual los beneficiarios pueden comprar en diferentes almacenes y mercados. Entre estos dos casos, hay diferencias, dado que si bien hay restricciones a ciertos bienes, con la tarjeta de compra se pueden adquirir productos de marca y alimentos socialmente valorados en la villa que generalmente están ausentes en los bolsones de alimentos, entre los que prevalecen los artículos de segundas marcas.

⁴⁸ Es un programa de transferencia monetaria de ingresos que se realiza a través de una tarjeta magnética que se utiliza en comercios adheridos, para la compra de alimentos, productos de limpieza e higiene personal, combustible para cocinar y útiles escolares. Para ingresar y permanecer el Programa solicita que sus titulares (mujeres Jefas de hogar o mujeres conyugues del Jefe de hogar) se comprometan a cumplir con obligaciones en materia de salud materno-infanto-juvenil, educación obligatoria, documentación e información. El Programa Ciudadanía Porteña "*Con todo Derecho*" fue creado por la *Ley 1878* de la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y comenzó a funcionar en noviembre de 2005. Para más información: <http://www.buenosaires.gob.ar/desarrollosocial/ciudadaniaportena/programa-ciudadania-portena>. Acorde a estadísticas oficiales, las poblaciones residentes en villas y asentamientos de la CABA perciben en un 44% el Programa Ciudadanía Porteña (Mazzeo, 2013).

En estos programas de transferencia monetaria condicionada⁴⁹, me interesa plantear la problemática de las contraprestaciones o el efecto de las condiciones, a partir de las cuales al tiempo que se les brindan recursos a las mujeres, se las posiciona en un rol en el que se le exigen las responsabilidades de la economía del hogar, y el cuidado y crianza de los hijos. Sin intenciones de profundizar en torno a las políticas sociales, recalco a fines de los objetivos de este trabajo que esta localización de las mujeres como responsables del ámbito doméstico desde la perspectiva estatal, y como condicionante para recibir una ayuda económica, impacta en el imaginario, en los proyectos de vida y expectativas de la misma. A su vez, las responsabilidades de atender a las prácticas de cuidado así como hacerlas responsables de los trámites y gestiones de los programas para garantizarse el acceso, conlleva tiempo y esfuerzo que recae también sobre las mujeres.

Concluyendo, la segregación socio-espacial en la que se encuentran las mujeres de villa 21-24, otorga por un lado una serie de condicionamientos materiales y estructurales, que organizan el aprovisionamiento de bienes y servicios de estética a partir de la precariedad y las restricciones materiales, los procesos de estigmatización que envuelven a las mujeres en su adscripción residencial por medio del cual los bienes y servicios de “afuera” gozan de mayor prestigio y distribución en detrimento de lo que se ofrece en la villa. Las relaciones que se establecen con el Estado, se articulan en esta misma línea, al tiempo que al establecerse dentro del dominio de la mujer, si bien le otorgan recursos económicos propios sin intermediación de los hombres, les asignan tareas que refuerzan los estereotipos que sostienen las desigualdades de género.

⁴⁹ Entre las mujeres con quienes trabajé, los programas sociales que más reconocieron percibir son la Ciudadanía Porteña, la Asignación Universal por Hijo (AUH) y diferentes programas de Becas Escolares.

II. Redes de sociabilidad

Hay en el “barrio” una permeabilidad de los diferentes canales de aprovisionamiento por parte de la construcción de redes sociales que actúan en cuanto a tratar de contrarrestar el efecto de las desigualdades socio-económicas en relación al resto de la ciudad, así como las desigualdades de género.

En relación al aprovisionamiento de bienes y servicios por medio del mercado, sostengo que en la villa hay una flexibilidad en la estipulación de precios, así como una financiación informal a partir de un régimen de “cuotas”, y a partir de la práctica del “fiado” que se asienta en la constitución del “espacio barrial” de la villa en cuanto espacio de cercanía y confianza. Estas estrategias se aplican tanto a los locales o establecimientos relativamente formales⁵⁰, como a los establecimientos de apariencia más informal como los puestos callejeros o los puestos de venta en la feria de los días domingos por la calle Iriarte⁵¹.

⁵⁰ En cuanto a establecimientos que comercializan productos y servicios de estética dentro de la villa, encontré principalmente peluquerías que ofrecen servicios de manicura, depilación, limpieza de cutis y peluquería propiamente dicho. A su vez, se evidencia cierta segmentación del mercado en determinados rubros; por ejemplo, hay peluquerías especializadas en corte masculino, así como peluquerías “dominicanas” que se dedican a cortes de hombres y diferentes trenzados para mujeres. Hallé también un gimnasio, centros culturales y clubes del barrio que dan clases tanto aranceladas como gratuitas de gimnasia aeróbica, aerobox, boxeo, taekwondo y diferentes estilos de baile. Las mujeres entrevistadas nos hacen referencia a un solo gimnasio dentro de la villa, que está situado en Luna y California. El gimnasio es un piso que queda en un primer piso en Iriarte y California, que se alquila los días viernes, sábados y domingos para fiestas, cumpleaños, y funerales. Durante la semana funcionan de lunes a viernes de 19 a 20 hs clases de gimnasia y los lunes, miércoles y viernes de 20 a 21 hs clases de taekwondo. Productos como cremas, maquillajes, jabones y tinturas de pelo son comercializados en farmacias, mercados y almacenes de la villa. Encontré también locales a la calle que realizan tatuajes y perforaciones, así como tatuadores que ofrecen dichos servicios en sus casas. A su vez, una variedad de productos para bajar de peso, que se extiende desde alimentos light en mercados a yuyos diuréticos y adelgazantes que son comercializados en la calle por puestos ambulantes que ofrecen diversos productos.

⁵¹ La venta ambulante en puestos en las veredas principalmente de las avenidas incluye puestos de comida como parrillas, productos elaborados como chipa, empanadas, sopa paraguaya, golosinas y productos de kiosco. Los fines de semana se monta sobre la calle Iriarte una gran feria en la que se comercializan productos de diferentes rubros, siendo los principales alimentos, ropa y juguetes. De cara a los productos de mi interés, encontré puestos ambulantes que venden carne, frutas y verduras, comidas elaboradas, artículos de kiosco, cremas, yuyos, ropa de segunda mano, ropa nueva imitación de marcas deportivas, calzado y carteras.

“Yo: ¿Y cuanto estas cobrando un masaje así, reductor? O si viene alguien que quiere trabajar el tema de la celulitis ¿cuánto le sale?

C: Y las sesiones están entre 150, 120, 100 pesos, depende. Porque no es solamente abdominal, sino que viene con todo lo que es las piernas. Trabajas todo lo que es, tengo los electrodos, entonces trabajas todo lo que es zona abdominal, primeramente con un buen masaje, después colocas o electrodos, o vendas frías. Después también trabajas, si las piernas tienen celulitis, trabajas toda la celulitis con un buen masaje, una crema, una buena crema, y después con electrodos o vendas frías, o yeso-terapia, o también arcilla, trabajas mucho con arcilla. Depende lo que haga y depende si lo puede pagar o no. Acá todos nos conocemos, viste. Y uno sabe quién puede pagar, o quién puede pagar un poquito más y quién no,... o te lo da después....15 años que tengo acá (viviendo en la villa)”

(Celina, 31 años, Argentina. Masajista, tiene un local de estética corporal en la villa. Madre de 3 hijas/os)

“Yo: y cuanto cobras por ejemplo un corte de pelo, una planchita?

N: 40 peso cobro, 40 el corte. Planchita ponele, cobro ponele 50 pesos. Planchita no cobro, no cobro mucho. Recién igual me vino de acá, me vino una vecina y le cobre 20 el corte, porque la conozco. Porque estoy acá, no pago alquiler. El que paga alquiler si cobra más, pero yo no, no cobro tanto. Quizá por eso tengo más gente. Hoy está tranquilo por que como es feriado..., pero yo lo tengo abierto porque , que da , ya vinieron algunitos eh.

Yo: ¿y cómo decidís a quién le cobras menos?

N: Y cómo está tranquilo si me dicen que no tienen les hago igual, yo lo tengo abierto porque necesito... con unos pesos ya estoy, siempre me hago algo. Igual sino estoy arriba, estoy limpiando arriba”.

(Nidia, 32 años, Paraguaya. Trabaja en la peluquería que tiene en la villa, en la parte de delante de su casa. Madre de 4 hijas/os, abuela de 2 nietas)

Sostengo siguiendo a Narotzky, que a partir de la inscripción de dichas relaciones sociales en los modos por medio de las cuales las mujeres compran bienes y

servicios, hay una serie de modificaciones en el valor económico y simbólico del bien, así como en cómo el mismo es percibido por ellas. En la villa 21-24 observé una serie de estrategias y mecanismos que condensan una multiplicidad de relaciones sociales en una simple prenda de vestir o en un producto cosmético. Presento a continuación un caso de venta de ropa e indumentaria que se comercializan en la feria de la villa de los días domingos para poder problematizar estas temáticas desde una experiencia concreta.

En la feria que se ubica a lo largo de la calle Iriarte, encontré un puesto que vendían varios artículos de vestir,

“... un par de zapatos a \$10, después habían a \$30 y uno a \$50 pesos, bastante desgastados. Todos de mujer. Al costado de los 4 pares de zapatos de mujer habían jeans con carteles manuscritos a \$15 o \$25, remeras a \$10, y habían dos pilas de ropa doblada que no tenían cartel. Levante una de las prendas y era una remera que tenía una florcita cocida a crochet al costado, me dio la sensación que era para ocultar un remiendo...”

(Registro de campo un domingo por la tarde en la feria de vendedores por la calle Iriarte)

Las vendedoras me contaron que forman parte de una cooperativa de trabajo compuesta por mujeres “grandes”, que realizan diferentes microemprendimientos para “trabajar” y “conseguir plata”⁵². En esta oportunidad, estaban ofreciendo ropa de segunda mano arreglada y lavada por ellas, que fue conseguida a partir de donaciones de personas de la villa que se las acercan, donaciones de “patronas” (empleadoras de trabajo doméstico) que les obsequian ropa que ya no usan, y ropa conseguida a partir del “cirujeo” en la calle, por medio de cartoneras o simplemente recogidas de modo

⁵² El stand se compone por un tablón de madera sostenido por dos caballetes. Arriba de ellos se ubican varias prendas agrupadas por sexo y edades. La mayor cantidad de prendas en venta son de niños y mujeres. En venta se encontraban también dos bolsas de cartón de marcas reconocidas (Akiabara y Portsaid) que se comercializaban.

ocasional de la basura. A su vez, me contaron que en muchas oportunidades, ofrecían prendas confeccionadas por ellas mismas, como pantalones o camisolas realizadas a partir de telas de otras prendas en mal estado, y remodeladas gracias al trabajo con una máquina de coser. Estas prendas además de comercializarlas en la feria los fines de semana, las ofrecen a sus vecinas y “conocidas”. Una de las integrantes de la cooperativa me contó que cuando encontraba algo que sabía que le iba a gustar a alguna conocida iba y se lo ofrecía.

Aquí se evidencia cómo las estrategias de mercado se entrelazan con las relaciones sociales tanto inter como intra-barriales, las redes de reciprocidad, y el aprovisionamiento comunal de bienes y servicios. Los regalos entre parientes y vecinos por ejemplo, así como la confección de prendas dentro del hogar a partir de géneros y prendas de vestir comprada, regalada o en desuso, son uno de los modos por medio de los cuales las mujeres acceden a la ropa, calzado y adornos. Las relaciones con las “patronas”, como vimos con anterioridad, también forman parte de las estrategias de aprovisionamiento que se asientan en y constituyen redes sociales, en este caso entre el adentro y el afuera caracterizado por el ámbito laboral. En este punto retomo las experiencias de campo como la enunciada en el capítulo anterior, en la cual durante una visita a la casa de Vanesa recibí un vestido de regalo, que se insertan en la misma lógica de construcción de relaciones sociales.

Por otra parte, registré una serie de prácticas que amplían los circuitos de bienes por fuera del perímetro de la villa. Entre ellos se encuentran las compras de ropa, productos de cosmética y peluquería al por mayor en diferentes puntos comerciales como Once, La Salada y Constitución principalmente. Estos lugares por un lado les representan a las mujeres espacios de comercialización más económicos que los que encuentran dentro de la villa, y por lo tanto consideran que el costo del viaje destinado a

estas compras se recupera a partir de juntarse entre varias mujeres para comprar al por mayor, o transformar la compra en una oportunidad de ingreso monetarios: en muchas ocasiones las compras son realizadas por una mujer que después revende las prendas o los productos comprados adentro de la villa a sus conocidas. Esta estrategia permite también acceder a bienes que no se consiguen adentro de la villa, y por ende otorgan mayor prestigio y distinción.

Las redes de sociabilidad que se establecen y que sostienen ciertos arreglos por medio de los cuales las mujeres realizan sus prácticas de estética corporal, permiten una flexibilidad en el acceso a bienes y servicios de mercado. A su vez, este se encuentra entrelazado a las estrategias comunales y de redes de género, parentesco y nacionalidad, así como también con la producción doméstica.

III. Los usos de la estética como capital social y cultural

Ya señalé con anterioridad el interés y la valoración positiva de los saberes de estética por parte de las mujeres de la villa. Éstos, se construyen a partir de diferentes redes sociales de mujeres como las relaciones de crianza y los vínculos de amistad, como también a partir de una serie de ofertas tanto de instituciones gratuitas y pagas, que se presentan como instancias más institucionalizadas a partir de las cuales estos conocimientos de la estética se transforman en recursos con valor en el mercado.

Mezzabota señala, en el trabajo anteriormente citado acerca de mujeres migrantes microempendedoras de villa 21-24, que la principal motivación de las mismas para realizar un microemprendimiento es tratar de generar algún recurso propio que les permita mantener sus rutinas de obligaciones de cuidado del hogar y de las

personas del mismo, principalmente los niños pequeños. Dentro de este panorama, la necesidad de conciliar el tiempo de trabajo con las prácticas de cuidado restringe las posibilidades de que las mujeres se inserten dentro del mercado formal de trabajo, como pudimos observar en los datos señalados con anterioridad.

Sobre los mecanismos para llevar adelante un microemprendimiento, la autora sostiene que “partiendo de los recursos, saberes y tiempos disponibles la mujer iniciará su emprendimiento, esto la posiciona desfavorablemente, ya que, (...) la mujer no elegirá entre opciones positivas sino que optará por aquello que tiene, que en ocasiones es escaso” (Mezzabotta, 2013: 58). En ese sentido, las mujeres hacen uso de su capital social, en tanto red de relaciones sociales en posición de brindar ayuda, y cultural para desarrollar estrategias económicas⁵³.

Dentro de este panorama, en este último apartado pretendo dar cuenta de los modos por los cuales las mujeres hacen uso de sus prácticas y saberes de estética corporal en cuanto capital social y cultural para actuar sobre los condicionamientos de desigualdad de género, pobreza y segregación socio-espacial. Para tal fin analizaré tres experiencias: las ya enunciadas estrategias informales de las mujeres para la comercialización de bienes y servicios de estética a modo de “changas”, la reventa por catálogo de productos de cosmética y cuidado personal, y las experiencias más institucionalizadas de profesionalización de servicios de estética corporal.

a) Las que “hacen unos pesos”

⁵³ Es interesante notar que, dentro de los microemprendimientos relevados por la autora, no nos sorprende notar la íntima relación entre las temáticas de los mismos y las características estereotipadas de la feminidad: venta de ropa ambulante y en ferias, kiosco/almacén, peluquería y cosmética, corte y confección y elaboración de suvenires y decoración de tortas para cumpleaños.

Como se pudo observar en el apartado anterior a partir del registro de la experiencia de las mujeres agrupadas que ofrecían prendas de vestir y accesorios en la feria de la villa, determinados saberes relacionados a los usos de la estética corporal femenina son percibidos por las mujeres en cuanto posibilidad de transformarse en estrategias para generar un ingreso económico. Por estos usos no me refiero únicamente a prácticas o saberes, sino también a las redes de sociabilidad que se establecen entre las mujeres. En ese sentido, los saberes referidos a la economía del cuidado y tareas domésticas, como los arreglos que las mujeres realizan a la hora de paliar las condiciones socio-económicas desfavorables en las que se desenvuelven, son transformadas en fuentes de ingreso económico informal. Señalo por ejemplo las “changas” o trabajos de lavado y planchado, confección y arreglo de ropa, cocina y decoración de tortas y comidas, compra al por mayor y re-venta de productos de estética, tanto en un puesto en la calle, caminando por los pasillos de la villa ofreciéndolo a los vecinos, como haciendo uso de las relaciones sociales establecidas y “obligando” en nombre de estas a la compra o intercambio.

b) Las revendedoras de “productos de marca”

Otra de las experiencias muy extendidas dentro de la villa, es la venta por catálogo. Esta propuesta consta de unos catálogos por medio de los cuales se comercializan productos de cosmética, ropa, calzado, indumentaria y elementos de cuidado personal y limpieza. Los mismos se encargan y luego son repartidos por las vendedoras, quienes los consiguen a menor precio para revenderlos. En términos económicos, las vendedoras reciben un porcentaje de las ventas, sin necesidad de

cumplir con un mínimo de productos o de tiempo de trabajo⁵⁴ por lo que las mismas hacen referencia a esta estrategia económica como fuente de ingresos que no les demanda casi tiempo de trabajo, y que les permite mantener sus obligaciones de tareas domésticas, cuidado de hijos y familiares, y/o trabajos en negocios o casas de familia.

Indagando en los portales web de las marcas más difundidas entre las mujeres del barrio, encontré una retórica que justamente enfatiza la posibilidad de un ingreso monetario “sin descuidar la Familia y el hogar” a partir de permitirle a la mujer “manejar sus tiempos”. Cito a continuación algunas de las retóricas enunciadas en las páginas web de las empresas en las secciones destinadas a la búsqueda de “consultoras” o “revendedoras”:

“GOBERNÁ TU VIDA. Convertite en Revendedora independiente de Avon”⁵⁵

“¿Querés un CAMBIO EN TU VIDA? ¿Necesitas un INGRESO EXTRA? VENÍ Y PROBÁ SER CONSEJERA DE BELLEZA MONIQUE”⁵⁶

“Los productos Monique te dan la oportunidad de ganar dinero, generando tus propias ganancias las que se incrementarían de acuerdo a tu empeño y ansias de crecer... ¡Todo esto, sin descuidar tu familia y tu hogar!”⁵⁷

“Tsu es una excelente alternativa de negocio para las mujeres que buscan evolucionar permanentemente. Porque siendo revendedoras, podrán ser solventes económicamente y manejar sus tiempos.”⁵⁸

⁵⁴ En algunas de las empresas si necesitan un mínimo de productos para realizar un encargo, pero esto no implica que las mujeres se vean más demandadas u obligadas a trabajar más, simplemente tardarán más en realizar un encargo.

⁵⁵ http://www.ar.avon.com/PRSuite/pr_home_page.page

⁵⁶ <http://moniquearnold.com.ar/>

⁵⁷ <http://moniquearnold.com.ar/ser-consejera/>

⁵⁸ https://www.tsucosmeticos.com.ar/se_revendedora/como-ser-revendedora

Estas estrategias de reventa se asientan en las redes de sociabilidad de las revendedoras, a partir de las cuales los productos circulan y se comercializan, y en la disponibilidad de la vendedora a la hora de ofrecer por su cuenta estrategias de financiación como “cuotas” y “fiados” basándose en la confianza que hay en sus vínculos.

Si bien este modo de comercialización puede, al igual que las prácticas señaladas renglones más arriba, enmarcarse dentro de las estrategias informales y precarizadas, presentan diferencias a nivel económico y simbólico. En primer lugar, si bien en la reventa de productos por catálogo, hay flexibilidad en la financiación, son productos que se comercializan a un valor de mercado estipulado, a diferencia de las “changas” que muchas veces se arregla el precio o se corresponden con una contraprestación de otro tipo. Por otro lado, al enmarcarse en una relación contractual con una empresa, tiene un corolario simbólico de valoración positiva hacia el objeto que se comercializa como hacia la mujer que lo vende: en tanto productos “de marca” que se relacionan con el “afuera” de la villa, tienen una mayor valoración que los que se pueden conseguir en el barrio, al tiempo que esta valoración se traduce en un reconocimiento de cuasi-profesionalización por parte de las revendedoras, quienes son reconocidas como portadoras de determinados conocimientos del rubro.

c) Las profesionales

Por último, señalo la extensión de experiencias de formación en cursos de peluquería, maquillaje, manicura, corte y confección, confección de accesorios e hilado entre otros, de las mujeres con quienes me vincule. Un elemento a señalar es que se ofrecen como “Cursos de Formación Profesional”, cuya salida laboral rápida se puede

combinar bien con sus obligaciones en el hogar y como responsables del cuidado de los hijos, y familiares mayores.

En general estos cursos se dan en peluquerías que quedan cerca de la villa (en Parque Patricios o Nueva Pompeya), y constan de cursos de pocas semanas o meses, por medio de los cuales, las mujeres pueden sin necesidad de tener la secundaria completa acceder a una salida profesional. A su vez, ofrecen muchas “especializaciones” o “módulos”, por lo que cuando cuentan con el dinero, pueden seguir tomando cursos y ampliando sus conocimientos. También encontré opciones gratuitas dentro de la villa, como el caso del Centro de Formación Profesional n°9⁵⁹ que ofrece cursos de peluquería y corte y confección, así como algunos centros de organizaciones políticas y sociales u OSCs que brindan dichas capacitaciones en el barrio.

Al indagar en las experiencias de las mujeres del barrio, muchas de ellas me remitían sus saberes y conocimientos de estética a los cursos profesionales:

“ Yo: ¿Y quién te enseñó, o como aprendiste? A maquillarte , a peinarte...

M: Y yo tome un curso de peluquería. Tres años. Tres años de curso hice.

YO: ¿Si?

M: Si, yo el pelo a Teo se lo corto yo, a Brian se lo corto yo. Pero no era lo mío, tenés que tener mucha paciencia, así que no. Ahí te enseñan a cortar, a peinar, a pintar. (...) al principio si, era como decir una salida laboral, y después dije no, no, no es lo mío. Por que cuando te empiezan, viste que tenés que hacer prácticas gratis, que te vienen las ñañosas ‘no, pero yo lo quería así’ y

⁵⁹ El Centro de Formación Profesional n°9 (Ex n°19) se encuentra en Rio Cuarto y Montesquieu.y cuenta con una variedad de cursos de Peluquerí: Asistente, Colorista, Peluquería Dama, Peluquería Hombre; Corte y Confección; Indumentaria y Elementos de crianza para el bebe; Pintura Decorativa sobre Madera o Tela; Cocina, Maquillaje Social; Depilación y Manicura; Pastelería; Cocina; Computación e Internet y Mecánica Automotriz en el turno mañana y turno tarde. En el turno noche, la oferta se centra en Instalaciones eléctricas domiciliarias, Electricidad aplicada a la industria, Cerrajería, Reparación de PC, Computación y Reparación de electrodomésticos. En esta enumeración de cursos, se puede notar por un lado la variedad de cursos destinados a los servicios de estética femenina, y por otro lado la segregación horaria, por la cual los cursos destinados a dicha temática se dictan en el turno mañana y turno tarde, mientras que la oferta de oficios considerados “masculinos” se dictan casi exclusivamente por la noche; evidenciando y reproduciendo los estereotipos hombre-trabajador formal, mujer- trabajadora informal y responsable de las tareas de cuidado y trabajo doméstico.

por ahí le hiciste un re peinado ‘ay, no, no, no, sácamelo, lo quiero del otro lado’ y ‘loca, te estoy cortando el pelo gratis’... Me encanta igual, los cortes, los peinados, las revistas, que en las revistas aparecen un montón de re cortes, pero no, ¿viste? no tengo la paciencia.”

(Marilú, 25 años, Argentina. Ama de casa, trabaja las mañanas ayudando en una panadería de la villa. Madre de dos hijos)

“Yo: ¿Y cuando estudiaste?

L: hace cinco años atrás. Entonces todos los días yo o a la noche o a la mañana temprano me arreglo las uñas. Generalmente a la noche.

Yo: ¿Y porqué elegiste estudiar manicura y peluquería?

L: Porque siempre quise abrir un salón en mi casa. Nunca se me dio todavía pero tengo todo. Es mi sueño. Me compre todo, tengo, de cuando trabajaba me compre el equipo completo de peluquería, tengo la sillas para lavar cabezas, tengo el ayudante, tengo la mesa de manicura, tengo la silla para grandes para chicos, los espejos, tengo todo, todo, todo. Lo que pasa es que todavía no termine el salón. Esta a medio terminar el salón, Y ahora digo, ya paso cinco años desde que estudie, tengo que empezar a hacer cursos de perfeccionamiento porque ya me quede, cinco años ya es bastante. Pero siempre digo que en algún momento lo quiero hacer, para poder trabajar en mi casa, porque es algo que siempre me gusto. Ahora le estaba diciendo a mi marido que quería estudiar depilación, que también me gusta. Todo lo que sea estético.

Yo: ¿Y adonde hiciste los cursos?

L: Acá en Pompeya, en Dayloplast.

Yo: ¿Son pagos?

L: Si, son pagos. Pero hice, el de peluquería lo hice un año, el de manicura lo hice, que es de seis meses, hice un curso de uñas esculpidas de 3 meses. Todos ahí. Y después, bueno..., hice en otro lugar uno de colorista.”

(Lidia, 30, Argentina. Trabaja como empleada doméstica en tres domicilios por hora. Madre de 4 hijas/os)

En estas dos experiencias de Marilú y Lidia, ambas realizaron cursos de formación en diferentes técnicas de tratamientos de estética corporal, pero deciden no trabajar (o no hacerlo aún) de eso. De todos modos, la elección en cuanto a afinidad con la temática, y posibilidad de articular su trabajo con las tareas domésticas y de cuidado se encuentra presente. En el caso de Nidia, citado con anterioridad en este mismo capítulo, se evidencia como se articula el arreglo entre el trabajo remunerado y el trabajo en el ámbito doméstico: “Yo lo tengo abierto porque necesito.... Con unos pesos ya estoy, siempre me hago algo. Igual, sino estoy arriba, estoy limpiando arriba”.

Pensando en las connotaciones de dicha profesionalización en la situación socio-estructural en la que se encuentran las mujeres, Mezzabotta (2013) sostiene que

“las mujeres establecen una ecuación que da cuenta de las restricciones que aún son víctimas.(...), esta ecuación es a mayor esfuerzo/mayor ganancia, de esta manera el éxito de los ME (Microemprendimientos) queda sujeto a decisiones y prácticas individuales que ponen a prueba la sobre-exigencia de las mujeres, cuando en realidad se trata de restricciones económicas, de clase, de género y también racial/étnicas” (89).

De todos modos, la autora señala que las experiencias de microemprendimientos contribuyen al proceso de “empoderamiento de las mujeres” dado que “desarrollan una actividad económica que les da gusto”, “toman sus propias decisiones” y se “apropian de su trabajo”, aunque las restricciones estructurales permanezcan.

Analizando los efectos de los tres modos relevados en los que las mujeres usan sus saberes y habilidades de belleza y estética corporal para su beneficio económico, concluyo que más allá de las estrategias creativas y sus intentos de modificar las limitaciones, no consiguen alterar sus condiciones socio-estructurales. Esto sin embargo, no le resta relevancia a sus esfuerzos por promover cambios en sus

posiciones, sino por el contrario, invita a seguir indagando en las tensiones y luchas que se dan en el plano de la cotidianidad por tratar de vivir mejor.

CONSIDERACIONES FINALES

A lo largo de esta tesis se indagó sobre los usos y sentidos de los modos de ser y estar corporales de las mujeres de Villa 21-24 en relación a su estética. A partir del análisis de las prácticas de las mujeres, cobró dimensión el entretejido de relaciones que se imbrican en actos tan cotidianos como comprarse una sombra para maquillarse, o juntarse entre un par de “conocidas” para ir a Avellaneda a comprar ropa “cheta” a mejor precio.

A partir de una perspectiva etnográfica en la que se pretende “abordar las grandes preguntas sociales mediante estudios realizados en pequeños mundos” como reza la cita de Rockwell que encabeza la presentación de esta tesis, el objetivo general consistió en analizar y problematizar las prácticas cotidianas de estética corporal de las mujeres en relación a sus modos de ser y estar. En ese sentido, la pobreza, la sergregación socio-espacial, las desigualdades de género y la discriminación étnico-racializada dentro del contexto urbano porteño, fueron núcleos centrales de análisis.

Esta perspectiva etnográfica sin embargo, no es solo una toma de posición teórica-metodológica, sino también corporal. Como señalé en el capítulo I, sostengo siguiendo a Citro (2009) que los cuerpos no solo son materialidades atravesadas por significantes, sino que ellos mismos se constituyen como creadores de nuevas significaciones a partir de las acciones que las personas realizan. Un primer corolario que se desprende de esta consideración concierne a la corporalidad del propio etnógrafo. La misma, al ser pensada en cuanto dimensión multisensorial que se encuentra atravesada por sentimientos, intereses, trayectorias de vida y materialidades concretas (Aschieri, 2013a, 2013b), permitió un involucramiento personal que fue parte central del curso de desarrollo de las experiencias y reflexiones de campo, y sobre la que debe

remarcarse su contenido político: la construcción de conocimientos en interacción con “otros” y la revalorización del cuerpo como instancia política, creativa y cognoscitiva.

El segundo corolario de dicha consideración, establece una tensión alrededor de las posibilidades y las limitaciones que el *habitus* de las mujeres de la villa establece. Esta tensión entre los condicionamientos socio-estructurales de las mujeres y sus acciones concretas en las que buscan “estar lindas” y “sentirse bien”, estuvo presente a lo largo de la tesis. La posibilidad de que las mujeres a partir de sus acciones puedan modificar sus condiciones actuales, fue parte de una perspectiva teórica y política que tensionó toda la experiencia de campo y de escritura.

El ejercicio de problematización efectuado en estas páginas, permitió situar las prácticas cotidianas de estética, de belleza y de modificación corporal de las mujeres dentro del ámbito social, político y económico más general, permitiendo incluir variables que complejicen el fenómeno enriqueciendo el análisis. A su vez, abrió el campo de juego a una multiplicidad de interrelaciones entre las problemáticas de la pobreza urbana, las desiguales relaciones de género atravesadas por la consideración de clase y raza/etnia de las mujeres, y las tensiones y posibilidades de las mismas en tanto relación agencia/estructura y capacidad para emprender las luchas por la autonomía, en este caso desde el propio cuerpo.

Las diferentes relaciones de las mujeres con el “adentro/afuera” de la villa concebida en tanto espacio social segregado, así como su relación con los ciclo de la vida, establecen diferentes tendencias como el *arreglarse* o no *arreglarse*, según las expectativas en torno a desarrollar prácticas de estética que tiendan a acercarse a los “cuerpos legítimos”. Los criterios de “femenina”, *blanquita* y “prolija/limpita” que se analizaron, condensan una serie de elementos político, sociales y económicos que entran

en juego a partir de las diversas dimensiones de las relaciones sociales en las que las mujeres se desenvuelven.

Las relaciones analizadas en el cuarto capítulo que se establecen con los varones, así como con diferentes instancias del “afuera”, se constituyen en el juego de mediaciones que establecen los modos en los que las propias mujeres estructuran su corporalidad. En este proceso, las condiciones de desigualdad socio-económicas, étnico-racializada y de género, junto con el estigma asociado a vivir en una villa, es incorporado por las propias mujeres en cuanto parámetros de su percepción corporal.

Un elemento principal aquí son las emociones y sentimientos experimentados, dado que los mismos establecen el campo de posibilidades de acción en tanto mecanismos reguladores que miden la adecuación de las prácticas a las tendencias que rige el *habitus*. Tanto el bienestar de “sentirse linda” como el malestar y vergüenza del propio cuerpo, son indicadores de las distancias entre sus cuerpos y las tendencias de los cuerpos legítimos de las mujeres de la villa. En las diferentes gestiones, *performances* y actuaciones de las mujeres, se evidencian las tensiones entre las posibilidades y límites que sus prácticas en tanto mujeres de la villa establece. Un ejemplo de esta tensión se puede ver a partir del análisis de los procesos de enseñanza-aprendizaje y transmisión de saberes de estética corporal, en donde si bien los mismos son parte de los mecanismos de normalización de los cuerpos y reproducción de las desigualdades de género, se constituyen en tanto espacios de afectividad y redes de reciprocidad y ayuda entre mujeres, que generan prácticas que las dotan de capital social y cultural.

En el último capítulo, se profundizó en esta tensión a partir de situar los usos y sentidos de la estética de las mujeres dentro de las dinámicas económicas y socio-estructurales que rigen los modos de aprovisionamiento en la villa. Este movimiento de

la segunda parte de la tesis sigue la propuesta de Citro (2009) de una etnografía dialéctica, que luego de un acercamiento a los significantes del campo retome las problemáticas más estructurales para volver a pensarlas luego desde las propias mujeres. Relaciones de reciprocidad y ayuda mutua, y saberes de género, se constituyen a partir de las prácticas de las mujeres en tanto capital social y cultural con intenciones de generar cambios estructurales. Sin embargo, más allá de la creatividad puesta en juego por las mujeres, considero que el contexto socio-económico y los condicionamientos socio-estructurales dentro de los cuales las mujeres de la villa están insertas es tan fuerte que no permite que sus acciones modifiquen dichas estructuras.

De todos modos, si bien al inicio del trabajo de investigación las diferencias en las condiciones de vida establecían una serie de distancias con las mujeres de la villa, con el tiempo tomaron más relevancia ciertos criterios que resonaban en mi propia corporalidad: la identificación con el sentirse “una reina” por el maquillaje o la ropa, o la vergüenza de reproducir determinados parámetros hegemónicos por ejemplo, dan cuenta de la fuerza y el peso de la dimensión de género subyacente en el proceso.

Quedan por supuesto varios interrogantes por resolver y preguntas por formular. En tanto problemática en la que se inscriben diversas prácticas y relaciones sociales, estas temáticas continuarán, al igual que los cuerpos, en permanente movimiento.

BIBLIOGRAFÍA

- Aafjes, M. (2008) *Belleza producida y cuerpos maleables. Un estudio sobre la belleza física y la práctica de cirugía estética en la ciudad de Buenos Aires*. (Tesis de Maestría). Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Buenos Aires.
- Abduca, G (2007) La reciprocidad y el don no son la misma cosa. *En Cuadernos de Antropología Social*. N° 26.107-124. FFyL-UBA.
- Achilli, E. (2005) *Investigar en Antropología Social. Los desafíos de transmitir un oficio*. Rosario, Laborde Editor.
- ACUMAR (2012) *Encuesta de Evaluación Integral de Salud en Áreas de Riesgo (EISAR) de la Villa 21-24*. Recuperado de: http://www.acumar.gov.ar/content/documents/Salud/Informes_ENUDPAT-EISAR/Eisar_21-24.pdf
- Aguirre, P. (2010). *Ricos flacos y gordos pobres: la alimentación en crisis*. Capital Intelectual, Buenos Aires.
- Arechaga, A. (2013) “Yo soy muy barrial”. *Usos y concepciones del cuerpo, en relación a la belleza, de mujeres de sectores populares*. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Aschieri, P. (2006) “Trabajo de campo y metamorfosis: Los cuerpos del etnógrafo”. *VIII Congreso Argentino de Antropología Social. Simposio Cuerpo y Performance*. Salta. CD Rom ISBN 978-987-9381-85-4. Editorial Universidad de Salta
- (2013b) “Hacia una etnografía encarnada. El cuerpo del etnógrafo/a como dato en la investigación” *X Reunión de Antropología del MERCOSUR Situar, actuar,*

imaginar antropologías desde el Cono Sur. 10 a 13 de julio de 2013, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina

----- (2013a) *Subjetividad en movimiento. Reapropiaciones de la Danza Butoh en Argentina* Tesis Doctoral en Antropología. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.

-Aschieri, P. y Puglisi, R. (2010) *Cuerpo y producción de conocimiento en el trabajo de campo. Una aproximación desde la fenomenología, las ciencias cognitivas y las prácticas corporales orientales*. En: *Cuerpos Plurales. Antropología de y desde los cuerpos*. Citro, S. (coord.). Biblos, Buenos Aires.

-Asociación Civil por la Justicia y la Igualdad (ACIJ) (2010) *A la luz de las desigualdades. Informe sobre la prestación discriminatoria del servicio de energía eléctrica en las villas de la ciudad*. Disponible en: http://acij.org.ar/wp-content/uploads/informe_de_electricidad.pdf

-Barbieri, T. (1993) *Sobre la categoría de género. Una introducción teórico-metodológica*. En *Debates de sociología*. N° 18.

-Barrancos, D. (2008). *Mujeres entre la casa y la plaza*, Sudamericana Buenos Aires.

-Baudrillard, J (2009) *La sociedad de consumo*. Siglo XXI de España Editores, Madrid.

-Berger, J. (2000) *Modos de ver*, Ed. Gustavo Gili. Barcelona.

-Bordo, S. (2001) *El feminismo, la cultura occidental y el cuerpo*. En: *La ventana*. N°14.

- Bourdieu, J. P. (1986) Notas Provisionales sobre la percepción social del cuerpo. En *Materiales de Sociología crítica*, Editado por Wright Mills, C., Editorial *la Piqueta*, Madrid.
- Bourdieu, P. (2014) La práctica de la sociología reflexiva. En . *Una invitación a la sociología reflexiva*, Bourdieu y Wacquant, Siglo veintiuno editores, Buenos Aires.
- Brague, E (2011) Redes sociales y trayectorias migratorias de mujeres paraguayas en la ciudad de Buenos Aires” . Ponencia presentada en el “IV Taller: “Paraguay desde las ciencias sociales”. FFyL, UBA, Buenos Aires.
- Castaneda, V. *Et al.*, (2012) el barrio obrero conocido como villa 21-24 y Zabaleta. Una historia de dificultades, luchas y conquistas. Espacio Memoria y Derechos Humanos, Buenos Aires.
- Carman, M., da Cunha, N. V., & Segura, R. (2013). Introducción. Antropología, diferencia y segregación urbana. En: *Segregación y diferencia en la ciudad*. Carman, M., da Cunha, N. V., & Segura, R (coord.) FLACSO, Sede Ecuador: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO): Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda, Hacedores de ciudades.
- Citro, S. (2009) *Cuerpos significantes. Travesías de una etnografía dialéctica*. Biblos, Buenos Aires.
- (2010)*Cuerpos plurales. Antropología de y desde los cuerpos*. Biblos, Buenos Aires.
- Citro, S. Aschieri, P. (2012) *Cuerpos en movimiento. Antropología de y desde las danzas*. Biblos, Buenos Aires.

- (2015) El cuerpo modelo para (re) armar. Cartografía de imágenes y experiencias en los consumos urbanos. pp. 319- 348. En *La Cultura Argentina Hoy. Tendencias!* (comp) Luis Alberto Quevedo. Editorial Siglo Veintiuno. Fundación Osde, Buenos Aires.
- Cravino, C (2002) Las transformaciones en la identidad villera...la conflictiva construcción de sentidos. En *Cuadernos de Antropología Social* N°15, pp. 29-47.
- (2006) *Las villas de la ciudad. Mercado e informalidad urbana*. Editorial Instituto del Conurbano – UNGS, Buenos Aires.
- (2008) Vivir en la villa. Relatos, trayectorias y estrategias habitacionales. Editorial Instituto del Conurbano UNGS. Buenos Aires.
- Crovara, M. (2004). Pobreza y estigma en una villa miseria argentina. *Política y cultura*, (22), 29-45.
- Csordas, T. (2010) Modos somáticos de atención. En *Cuerpos plurales. Antropología de y desde los cuerpos*. Citro, s. (coord.) Biblos, Buenos Aires.
- D'Aubeterre Alvarado (2012), *Los 'Salones de Belleza' en Ciudad Guayana: una etnografía hermenéutica sobre procesos urbanos de confección mediatizada de las identidades sociales de género por las tecnoestéticas*. Ponencia presentada en el 54 Congreso Internacional de Americanistas "Construyendo diálogos en las Américas". Viena, Austria.
- de Certeau, M (1996) *La invención de lo cotidiano. I. Artes del hacer*. Universidad Iberoamericana A.C. México.
- Entwistle, J. (2002) *El cuerpo y la moda. Una visión sociológica*. Paidós, Barcelona.

-Featherstone, Mike (1999) Body modification: an Introduction. En: *Body & Society* Vol. 5 (2-3) 1:13 SAGE Publications, London.

-Foucault, M. (2008) Historia de la sexualidad. 1. La voluntad del saber. Siglo veintiuno editores, Buenos Aires.

-Geertz, C. (1989) *El antropólogo como autor*. Paidós, Barcelona

-Gherardi, N., Pautassi, L., Zibecchi, C. (2012). *De eso no se habla: el cuidado en la agenda pública. Estudio de opinión sobre la organización del cuidado*. Equipo Latinoamericano de Justicia y Género (ELA), Buenos Aires.

-Girola, F. (2013) Procesos de heterogeneización y homogeneización socio-residencial desde una perspectiva etnográfica: reflexiones en torno a la construcción de urbanidad en una vivienda social de la ciudad de Buenos Aires. En: Carman, M., da Cunha, N. V., & Segura, R (coord.) FLACSO, Sede Ecuador: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO): Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda, Hacedores de ciudades.

-Goffman, E. (1997) *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.

----- (2006) *Estigma: La identidad deteriorada*. Amorrortu, España.

-Guber, R. (1989) Identidad social villera. En *Revista Etnia*, N°32.

----- (2014) *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Siglo veintiuno, Buenos Aires.

-Lahire, B. (2006). *El espíritu sociológico*. Manantial, Buenos Aires.

- Lauretis, T. (1989) Tecnologías del género. Tomado de *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction*, London, Macmillan Press, 1989, págs. 1-30.
- Le Bretón, D. (2012) *Antropología del cuerpo y modernidad*. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Lipovetsky, G. (1986) *La era del vacío*. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo. Anagrama, Barcelona.
- Lopez, P. (2012) Formas y figuras del racismo. En *Racismo, violencia y política: Pensar el Indoamericano dos años después*. Caggiano, et al. Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires.
- Mauss, M., (1979) Las técnicas del cuerpo. En: *Sociología y antropología* (pp. 309-336) Madrid: Tecnos.
- Margulis, M. (1999). La “racialización” de las relaciones de clase. En: *La segregación negada. Cultura y discriminación social*. Margulis et. Al. Buenos Aires, Biblos.
- Mazzeo, V. (2013) Una cuestión urbana: las villas en la Ciudad. *Población de Buenos Aires*, vol. 10, núm. 18, octubre, 2013, pp. 73-81. Buenos Aires, Argentina. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74029871007>
- Mera, G (2014) Migración paraguaya en la Ciudad de Buenos Aires(2010): distribución espacial y pobreza. *Revista Latinoamericana de Población*, vol. 8, núm. - 14, enero-junio, pp 57-80.
- Mezzabotta, C. (2013). *Mujeres Migrantes Emprendedoras de la villa 21-24. Emprendiendo Estrategias para la Inclusión*. Tesis de Licenciatura. Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

- Moreno Figueroa, M. (2010). Distributed Intensities: Whiteness, Mestizaje and the Logics of Mexican Racism. *Ethnicities* 10, 387-401.
- (2013). Displaced Looks: The Lived Experience of Beauty and Racism in Mexico. *Feminist Theory* , 14(2): 137-151.
- Muñiz, E. (2010a). *Transformaciones corporales: la etnocirugía*. Editorial UOC, Barcelona.
- (2010b). Las prácticas corporales. De la instrumentalidad a la complejidad. En: Elsa Muñiz. *Disciplinas y prácticas corporales. Una mirada contemporánea*. Anthropos, Barcelona.
- (2012) La cirugía cosmética: Productora de mundos posibles. En: *Estudios* - N° 27 -ISSN 0328-185X (Enero-Junio 2012) 119-132. Recuperado de: <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/restudios/article/view/3154>
- (2013). Del mestizaje a la hibridación corporal: la etnocirugía como forma de racismo. *Nómadas*, (38), pp.81-97.
- (2014). Pensar el cuerpo de las mujeres: cuerpo, belleza y feminidad. Una necesaria mirada feminista. En: *Sociedade e Estado*, 29(2), 415-432.
- Narotzky, S. (2004) *Antropología económica. Nuevas tendencias*. Melusina, Barcelona.
- (2007) el lado oculto del consumo. En: Cuadernos de Antropología Social N° 26, PP. 21-39, FFyL-UBA.

-Nicolino, A. (2012). Primazia da beleza feminina e juventude empobrecida: notas de uma relação conflituosa. *Interface - Comunicação, Saúde, Educação*, 16(40), 83-94. Epub April 12.

-Puglisi, R. (2014) Algunas consideraciones metodológicas y epistemológicas sobre el rol de la corporalidad en la producción del saber etnográfico y el estatuto atribuido a los sentidos corporales. *En Antipod. Rev. Antropol. Arqueol.* N°19, Bogota.

-Ratier, H. E. (1971). *Villeros y villas miseria* (Vol. 60). Centro Editor de América Latina. Buenos Aires.

-Rockwell, E.(2009) *La experiencia etnográfica: historia y cultura en los procesos educativos* . Paidós, Buenos Aires.

-TECHO (2013) Relevamiento de asentamientos informales. Buenos Aires, citado en: http://www.mapaasentamientos.com.ar/downloads/Relevamientos_de_asentamientos_2013_BAJA.pdf [Fecha de consulta: 15/08/15]

-Vigarello, G. (2005) *Historia de la Belleza. El cuerpo y el arte de embellecer desde el renacimiento hasta nuestros días*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Sitios web consultados:

-Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. (n.d) <http://www.buenosaires.gob.ar/redentodoestavos/inclusion-social/ciudadania-portena> [on line]

-Mundo Villa (n.d) <http://mundovilla.com/> [on line]